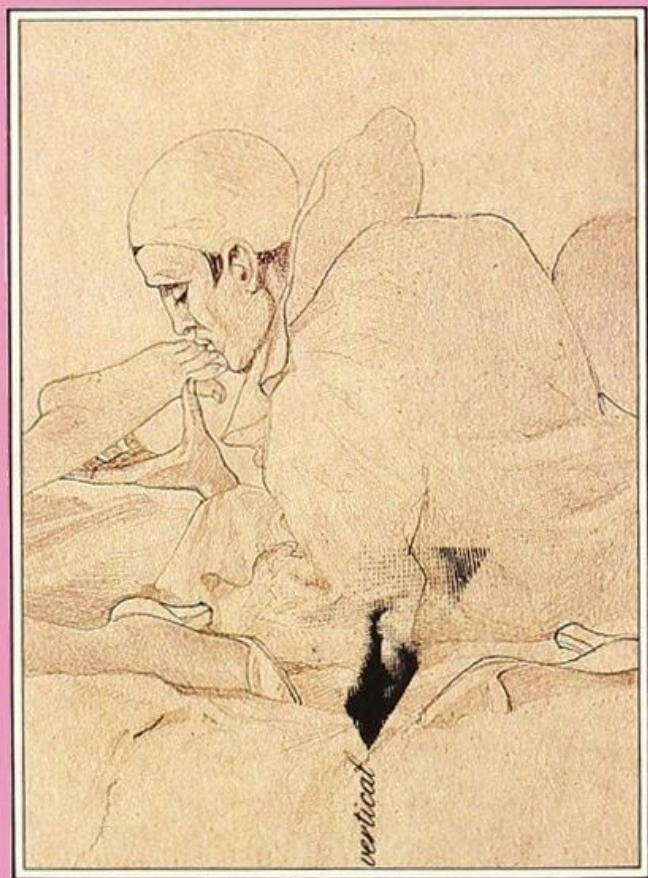


Gaia Servadio
Historia de R.



La sonrisa



Historia de R., es un claro homenaje al clásico del erotismo francés *Historia de O*. Cuenta también la historia de una lenta y progresiva sumisión de una persona a otra, pero, aquí, esa persona es un hombre, un enigmático aristócrata inglés, de cuyo nombre solo se conoce la inicial. Es un bellissimo joven de rubios rizos y ojos azules.

Amado por Polissena Lockhart, directora del museo del Louvre, pasará a ser, tras un largo y cruel aprendizaje, su objeto erótico, cuya existencia no tendrá otra finalidad que la de dar placer a su ávida amante y ama. Un aprendizaje que conduce a R., en una interminable pendiente abajo, hacia abyecciones que le harán perder la propia identidad, lo reducirán a un simple número, lo convertirán en mero objeto de intercambio entre dos cínicas iniciadoras hasta el completo triunfo de Polissena, quien podrá finalmente disponer a su antojo de la entera sumisión de R. Así, Polissena conocerá todos los secretos del cuerpo y la mente de R., pero de su víctima/cómplice una única cosa quedará para siempre sellada: su nombre, último baluarte de una identidad perdida, secuestrada, pero también regalada, entregada.

Tan pronto entre las brumas del campo inglés como en Londres, en la inquietante Praga, en un castillo de Bohemia, en Bayreuth en pleno festival Wagneriano, en una pensión veneciana o en la Roma de las embajadas, nuestros personajes recorren los fascinantes lugares por los que una persona como Polissena está acostumbrada a moverse, en particular si un cuadro de Caravaggio ha desaparecido misteriosamente y tanta gente parece de pronto interesada en él.



Gaia Servadio

Historia de R.

La sonrisa vertical - 73

ePub r1.0

Titivillus 05.12.15

Título original: *Storia di R.*

Gaia Servadio, 1990

Traducción: Carmen Artal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Anissa

*Mais si elle
l'aimait
, elle
n'était
libre de rien. Elle
l'écoutait
sans mot dire, songeant
qu'elle
était bien hereuse
qu'il
voulût se prouver, peu importe comment,
qu'elle
lui appartenait, et aussi
qu'il
n'était
pas sans naïveté, de ne pass se rendre compte que
cette appartenance était
au-delà
de toute epreuve.*

Pauline Réage, *Histoire
d'O*
(edición de 1954)

Primera parte

Era la primera vez que iba de visita a casa de los Beckford, unos primos lejanos. Primos es un decir. Y casa también lo es, porque en realidad se trataba de caserones, de mansiones antiguas.

Las dos familias vivían a pocos kilómetros de distancia y las mujeres de la familia Lockhart se habían unido a menudo en matrimonio con los Beckford. Eran por tanto primos de esta manera, lejanos; pero en el campo todos se llamaban primos unos a otros si pertenecían a la misma clase —o casi. Los Beckford vivían en el castillo más grandioso, el más célebre de la zona, una almenada fortaleza medieval, restaurada en el siglo XVII por uno de los múltiples bastardos de los Stuart.

Cranlie Hall, la mansión de los Lockhart —familia de fortuna más reciente— había sido remodelada en el siglo XIX con muchas arcadas Regency y esbeltos torreones Victorianos. Sólo que los Lockhart no estaban casi nunca en Cranlie Hall mientras que los Beckford, aunque obligados por las circunstancias y por su inercia a vender la mayor parte de las tierras de su patrimonio, permanecían sólidamente anclados en Monpleasance.

Polissena Lockhart se había preparado para la visita. Conocía el castillo que había visitado hacía unos años, cuando, recién casada, había llegado al condado. Conocía también a los Beckford, un matrimonio anciano que respondía a su concepto de inglés-en-vías-de-extinción.

El viejo marqués era muy atractivo. Tímido, delgado, vestido con los *tweed* más incómodos y raros, tenía casi miedo de las palabras, que conseguía formular tan sólo con la ayuda de un par de Dry Martini. Todo lo que no formaba parte de sus costumbres, como Polissena Braganza Lockhart, le asustaba.

Confundía las naciones europeas donde se hablaban lenguas distintas y donde había pasado horas interminables en museos, iglesias, junto a ruinas que había olvidado inmediatamente. Había mandado a sus tres hijos a Eton y luego a la Academia Militar, siguiendo la tradición familiar. Por lo demás, jamás habrían sido capaces de superar los exámenes universitarios y jamás, de todas formas, la familia Beckford se habría rebajado hasta ese extremo: Oxford, Cambridge eran lugares para intelectuales medio pederastas, decía el marqués, haciendo hincapié en que «intelectual» era el peor de los dos epítetos.

Las tres hijas habían sido educadas en colegios de los alrededores donde se enseñaba lo necesario para encontrar marido. Sólo que Rowena, la segunda, no había recibido ni una sola petición matrimonial pese a los innumerables solteros que, no sin reticencia, habían sido invitados a Monpleasance. Recibir a todos aquellos extraños los fines de semana había sido tan agotador que el marqués había terminado por tratarles fatal, invitándoles a marcharse después del té del sábado. En cierta ocasión llegó incluso a acusar a un joven invitado de aprovecharse de una tormenta de nieve para quedarse a cenar. Rowena acusaba a su padre, echándole en cara silencios y malos humores, pero lo cierto es que nunca había habido auténticas peticiones de matrimonio, comprobaba el viejo marqués observándole los bigotes.

El marqués, que se llamaba Roger Raymond (todos los Beckford, por tradición, llevaban nombres que empezaban por R) confundía la nacionalidad de Polissena: la incertidumbre navegaba entre dos hipótesis: que la prima fuese belga o sudafricana. Tampoco estaba seguro de cómo era su prima ni de cuántos hijos había tenido con el primo Oliver. Polissena Lockhart, además, trabajaba. En sus tiempos las mujeres de su clase nunca habían trabajado. Todo lo más podían criar caballos, como había hecho su mujer, pero sólo a condición de poder despilfarrar buena parte del patrimonio familiar. Ganar dinero, antes, no estaba bien visto, y el viejo marqués no se había dado cuenta de que la Inglaterra de

Mistress Thatcher había trastocado completamente las costumbres. En cualquier caso, la considerable fortuna de los Beckford se había escurrido irremediabilmente entre los dedos de aquellas últimas generaciones: las tierras que rodeaban Monpleasance, antaño ilimitadas, habían sido vendidas poco a poco para cubrir los gastos de nuevos caballos, de mayordomos que robaban, de cocineras que no sabían cocinar. Las granjas Tudor habían sido demolidas para dar paso a casitas de cemento vendidas a bajo coste.

La que los Beckford recorrían era la curva final de la decadencia que imperceptiblemente se insinuaba en los genes de cualquier familia aristocrática que se precie.

Educados para no comunicarse, los marqueses de Beckford recibían muy poco, y desde hacía varias generaciones esperaban la única visita que les interesaba, la del monarca. Que, de realizarse, les habría sumido en el pánico más absoluto pues los Beckford habían perdido la memoria de los antiguos fastos. No habían heredado la sabiduría de salirse airoso de circunstancias difíciles, no sabían qué encargar, cómo impartir órdenes, qué comer, por lo que llevaban una incomodísima existencia.

En efecto, hacía ya unas horas que la marquesa había puesto a hervir el salmón para la comida que sería servida en el comedor en compañía de sus seis hijos y de los primos.

De las cocineras, del personal impecable, no quedaba ni rastro en el castillo de Monpleasance. Un matrimonio que vivía en un ala del castillo, en efecto, tiranizaba a la marquesa Isabella negándose incluso a acompañar a los perritos en su acostumbrado paseo por el parque. Por lo demás, la cocina no era un arte en el que la marquesa se distinguiese particularmente: también la verdura, extraída de unas bolsitas de plástico, había sido sumergida en agua hirviendo hacía unas cuantas horas y sería llevada a la mesa desteñida y ciertamente insípida.

Polissena estudió cuidadosamente lo que iba a ponerse. Una comida en el campo, en aquella casa severa, con gente que no recibía casi nunca. La blusa blanca de seda apenas abierta bajo la garganta, sujeta por un broche de topacios rosa. Una falda de lana a cuadros blancos y negros, zapatos espartanos, sin tacón, medias de lana. Sospechaba con razón que la temperatura interior de Monpleasance sería aún más rigurosa que la del exterior. Sabía que era irremediablemente distinta a ellos, tanto a los Beckford como a los Lockhart. Polissena no tenía una cara sensual, pero el cuerpo que, alargándose por los muslos esbeltos y las caderas estrechas, llegaba al pecho alto y robusto, traicionaba una voluptuosidad de la que en cambio carecían los ojos. Era una mujer que podía parecer distante, a veces sombría, adusta. Eficiente en el trabajo, a fases alternas inflamada por grandes entusiasmos y fuertes arrebatos de intolerancia, a menudo se aburría y se refugiaba entonces en sus pensamientos adoptando una sonrisa al estilo japonés, la mirada vítrea.

Se peinó frente al espejo calibrando la cantidad de maquillaje que llevaría en aquella ocasión. Optó por lo austero. Se roció de perfume oriental dulce. «¿Oliver?», llamó a su marido.

Estaba lista.

Debería haber llamado a París, era sábado, allá sí se trabajaba, no como en el campo inglés.

El chófer les esperaba. «¿Te acuerdas de los primos Beckford?», preguntó Oliver distraído, sentándose democráticamente al lado del chófer y dejándola a ella sola detrás, acurrucada entre los cojines azules y mecida por los muelles que le procuraban suaves cosquilleos de placer entre las piernas.

No es que Oliver fuese democrático: calculaba la

impresión que su llegada produciría en sus primos más nobles y más pobres. Louis, el chófer, no trabajaba para él —pero eso no hacía falta decirlo.

«... hace un par de años, no creo que estuviese la prima Isabella...». La gravilla crujió bajo las ruedas del Mercedes. Se equivocaba, pensó Polissena, ya se habían visto, Isabella y ella, en una de aquellas recepciones con pastelitos pegajosos, todo el mundo de pie hablando de nada. La marquesa Isabella, pálida y delgadísima, peinada a lo Mima Loy, un acento del que no se entendía nada, la permanente en los cabellos azules, revelaba una belleza no del todo aletargada.

Polissena pensaba en aquella tarde, pues debía regresar a Londres para luego ir a Frankfurt. Le divertía la idea de la comida en Monpleasance.

—¿Tienen hijos?

—Seis, todos adultos, naturalmente. El mayor, Lord Rupert, es bastante feo, tendrá tu edad. Luego viene Rudolph. El tercero... no recuerdo cómo se llama. Se llamará también con un nombre que empiece por R, como todos ellos. Luego están las tres chicas: una fea, las otras dos sosainas. Querían endosarme una...

Polissena miraba el campo inglés que se deslizaba a lo largo de la carretera. Era un campo ligeramente cursi, los parques gentilicios imitaban lo silvestre, las pequeñas colinas no alcanzaban a encumbrarse, doblegadas bajo el peso del centeno, de la avena, de los setos de hayas.

—¿Cuánto vale un Caravaggio? —preguntó de repente Oliver.

Era el tipo de pregunta que irritaba a Polissena. Su boca en forma de corazón, ultrapintada y enojada, se puso tirante.

—No creo que queden muchos en el mercado —respondió —, o sea que no vale la pena pensar en ello.

Oliver miró por la ventanilla. Era uno de esos falsos trabajadores de la City que la era thatcheriana tarde o temprano acabaría arrinconando. Un terrible *snob*.

—Pues los hay —respondió él—. Con un grupo de amigos

pensamos comprarlos y crear una sociedad por acciones, vender uno y dejar los demás en un banco durante unos veinte años, o bien sacar alguno a subasta...

—No me parece probable que se encuentren cuadros de Caravaggio en tales cantidades... Si aparece alguno, es que habrá sido robado. Caravaggio es ese tipo de pintor que no ha pasado nunca de moda, sus telas están catalogadas... No me parece un negocio, a menos que no sea sucio.

Oliver volvió su rostro sombrío hacia ella.

—Si se hiciese el negocio, debería mantenerse en secreto.

El secreto estaba asegurado. De hecho, su mujer olvidaba puntualmente todo lo que él le decía.

Detrás de un laguito, en la cresta de una serie de montes, se recortaba Monpleasance.

El camino del parque se hallaba interceptado por un guardián: «¿Mister Lockhart?». Les esperaban.

El sendero, como en todas aquellas grandiosas residencias, seguía un recorrido presuntuoso hecho para intimidar a los recién llegados con la vastedad de las posesiones. Los grandes robles y los castaños hacían aún más tupidos los bosques en los que se intuía un trasiego de faisanes y ciervos.

Oliver seguía hablando.

Contaba chismes, cosas que había leído en los periódicos haciéndolas pasar por noticias de primera mano. Su mujer, entre una divagación y otra, fingía escucharle. Llegaron.

«¡Queridísima prima!», exclamó la marquesa Isabella que apenas la conocía. Llevaba un traje de amazona y estaba rodeada de una nube de perros. La marquesa de Beckford fingió no mirar a la pariente lejana a la que en cambio estudiaba con avidez: en el campo no había gran cosa que hacer. Era indudablemente más joven que ella. Llevaba su ventaja con encanto y a Oliver con indiferencia. Al primo no le encontraba cambiado: alto, egocéntrico, hablaba sólo de sí mismo o de quienes conocía; un apéndice, en resumidas cuentas. Siempre había confiado en casarle con una de sus hijas, primero con Reena, después con Rowena, luego con Robería. En efecto, los Lockhart eran ricos aunque su apellido no fuera particularmente codiciable.

El marqués de Beckford abrazó a los recién llegados con distancia. Les ofreció un Dry Martini. Polissena observó la voluptuosa preparación en la coctelera años treinta y cómo vertía el cóctel en las copas. Junto a la chimenea había dos hombres de pie, y un tercero sentado en el diván adamasado.

—Rupert —llamó el padre, presentando al mayor—, la prima ha venido a vernos con el primo Oliver.

Polissena alargó el brazo para estrechar la mano algo blanda del segundo, Lord Rudolph.

—Hoy la mujer de Rudolph ha ido a una carrera de beneficencia —añadió el marqués. Del tercero Polissena no consiguió entender el nombre. Vio sólo una nariz recta, una boca delgada, y dos ojos azules que la cautivaron en un rapidísimo, agitado haz de rayos.

—Mañana se casan los primos —anunció la marquesa—. Me imagino que nos encontraremos todos allí.

En el campo inglés, pensó Polissena, siempre había casualmente dos primos que se casaban entre sí.

—Polissena vuelve a Londres esta misma tarde —respondió Oliver— por razones de trabajo.

—¡Oh, pobrecita!, con ese horrible tráfico... —exclamó la marquesa Isabella.

—Conduce el chófer... —respondió ella.

—¿Tienes sitio en el coche? Podrías llevar a... —intervino el viejo marqués indicando al tercer hijo que, azorado, levantó de nuevo los ojos azules hacia ella.

Polissena se preguntó si el primo R. era siempre tan tímido o si era su presencia la que provocaba en él aquel efecto. Su mirada azul, intensa, la había atraído con inesperada potencia. Procuraba no mirarle, porque, cuando encontraba sus ojos, la mirada azul se guarecía bajo los grandes párpados. Más tarde, sentados a la mesa, mientras comían medio pomelo cortado en zigzag, Polissena fingía escuchar la conversación, pensando en cambio en aquella mirada tímida que le recordaba la presencia de su propio cuerpo. Una poderosa corriente eléctrica la atraía desde el otro extremo de la mesa, donde estaban aquellos ojos azules.

De vez en cuando sus miradas se cruzaban. No se hablaron en ningún momento.

—¿Queréis visitar la casa? —preguntó el marqués a Polissena, sirviéndole al final de la comida, con especial cortesía, el café—. Las habitaciones con muebles de William Kent han sido restauradas. Rupert, lleva al primo Oliver a ver las habitaciones Adam.

Reanimado por sus Dry Martini, cogió a Polissena del brazo:

—A ti, en cambio, primita, voy a llevarte al calabozo: pero cuidado con cerrar la reja de la celda detrás tuyo. ¡Sólo yo tengo las llaves para abrirla!

Salieron en grupo para visitar las antiguas mazmorras del castillo. ¡Quién sabe si todavía habría cuadros de valor en las galerías! Una familia como aquélla probablemente ignoraba incluso lo que poseía. Había oído hablar de un Georges de la Tour, en cierta ocasión, pero tal vez lo hubiesen vendido.

Las escaleras excavadas en la piedra conducían a dos meandros oscuros y profundos. Rowena, demasiado alta, Reena y R. llevaban una antorcha en la mano para iluminar el camino, sin olvidar indicar y enfocar los instrumentos de tortura con la misma falta de entusiasmo de los cicerones que repiten cada día las mismas frases. Las cadenas sujetas a las anillas se convertían en objeto de descripciones agradablemente crueles a las que el marqués añadía alguna anécdota nueva, tal vez inventada sobre la marcha, para no aburrirles. R. escuchaba y sus ojos azules, en la oscuridad, se habían vuelto más oscuros, casi de un azul de Prusia.

Bajaron los últimos peldaños. Las piedras rezumaban humedad. Sin duda las ratas habían atormentado a los prisioneros que los antiguos marqueses de Beckford condenaban a muerte. Los actuales descendientes no le habrían hecho daño a una mosca. Por inercia, más que por bondad.

Volvieron a subir tras la ostentación de unas cuantas historias de tortura más, de algún detalle espeluznante, exquisitamente abominable. En la escalera de caracol apenas se vislumbraba algo.

Polissena se había quedado la última, detrás de R., quien le iluminaba el camino enfocando la antorcha hacia los escalones. Observaba sus hermosos cabellos castaños, largos sobre el cuello, rizados, como los de una estatua clásica, en torno a las orejas pequeñas. Su corazón latía con fuerza. Sentía la atracción de aquella presencia. Hubiera querido tocarle, ser tocada. Los otros habían llegado ya arriba. Se oían las voces desperdigarse, fragmentarse en lejanos murmullos.

—Volvamos atrás —ordenó Polissena.

R. se giró bruscamente.

—He perdido una cosa —añadió alarmada.

Mientras tanto pensaba en qué le habría gustado perder. Ahora era ella quien recibía el haz de luz en los hombros, y R. los observaba, muy cerca, el pecho jadeante. Volvieron a bajar los escalones. Una vez llegados al final, Polissena se agachó a buscar mientras R., con la antorcha, iluminaba el suelo. Palpaba entre las piedras húmedas. Su respiración se aceleraba y su aliento se condensaba contra la luz de la antorcha y empañaba la atmósfera oscura. R. sintió la mano de Polissena posarse sobre su rodilla. ¿Había sido un error? No, la mano seguía allí, caliente, sobre la tela que le cubría las piernas mientras la otra mano abandonaba la búsqueda y subía por la otra pierna, tocaba las pantorrillas sólidas para luego ir ascendiendo, lentamente, por las rodillas y los muslos de R., que se había paralizado, como petrificado.

Polissena sentía un arrobado frenesí al mover las manos en busca del centro de aquellas piernas. La antorcha había caído al suelo.

Polissena se puso en pie y su boca buscó la de R. mientras, con la mano, le soltaba el cinturón y le desabrochaba los pantalones. Sentía en la mano el calor del deseo. Le tocaba apenas la punta caliente y tierna para luego, con ambas manos, buscar la base rígida y palpitante. Se arrodilló, le cogió las piernas entre los brazos y lo buscó con la boca, lamiéndolo apenas y luego tragándoselo y chupándoselo. Los pantalones ya en el suelo. Polissena, lentamente, le bajaba los calzoncillos. R., desnudo de cintura para abajo, se ofrecía a

su boca. Los pezones de Polissena se endurecían contra él, como si hubiesen querido perforar las piernas de R. mientras él perforaba su boca.

Sentía que R. ya no podía más, que vacilaba. Los brazos de Polissena volvieron a subirle por la espalda algo arqueada, por el tórax, ancho y liso. Le besaba en la boca con deseo, y él, con aquel pene caliente erecto en el aire, las sólidas piernas abiertas e iluminadas de refilón por la antorcha, temblaba. Ella le tocó la curva de las nalgas, introdujo la mano en los blandos recovecos de sus muslos penetrando con los dedos en los pliegues cálidos y recónditos, comprimiendo su cuerpo vestido contra la tensión de R.

Éste se levantó de pronto y Polissena empujó con fuerza la reja de hierro que cerraba aquel espacio angosto. Con fragor, la reja cayó aislando a R. al otro lado.

—¡Señora Lockhart! —exclamó el prisionero en la oscuridad, con un estremecimiento de miedo en la voz.

—¡Acércate! —respondió ella.

Eran las primeras palabras que se cruzaban.

Arrodillada, Polissena, acercando la cara contra la reja, cogió de nuevo el pene hinchado y se lo chupó haciendo tambalear a R., que se apoyaba en los barrotes para no caerse. La boca de Polissena empezó a recorrerle el vientre, hasta que R., sin poder ya contener el placer, estalló en un gigantesco orgasmo. Casi inmediatamente oyó la voz de Polissena susurrarle:

—Por esto voy a tener que castigarte.

R. se preguntó qué había hecho de malo. Vio que ella recogía la antorcha del suelo.

—¿Te la llevas? ¿Me dejas solo?

Polissena vislumbró aquellos ojos azules clavados en ella.

—Debo conseguir que tu padre me dé la llave, si lo que ha dicho es cierto. Entretanto, tendrás que permanecer encerrado.

Con el chisporroteo de la luz le iluminó las ingles. A través de los barrotes, le acarició el vello que se encrespaba sobre el pene. Volvió a subir los escalones.

Tomaría otro café en compañía del marqués, de Lady Isabella, de los hijos gordos y de las hijas caballunas antes de quitarle a su padre las llaves y de volver al calabozo de Monpleasance.

Lo haría sufrir.

Le gustaba así.

Había ordenado a Louis que la recogiera.

Su equipaje estaba ya en el maletero del Mercedes, el teléfono a punto en la mesilla del coche. Por un momento temió que R., tras el episodio de la tarde, hubiese encontrado una excusa para no hacer el viaje con ella.

En cambio el Mercedes azul volvió con su preciosa carga. R. parecía un condenado: con los ojos bajos.

Polissena le preguntó si, antes de emprender el viaje, quería un té, una copa de Champagne, café. Tardarían un par de horas en llegar, estarían en Londres hacia las nueve y media de la noche.

—No, gracias —susurró R., siempre con la mirada gacha.

—Salimos ahora mismo —ordenó ella, seca, a Louis. La timidez que paralizaba a R. le daba una sensación de poder: tenía que vencerle, arrastrarle al juego, dominarle.

Acurrucado en la blanda oscuridad del automóvil, R. imaginó el cuerpo de Polissena sentada junto a él. Recordó el intenso, inesperado placer de aquella tarde; nunca le había ocurrido nada parecido. El suave balanceo, el campo oscuro fuera, su perfume, le sugerían una nueva aventura. Pero la temía, no sabía qué esperar de Polissena.

Polissena había cogido el teléfono y él le sonrió, como diciéndole que, después de todo, estaba contento de lo que había sucedido por la tarde, incluida la broma de dejarle encerrado en la húmeda mazmorra. Miraba la blusa de Polissena, abierta hasta el pliegue del seno, vislumbraba el pecho pleno, redondo. Al pensar en la suavidad de aquellas curvas tibias que todavía no había tocado, sintió en las piernas el hormigueo del deseo, del placer.

—¿Dauphine? —decía ella por teléfono—. Vuelvo esta noche. Estaré en casa dentro de un par de horas. Avisa al portero. Resérvame una plaza para Frankfurt en el vuelo de

mañana por la tarde. Mejor dicho, haz tres reservas por si tú y Valentina podéis acompañarme. Confirma las citas para mañana a primera hora. ¡Oh, no! ¿Cómo van a llegar a la oficina antes de las nueve los de

Sotheby's

o

Christie's

? —Colgó el teléfono y sonrió—: Era mi secretaria —explicó acariciándole una mano.

Escrutaba el rostro de R., la nariz delicada sobre los labios delgados. Aquel azul luminoso de los ojos, filtrado por las largas pestañas, y el azoramiento de su actitud la llenaban del deseo de someter a aquel hombre cuyo nombre todavía no había entendido del todo. Tocándole entre las piernas, sintió que ya estaba a punto.

Le desabrochó los pantalones. R. hizo señas de que no, indicando con la cabeza la presencia de Louis, pero Polissena no pareció preocuparse por él.

Le besaba en la boca con renovada violencia. Una oleada de imperioso deseo le oprimía el vientre. La punta del seno se le endurecía contra el tórax de R. Frenéticamente desabrochaba su camisa deslizándole las manos por la espalda.

R. se preguntó si Louis, el chófer, estaría acostumbrado a aquella clase de tráfico en la parte trasera del automóvil, si Polissena haría siempre lo mismo con sus compañeros de viaje. La idea le molestó. Sentía celos con sólo pensar que Polissena se entregaba a otros de aquella manera aunque en realidad todavía no la había poseído. Había sido ella quien le había poseído a él a través de los barrotes cerrados del calabozo.

Se había sentado sobre las rodillas de R., que sintió las piernas de Polissena entreabrirse mojadas, anhelantes, mientras el gran deseo de R. la invadía. Ondearon juntos hasta encontrar un ritmo común, enseguida, como si hubiesen estado acostumbrados el uno al otro. R. se alargaba en ella mientras Polissena se fundía en él y luego le empujaba como si hubiese querido poseerle más que ser poseída. Se lo

comía con la boca, con la lengua entraba en sus orejas, se detenía en los pómulos, en los párpados, para luego volver a penetrar en la boca pequeña, menuda.

¿Qué le estaba sucediendo con aquella mujer? Iban a atravesar Londres cabalgando, él dentro de ella. La idea casi le dio miedo. Polissena le habría hecho hacer esto y mucho más, era capaz de todo y, con un esfuerzo, empujó y se introdujo con más fuerza dentro de ella mientras Louis seguía conduciendo por la autopista.

Le había obligado a quitarse los pantalones. Se había quedado con los calcetines, los zapatos, la camisa y basta. Atravesaban el puente de Battersea. «Te amo», le dijo ella. Los ojos azules la miraban, asombrados.

King's Road mojada por la lluvia: los escaparates de las tiendas llenos de maniquíes en poses extravagantes, de vestidos inllevables, iluminaban las piernas abiertas de R., las farolas de Sloane Square trazaban desde arriba las sombras de su rostro.

—Si me amas, debes obedecerme. —Le acarició el sexo desnudo que reaccionó bajo sus, dedos—. Vendrás a vivir conmigo esta noche. Mañana nos vamos a Frankfurt. —Quería raptarle.

—No puedo, tengo que ver a un amigo, he venido expresamente para hablar de un negocio, irá a la cacería de Monpleasance...

Ni siquiera sabía adónde se dirigían. El Mercedes corría hacia Hyde Park, dando la vuelta por Piccadilly.

—¿Me amas?

De nuevo R. la miró con estupor. Se habían conocido hacía tan poco. Y sin embargo sabía que quería vivir la aventura física que aquella mujer le imponía. Sentía que no le estaba permitido hacer preguntas, es más, que cualquier titubeo por su parte habría estado fuera de lugar. De Louis ya no se preocupaba. Desde hacía dos horas aquel chófer de uniforme azul conducía sin reaccionar lo más mínimo a los sobresaltos de sus pasajeros. No obstante era joven y parecía un hombre normal, si es que un belga puede definirse así. Quizás estuviese excitado por su deseo pese a demostrar una distraída distancia, quizás estuviese acostumbrado a la indiferencia.

Polissena, a la que Louis llamaba Madame Braganza,

permitió que R. volviese a vestirse antes de que el Mercedes entrase en la placita de Albany donde ella tenía un apartamento.

Le dijo al chófer que podía irse a dormir pero que fuese a recogerla al día siguiente a las tres de la tarde. «Por la mañana ya me arreglaré sola», le dijo. Tuteaba al chófer que le respondía llamándola de usted. Con una mano agarró el abrigo, con la otra el brazo de R., e hizo su ingreso triunfal en el pasillo interior del Albany.

—Tendrás hambre... —le dijo después de dejar sus papeles sobre la cama.

Polissena le miraba con admiración. Le gustaba aquel cuerpo, la cabeza de emperador romano, los rizos castaños, la sorpresa de los ojos azules.

R. hizo señas de que sí.

—Vayamos hasta

Green's

, comeremos ostras, hay que celebrarlo.

Era autoritaria y casi sombría.

—¿Celebrar el qué? —preguntó R. con ignorante audacia.

—Nuestro encuentro naturalmente, el habernos conocido.

R. hubiera querido preguntarle cuántos hombres había «conocido», pero no se atrevió, no sabía casi nada de Polissena, aparte de aquella remota parentela, y de que tenía una casa en las proximidades de Monpleasance, adonde había ido de caza un par de veces. Sabía que se había casado con Oliver, un hombre al que conocía poco, entre otras cosas porque tenía veinte años más que él.

La miró sonriendo. Apareció así la punta de los colmillos entre los labios. Era una particularidad que Polissena había observado con un gesto de languidez. Aquella boca delgada y silenciosa era objeto de penetración. La había buscado, con la lengua, con los dedos. Se había hecho el firme propósito de mirarle la boca por dentro, de violentársela.

Salieron bajo la lluvia atravesando Piccadilly, bordeando los escaparates de

Fortnum's &

Masón que parecían bomboneras, repletas de chucherías y de lazos.

El restaurante, pese a la hora, seguía lleno de parejas, de grupitos derrochadores. Los dibujos de las paredes daban

sensación de bienestar, de gusto de alta burguesía. También los colores, como por un reflejo pavloviano, remitían al club inglés decimonónico, rojos oscuros, verdes tenebrosos. Polissena no le llevaba allí para impresionarle, sino porque le gustaban las ostras. Por otra parte, todos los restaurantes de aquella zona eran horriblemente caros.

Un camarero se dirigió hacia ellos.

—¡Madame Braganza! —la saludó con discreta, armoniosa cadencia exótica, probablemente polaca. No la conocían como Lockhart, pensó R., la llamaban con un nombre que le sonaba nuevo, misterioso y sobre todo ajeno.

¿Cómo se las arreglaría a la hora de pagar? R. sólo tenía en el bolsillo unas treinta libras esterlinas, y las tarjetas de crédito que poseía, variadas y multicolores, ocultaban al mundo pero no a sí mismo una penuria económica que no le permitía frecuentar aquella clase de restaurantes. El camarero les precedió.

—Aquí está su mesa. ¿Le traigo la carta, Madame?

—Tráiganos lo de siempre y una botella de Champagne, pero que no sea del año.

Todo lo hacía ella. R. la miró interrogativamente pero sin hostilidad.

—He pedido ostras —le tranquilizó.

Polissena tenía la boca en forma de corazón sobre la que pasó una capa de carmín cremoso color fucsia. En torno a la garganta llevaba un pañuelo de seda blanca sujeto por una joya antigua, preciosa y ciertamente auténtica. No es que R. se diese cuenta; no se daba cuenta de muchas cosas, no estaba acostumbrado. Nadie le había enseñado la cultura de la observación y todavía era muy joven para adquirirla por su propia cuenta. Tal vez, además, no fuese de la clase de gente que aprendía a la primera.

Las manos de Polissena eran mayores que las suyas, y también los hombros tenían algo masculino, pero el cuello era largo y esbelto. Sólo con mirarla sintió ganas de abrazarla. Le sonrió; después de media botella de Champagne estaría menos asustado.

Ella se había cambiado de zapatos. Llevaba unos de charol

negro con tacones que daban esbeltez a la pantorrilla y la hacían más alta que él. Aquel cambio de zapatos la había vuelto más femenina, le había conferido un paso casi vulgar que contrastaba con la severidad de su expresión.

—Es casi demasiado tarde para hablar —dijo ella de repente—, pero te lo puedo asegurar: no tengo el SIDA.

Él creía no haber entendido bien sus palabras. Esas cosas no eran de las que se habla en un restaurante.

Ella le cogió entonces la mano por debajo de la mesa, entre los gruesos pliegues del mantel, acariciándole las yemas de los dedos, la palma de la mano. Súbitamente la de R. se puso rígida.

—Ha entrado alguien que conozco —le anunció.

—¿Y qué?

—No estoy acostumbrado a que me vean en público... mientras toco a una señora.

Polissena se echó a reír. Hubo un tiempo en que eran las señoras las que habrían tenido que ocultar sus caricias frente a miradas indiscretas.

Frente a ellos había aparecido un joven de aspecto ceremonioso y convencional.

—¡Bueno, bueno! Aquí tenemos al más joven de los Reading. ¿Dónde te escondes, bandido? ¡Siempre en Monpleasance! —Era uno de esos que hablan a base de exclamaciones, que se complacen oyendo su propia carcajada—. Tenemos que quedar. ¿Por qué no vamos a cazar a Escocia?

Su talante anglosajón había impedido al desconocido dirigirse a Polissena.

—No he traído las escopetas, las he dejado en casa.

—¿Divirtiéndote, eh? —R. no le había presentado a su acompañante, tal vez se avergonzase de ella. O tal vez se avergonzase de que ella le viese con una persona así, tan convencional.

El intruso la miró de reojo. Le habían enseñado a no mirar a las mujeres: pertenecía a esa estirpe de alumnos de Eton

que habían aprendido a dejar de lado todo lo que no entendían. Finalmente se marchó, concediéndole un par de sílabas incomprensibles, tal vez de saludo. Llegaron las ostras.

Un plato de doce, perlas, color miel, delicadamente apoyadas en las conchas miraban a Polissena y a R. con los ojos dulces de una santa Lucía martirizada. Pero no había manera de estar solos.

—¿Madame Braganza? —Frente a ella, Nicholas Newman le tendía la mano. Polissena dejó en el plato la deliciosa ostra que estaba a punto de saborear.

—Qué alegría verle, Newman. Tenemos una cita, mañana. Espero que mi secretaria se la haya confirmado. —¿Cómo presentar a R.? No recordaba ni su nombre; mejor dicho, no había llegado a entenderlo. Pero sí conocía su apellido, Reading—. Te presento a Nicholas Newman, el director de la Galería Nacional.

R. farfulló su propio nombre.

—¿Reading? —preguntó Newman, que tenía un oído finísimo—. ¿Reading? La familia Beckford, ¿verdad? ¿Los de Monpleasance?

—Sí —respondió R., maravillado ante tanta competencia.

—¿Tienen todavía aquel magnífico Lorenzo Lotto?

R. no tenía la menor idea de lo que colgaba de las paredes de su casa. Nadie miraba nunca nada en la familia, nadie le había informado de lo que todavía quedaba en aquella vasta mansión depredada por años de deudas y de ignorancia. Sabía que muchos cuadros habían sido vendidos a solícitos anticuarios que se habían presentado en repetidas ocasiones a su abuela la marquesa con fajos de billetes.

—No estoy muy seguro... —contestó alarmado.

—¿Y los Poussin? Había dos Poussin en el estudio, me parece, y un magnífico Bellotto...

Los Poussin desde luego no estaban, Polissena los habría reconocido, Poussin, al fin y al cabo, era su especialidad.

—¡Quizá se vendieran en la subasta de Sotheby's
, la del 72!

R. estaba asombrado de la competencia de Newman, mientras éste estaba asombrado de la ignorancia de R. Si éste para ella no hubiese sido un objeto, Polissena se habría sentido incómoda al verse descubierta en semejante compañía por el director del más importante museo inglés. Pero, en realidad, Newman sospechaba que el Louvre, mediante su sibilina interlocutora, quería adquirir lo poco que quedaba en Monpleasance.

—El Georges de la Tour es para mí —dijo adelantando las manos. Polissena no contestó: ni siquiera lo había visto—. Se encuentra en Inglaterra y seguirá en Inglaterra, ¿verdad? —insistió el director, puntilloso. Polissena le miró y sonrió: no tenía ninguna duda, el La Tour, si todavía existía, acabaría en el Louvre.

El caprichoso corte del traje que llevaba Newman, su tez cetrina, interesaban a R.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Newman, tomando asiento, sin esperar la respuesta, en una butaquita—. Mañana estarán también dos de mis consejeros, unos cretinos que no entienden nada pero a los que hay que tener en cuenta. Ellos querrían hacerlo más fácil, pero luego quienes nos las tenemos que ver con los críticos somos nosotros, ¿no es así? El público tampoco es estúpido: va a las exposiciones si lo que le ofrecemos es bueno. En cuyo caso encontramos fácilmente un patrocinador, ¿no? ¿Me equivoco?

—¿Pero qué proponen a cambio? —preguntó Polissena.

—Los consejeros, gastar poco, contar la historia de Londres con cuadritos de segunda fila. En suma, quedarnos sin cosas interesantes que colgar en las paredes, ni mucho que decir. En cambio, podría hacerse una exposición sobre Hogarth, o una exposición sobre la escuela británica, ¿no le parece?

—Tendré que consultarlo con mis asesores. No, por otra parte, no tenemos cosas que puedan interesarles. Una exposición sobre Hogarth la aceptaríamos con mucho gusto en el Petit Palais, pero no antes de cuatro años. Si ustedes tardan tres años en reunirla, encontrar los patrocinadores y hacer el catálogo, la exposición podría ir al Louvre al año

siguiente. Pero hay dos piezas con las que probablemente cuenten. Y sin embargo, deje que se lo diga enseguida, es absolutamente imposible que los cuadros salgan del Louvre, de esto quería hablarle mañana...

—Ustedes, los franceses, nunca nos dan nada de lo que pedimos, y sus catálogos son además un desastre. Mucha palabrería que no dice nada, pura hojarasca, académicos que quieren ver su nombre impreso... —Buscando un cómplice para lo que estaba diciendo, Newman se dirigió a R.—: ¿Verdad? ¿No es así? ¿No está de acuerdo conmigo?

—No sabría decirle —respondió R. aturdido por aquella conversación, por los nombres extraños, sobre todo por el hecho de que alguien solicitase su opinión.

—Las leyes francesas son severas —respondió por él Polissena—. Yo no puedo quejarme, pero, a veces, estoy sometida a cierto tipo de restricciones, porque, si el Louvre no presta, tampoco los demás museos se muestran generosos con nosotros. Esto se lo digo siempre al ministro...

—Pero, por favor, écheme una mano con Hogarth, usted es importante, estos de aquí creen que usted es una especie de... No hace falta que le diga, Madame, que yo la aprecio muchísimo.

Fue su discurso de despedida. Se levantó, nervioso, tragándose las sílabas, y se fue con la chaqueta colgándole por detrás como un volante andaluz.

—Es un hombre muy competente —comentó Polissena—, me fío de sus opiniones. Por otra parte, ¿no te parece que tiene razón? Hogarth es un gran pintor que todos quieren conocer mejor...

R. la miraba como si ella estuviese haciendo razonamientos surrealistas.

Polissena se tragó finalmente la ostra que había dejado en el plato, y reanudó las maniobras interrumpidas por la llegada de Newman. Con los zapatos puntiagudos atrajo un pie de R. hacia sí.

—¡Cuidado, pueden vernos!

—¿Qué más da?

Finalmente estaban solos en la habitación agradablemente tibia, el pelo húmedo por la lluvia, la gran cama que ocupaba la mayor parte de la habitación.

Polissena le cogió la cabeza entre las manos acariciando los rizos castaños, tocando los pómulos, empujando el propio cuerpo contra el de R., restregándole las caderas contra las suyas. Finalmente, no expuesto a miradas ajenas, con el Champagne cosquilleándole en las sienes y el sexo hinchado pujando por salir de su prisión, R. la abrazaba buscando la curva de sus piernas, de sus caderas.

Aquellos tacones altísimos le dominaban, por lo que, inclinándose levemente, abriéndole la blusa, R. podía besar el seno que ansiaba.

Polissena le quitó la corbata; en las muñecas llevaba gemelos. Finalmente apareció el torso desnudo, que se abría bajo un cuello robusto, y más abajo, en las ingles, se encrespaban escasos rizos claros. R. tenía la piel lisa. Polissena le besaba con pasión, con arrobamiento. Nunca le había gustado la vellosa exuberancia de algunos fornidos latinos, de brazos musculosos.

Caían los pantalones.

—Ahora desabróchate los zapatos —le ordenó— y quítate los calcetines. Quítate los calzoncillos, así.

Estaba ya completamente desnudo frente a ella quien, en cambio, permanecía vestida, sobre aquellos tacones altísimos. Siendo él como era, joven y fuerte, quería entrar en ella enseguida. Había en él cierta inexperiencia, una seductora ausencia de técnica erótica.

Levantó la falda de Polissena y apartó las cintas del ligero tratando de penetrarla en la humedad que acababa de tocar con los dedos, preparándola para el ataque. Ella a su vez se tambaleaba sobre los tacones y le presionaba desde arriba, aplastando su propio cuerpo contra el vientre de él mientras el capullo de su sexo crecía dentro de ella como un tulipán. R. se apoyaba en la cabecera de la cama para ayudarse a poseerla desde abajo, olvidando que habría

querido gozar de ella lentamente.

R. suspiraba con los ojos cerrados y, cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, su pene se retiró inmediatamente, atemorizado. Aquel palpitante objeto de deseo de color vino, con la punta blanda, aterciopelada, como una seta durísima, de pronto perdió consistencia. La blandura mojada de una sepia.

—No me has esperado —le reprochó ella.

Estaba doblemente desnudo con su pene empequeñecido, ella vestida, más alta que él.

—Quédate donde estás —le ordenó. Sin desvestirse, Polissena se tumbó en la cama—. Ahora date la vuelta. Mírame.

Desde la cabecera de latón de la cama victoriana, R. veía de refilón las piernas abiertas y rendidas, el rostro sombrío, en éxtasis. En la oscuridad de la falda que Polissena había apartado con la mano, R. adivinaba sus partes más secretas. Con el índice de la mano entre las propias piernas, Polissena presionaba suavemente y se acariciaba con paulatina intensidad, una sonrisa arcana en los labios. Parecía una santa Teresa de Bernini, los ojos fijos, estáticos, la respiración entrecortada. Era como si R. no existiese. Jadeaba y, a veces, se interrumpía para respirar hondo como si le faltase oxígeno. Pendiente de su propio placer, se concentraba en aquella mano.

«Se está comportando como un hombre», pensó R. desconcertado, y a él no le quedaba sino mirarla. Se sentía herido por aquel cuerpo palpitante, por la contemplación de detalles inéditos, violentos. Le excitaba el placer de Polissena, pero comprendió que ella, de alguna manera, le estaba violentando.

Ella experimentaba un intenso placer abriéndose a su mirada, mostrándose abandonada, pero inalcanzable. La mano entre las piernas se tornaba cada vez más frenética.

Nuevamente R. sintió encendérsele el deseo. La sangre fluía a sus ingles acuciante, pujante. La respiración de Polissena era cada vez más jadeante, hasta que la tensión estalló en un largo espasmo liberador. Permaneció con los

ojos abiertos, los dientes brillantes como perlas. Su olor salvaje excitaba a R. que, desde detrás de la cabecera de la cama, con la mano alcanzó el centro de placer de Polissena.

—No —dijo—, ¡no! —y le apartó.

Quizá se comportase así porque R. no era más que un objeto frente al que no sentía vergüenza alguna; y así el placer de liberarse de la propia tensión sexual se veía aumentado por aquel testigo presencial forzosamente pasivo. Pasivo porque lo había querido ella.

—Espera —le dijo de nuevo.

Empezó a tocarse otra vez, a acariciarse con la otra mano, presionando ángulos distintos. Cada punto le procuraba una sensación distinta; como un diamante tallado absorbe el rayo de luz de forma distinta según su posición, así los dedos de Polissena jugaban con la sutileza y la sofisticación de un órgano intensamente sensible. Todo el cuerpo se curvaba en torno a la propia mano y, esta vez, de nuevo, estalló enseguida. R. la ayudó a desvestirse y, mientras le quitaba la blusa, ella seguía acariciándose, violenta, suavemente.

Era como si Polissena se declarase autosuficiente.

Cayeron al suelo primero la blusa, luego el sostén de seda brillante. El cuello quedaba delicadamente truncado por el collar de perlas: espejeaba en la penumbra como la saliva en los dientes. Se sentía una Olimpia, una Maja desnuda. R. le enroscaba las medias, el rostro frente a la fuente de su placer, el sexo duro que, a cada movimiento, rozaba su cuerpo.

—¡Mírame! —ordenó ella, de nuevo presa de su deseo ondulante. Había vuelto a acariciarse, esta vez con ambas manos. Los hombres desconocían los secretos de su placer.

Cuando se corría en un orgasmo cada vez más consumado, volvía a empezar frente a la mirada azul de él. R. le lamía el seno mientras ella gozaba nuevamente por sexta, séptima vez y, cuando R. intentaba poseerla, ella le rechazaba. Finalmente R. penetró en su vientre. La noche se consumió, viva. Si él se dormía después de haberla poseído, las piernas de Polissena, enroscadas a su cintura, le despertaban. Ahora había llegado su turno. Le chupaba, quería ser poseída de nuevo, le tocaba, le acariciaba, la boca

pegada a la suya.

—A partir de ahora, te vestirás para estar siempre a mi disposición —le dijo Polissena de improviso—. No deberás llevar gemelos, pues son lentos de quitar, y tampoco botones en los pantalones, sólo cremalleras. —Las cremalleras eran anatema para un hombre como R., muy atento a la moda y a evitar los trajes en serie. R. la miró, sorprendido—. ¿Me obedecerás, verdad?

En la penumbra R. asintió. Polissena, admirada, tocaba las orejas, los puntos más blandos de aquel cuerpo y las pantorrillas macizas de R., joven dios pagano. Carecía de la menor importancia el que no tuviesen nada que decirse, el que no existiese un lenguaje común. Habían encontrado otro distinto.

La luz entraba a través de las cortinas cuando R., exhausto, se despertó: por la luz tenue, diáfana, adivinó que fuera, probablemente, llovía. Del baño procedía el estruendo del agua de la ducha. Se levantó para cogerla entre sus brazos. Pero se había equivocado: era la lluvia que, cayendo desde una gárgola, velaba un cristal de la ventana. Polissena en cambio había salido para acudir a sus citas de negocios.

Louis pasó a recogerle, el uniforme azul perfectamente planchado. Más alto que R., se inclinó imperceptiblemente al abrirle la puerta del coche para no rebajarle con la propia presencia. R. se sentía algo incómodo por más que Louis, experto, demasiado experto, le mirara como si nunca hubiese oído ni visto nada.

Louis observó en cambio que la sonrisa de Mister Reading había cambiado, pero el observar no formaba parte de su oficio, mejor dicho, era todo lo contrario, por lo que quería ignorar la razón de aquel cambio. Mister Reading le parecía más espabilado, aunque no desenvuelto; los ingleses en aquellas circunstancias nunca lo eran. De los ingleses, por otra parte, Louis no sabía nada y todos los tópicos que se contaban con respecto a ellos correspondían perfectamente, le parecía, a lo que había tenido ocasión de observar.

—*Bonjour!* —exclamó R. con un acento tan pronunciado que, por un momento, Louis no comprendió en qué lengua se había expresado.

—¡Buenos días, Mister Reading! ¡Finalmente un poco de sol después de tanta lluvia! —Quería parecer afable y hacer los típicos comentarios de chófer que, por otra parte, le salían espontáneamente.

¿Adónde se dirigían? ¿Qué le obligaba a hacer Polissena? Le había raptado, en el verdadero sentido de la palabra; se veía a sí mismo como una Proserpina asustada, y a ella como a un amenazador Plutón. Sin embargo no podía dejar de pensar en ella, en su piel perfumada, en los ojos serios, en las curvas redondas, en el acento exótico.

—Luego, con la secretaria personal, pasaremos a recoger a la otra e iremos directamente al aeropuerto. Madame Braganza le ruega que la disculpe, hubiera querido estar con usted.

No habría debido hacerle preguntas a un empleado de Polissena pero quería información.

—¿Siempre anda tan ocupada, Madame?

Traicionaba el hecho de que apenas se conocían, pensó Louis.

—¿Madame? Siempre.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja para ella?

—No trabajo para Madame, soy un empleado del Ministerio.

—¿Del Ministerio?

—Soy un empleado estatal, del Ministerio de Bellas Artes, como Madame por otra parte.

—¿La señora trabaja en el Ministerio de Bellas Artes?

—¿Madame? —La voz de Louis, que provenía de su espalda como en un Magritte viviente, sonó teñida de mal disimulada y horrorizada sorpresa—. Madame es la directora del Louvre. —Esto no pareció impresionar demasiado a R., quien seguramente se habría inhibido más ante la idea de que Polissena hubiera ganado el *derby*.

De museos R. sabía bien poco, y no iba a visitarlos, distraído como mucha gente por otras cosas. El Mercedes se detuvo en una travesía de Cromwell Road y Louis se apeó sin decir palabra. Volvió al cabo de un rato llevando una maleta y acompañado de una mujer alta. Dauphine, así se llamaba la joven de cabello rubio y rizado, fue a sentarse junto a él con gesto decidido. Era de una elegancia convencional, zapatos y bolso de piel marrón clásicos, y todo lo demás de *tweed*, de ese *tweed* que los franceses creen inglés cuando es demasiado suave y femenino para serlo realmente.

Se presentó a R., tenía ganas de hablar. Mejor dicho, de explicar.

—Me llamo Dauphine de Brantes, trabajo con Madame desde hace tres años. Tampoco yo soy francesa, ya que nací en Suiza; aquí trabajamos todos para Francia: Louis es belga; Madame, española; Valentina, la segunda secretaria, nació en Letonia. Hoy viajamos juntas a Frankfurt donde Madame tiene dos citas. Madame Braganza, como usted sabe, salió para Frankfurt hace una hora. El barón von Wüzburg la lleva

en su coche. Es el mayor coleccionista europeo y también un importante anticuario. Hay que cultivarle, aunque creo que acumuló muchas de las grandes obras que posee durante el nazismo. Mandaban a los propietarios a las cámaras de gas y se quedaban con sus cuadros. Pero es contraproducente escarbar en estas cosas. Es posible que, si le tratamos bien, el barón deje algo al Louvre. Madame me ha dicho que se verán mañana en Bayreuth. ¿Le gusta Wagner? Madame tiene dos entradas... Hay gente que se muere sin conseguir ver una ópera de Wagner en Bayreuth.

Este aluvión de palabras, y sobre todo las noticias que le daba Dauphine, le molestaban. Sin timidez, la joven iba observando su rostro cuadrado y viril, los pómulos que subrayaban los párpados bien recortados, las largas pestañas que sombreaban aquellos ojos. En la penumbra del Mercedes, se habían vuelto color yerba.

—Nos encontraremos con Valentina en el aeropuerto. Valentina trabaja para Madame desde hace mucho tiempo, cubre todo el Este, sabe esas lenguas, incluso el alemán; yo soy su secretaria personal, lo sé todo sobre ella, tengo las llaves de sus apartamentos, soy su sombra. Valentina en cambio organiza las cenas, las citas, las relaciones públicas. Este trabajo de Madame se ha convertido en algo esencialmente social; al final resulta que las cartas que dicta Madame las escribimos de noche. No lo digo por exagerar: a veces Madame nos manda a las cenas en su lugar...

No le gustaba Dauphine; su forma de expresarse le molestaba. Encontraron a Valentina ya en el avión, las dos se pusieron a hablar entre sí, cuchicheando en voz baja. R. se despertó, ya habían aterrizado. Dauphine estaba sentada a su lado mientras Valentina, de pie, le observaba. Tenía un apellido eslavo que no había entendido bien. ¿Pero dónde estaba Polissena? ¿Por qué le había dejado en compañía de sus secretarias? ¿Por qué se había marchado sin él? Si le amaba de verdad, como decía, debería haberle esperado, debería haberse ido con él.

Valentina llevaba en la mano su pasaporte; Dauphine se encargaba del equipaje. A R. no le quedaba sino mirar,

pasivamente.

Las *boutiques* del aeropuerto ofrecían periódicos y revistas, libros y embutidos, *loden* y sombreros tiroleses con muchas plumas. El aeropuerto de Frankfurt era un hormiguero de dinero y pieles, de gente ultraperfumada.

Cansado, R. se acurrucó en el coche que Valentina había alquilado en Avis, mientras Dauphine, el pelo rubio bajo un *foulard* de Hermés, iba al volante. Había dejado de hacer preguntas, llegarían al centro de Frankfurt, suponía, a uno de esos hoteles todos iguales pero cómodos donde se abandonaría a un largo sueño reparador. Después de todo, la noche anterior casi no había dormido.

Se sentía desorientado, decepcionado. Conocía Frankfurt, todo lo que se esperaba era el reluciente hormigón del *Deutschemark*.

En cambio el automóvil todavía recorría calles de la periferia cuando aminoró para meterse en un jardincito que, de no haber sido por su raquitismo, por los setos cortados en pequeños, siniestros rectángulos, habría parecido un cementerio.

Salpicando de gravilla los setos, el automóvil fue a detenerse frente a la puerta principal; en el recibidor, una considerable cantidad de *loden* colgados se unía a los sombreros con plumas de faisán, a los objetos típicos de Franconia con su horrendo gusto rústico-*kitsch*. Del perchero también colgaban bastones, con mango de asta, adornados de edelweis esculpidas en los nudos de madera; pero había además varias cadenas.

—¿Quieren pasar? —propuso una señorita delgada dirigiéndose a Dauphine y Valentina. Luego, clavando la mirada en R. durante un buen rato, fue más explícita—: ¿Qué tipo desea?

—Él no lo sabe —intervino Valentina—, ha sido Madame quien lo ha encargado todo.

—Será una sorpresa —aseguró Dauphine.

—Habrà que tomarle medidas —decretó la señorita

pálida.

—Antes de reunirnos con Madame en Bayreuth —susurró Dauphine con aire confidencial al soñoliento R.—, teníamos una cita en esta célebre empresa. Es el Gucci en su género.

—Los brazaletes encargados por Madame ya están listos —añadió la dependienta—. Pero el cinturón de castidad para el señor Reading hay que hacerlo a medida. Tenemos que probarlo.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó R. que, hasta entonces, había prestado poca atención a aquel intercambio de cortesías sibilinas—. ¿Qué quiere decir eso del cinturón de castidad? Son cosas que no se estilan desde los tiempos de las cruzadas y, en cualquier caso, tengo entendido que eran prerrogativa exclusivamente femenina...

—Se equivoca —le interrumpió la dependienta, que se llamaba Gertrude—, hay cinturones de castidad masculinos del siglo XIX, y la gente también los encargaba en época de Cromwell.

—¡Pero no ahora!

—¡Si pudiese echar un vistazo a la lista de nuestros clientes! —respondió Gertrude, Trudi para los amigos.

Llevaba un vestido de lana de corte severo y colores pardos. Parecía querer aparentar más edad de la que en realidad tenía, con la piel tirante, el pelo fino y desvaído, recogido en una cola de caballo baja sobre la nuca. Si lo desea, más tarde puede visitar el museo de los cinturones de castidad que se encuentra en la parte trasera del edificio.

—No, mire, no me interesa lo más mínimo ni el museo ni el cinturón.

—¿Cómo, no le interesan? —Trudi le escrutó con sospechoso aire de reproche—. Madame había dicho que era dócil... —murmuró, pero no tan bajo como para que no se oyese.

—Los brazaletes, pase. Y vete a saber qué serán estos brazaletes... —consintió R. nervioso y ya despierto del todo.

—Son dos anillas de metal de un par de centímetros del ancho que llevará usted en la parte alta de los brazos, de forma que queden cubiertos por la camisa. Se los

colocaremos esta noche.

—Llevarán mis iniciales, supongo —dijo R., irónico. Luego, recordando que se encontraba en el Gucci del fetichismo, añadió—: O tal vez las tuyas.

—Ni lo uno, ni lo otro. Sólo un número. Pero quien conozca esta clase de producto sabrá enseguida dónde han sido adquiridos. No quiero pecar de inmodestia, pero somos el Cartier en el género.

Los alemanes, después de todo, estaban acostumbrados a dar un número a sus prisioneros. Pero ¿qué número sería el suyo? ¿Y qué significaría?

—El cinturón de castidad que Madame ha encargado para usted ha sido diseñado por uno de nuestros mejores estilistas.

—¿Cómo, estilistas? —preguntó R. demasiado preocupado como para encontrarlo divertido.

—Utilizamos a los diseñadores más famosos, seguimos la moda. No lejos del museo que usted más tarde visitará, encontrará también nuestra *boutique*. Este año se llevan las cremalleras, un poco al estilo *punk*, ¿sabe?, pero es un problema cuando se traban. La suya —Trudi le tranquilizó—, la que Madame ha encargado para usted, es un ejemplar único, de goma y metales preciosos. Tendrá que desnudarse —añadió.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Delante de todas?

—Claro. —Trudi tenía el aire y la actitud de la enfermera que está de vuelta de todo.

—Me niego.

—Madame me aseguró que sería obediente —se lamentó Valentina.

—Madame puede haberle dicho lo que quiera.

—Madame se sentiría apenada por esta negativa —añadió Dauphine con voz aterciopelada—. Dice que le ama.

—Pero ésa es otra historia. No quiero desnudarme delante de sus secretarias sólo porque nos amamos. ¿Qué clase de historia es ésta?

¡Si su madre la marquesa le hubiese visto, si sólo hubiese

sospechado en qué lugar se encontraba! Tal vez su madre no anduviese del todo equivocada al no querer abandonar jamás la tranquilidad de Monpleasance, la seguridad de la mansión.

—Pero no estamos aquí para discutir —dijo duramente Valentina—, hemos venido aquí para asegurarnos de que su cinturón de castidad le quede perfecto. Vamos, desnúdese. —Le desabrochó los pantalones—. No es necesario que se quite la chaqueta —añadió con ademán expeditivo y cierta impaciencia, como se hace con los niños caprichosos.

—Sólo nos interesa la parte inferior. —Gertrude le quitó los zapatos y le bajó los pantalones.

R. no llevaba calzoncillos desde que Polissena se lo había prohibido.

De una pared, adornada con un único cuadro de dos ciervos junto a una fuente, Gertrude extrajo una camilla blanca como de hospital sobre la que le hizo acostarse. «Me conviene pensar que estoy en la consulta del médico», pensó R., pero aquellas tres mujeres que le dominaban desde arriba, que le miraban desnudo de cintura para abajo, le humillaban y, al mismo tiempo, le excitaban. Su presencia era estimulante, especialmente la de Dauphine y Valentina.

—No entiendo cómo un hombre puede llevar un cinturón de castidad —dijo, de hecho para romper el silencio embarazoso que se había creado en torno a su camilla—. En el hombre se producen unos cambios fisiológicos que... en fin, si tengo una erección, el envoltorio de metal, de goma, de lo que sea, podría hacerme daño...

—Eso es precisamente lo que esperamos —respondió Trudi—, que tenga una erección, porque es cuando tomamos las medidas. —Trudi abrió un cajoncito dividido en compartimentos y R. oyó el tintineo del metal—. ¡Aquí está su cinturón! —exclamó admirada dejándolo colgar de su manos—. Éste es uno de los mejores, de malla fina, como los antiguos. Esto va en las caderas y esto es la capucha. ¿Comprende? Habrá que ajustarlo según la erección. Ahora debe procurar tener una... ¿cómo decirlo?, de las más vigorosas.

—¿Cómo voy a hacerlo con las tres mirándome? —

protestó R. supino, en la camilla.

—Es usted un hombre joven y potente —dijo Gertrude.

—Madame dice que muy potente... —sugirió Dauphine.

—Madame dice que no tiene usted la menor dificultad, basta con tocarle —añadió Valentina.

Efectivamente, había empezado a tocarle las ingles, acariciándoselas apenas. Con desagrado R. comprobó que, pese a las condiciones adversas, su sexo cambiaba de fisonomía.

—¿Y si me desnudase? —le propuso Dauphine sonriendo.

Sin esperar respuesta alguna se desabrochó la chaquetita de *tweed*. Debajo no llevaba sostén.

—Madame no aplaudiría esta exhibición —protestó R. incómodo. Sin embargo sólo tenía ojos para el grande, mórbido pecho que Dauphine le ofrecía.

—Bien, su erección me parece casi perfecta —exclamó Valentina con satisfacción.

R. sintió que le aplicaban en las caderas un armazón helado y apretado, y que le encapuchaban el pene.

—Éste es un metal nuevo —anunció Trudi sonriente—, ya verá como no tendrá ningún motivo de queja. Un metal más precioso que el platino, sobre todo más ligero. —Sintió que cerraban el candado, que el mecanismo le encadenaba—. ¡De este candado sólo existe una llave, y la llave la posee Madame!

R. entornó los ojos. ¿Era un sueño, una broma pesada? ¿Y por qué no reaccionaba?

—No se preocupe, señor Reading, hay un agujero —le previno Trudi con teutónica falta de tacto— para sus... necesidades fisiológicas.

¿En qué trampa había caído?

—De todas formas es muy poco higiénico —dijo.

—Quién dice que Madame no le liberará pronto...

—Me parece una broma de mal gusto, una perversión —dijo cortante R.—. ¿Cuándo veré a Madame?

—Esta noche, tal vez mañana.

Al día siguiente R. se reunió con Polissena en el castillo de Pommersfelden. Había dormido mal con aquel artefacto colocado en las caderas. Una secuela de pesadillas pobladas de camillas, de frías estocadas, del blanco hospitalario, y en las que Gertrude, con gesto sarcástico, intentaba castrarle.

Polissena, radiante, al verle se arrojó en sus brazos. Llevaba los labios pintados de escarlata.

—Dauphine, deberías hacernos de chófer para llevarnos a Bayreuth esta tarde... Tenemos dos entradas para *Tristán*. ¿No es fantástico? Es mi ópera preferida entre las de Wagner. A ti, ¿cuál te gusta más?

—No conozco ninguna. —Estaba molesto, mejor dicho, irritado por aquel chisme que le colgaba de las caderas, bajo la tela de los pantalones. Sus ojos azules se habían vuelto opacos. Polissena le miró, comprobando la resistencia de R. a seguir su juego. Pero cambiaría, y pronto. Le besó en la boca.

—¿Qué vas a ponerte esta tarde?

Él seguía enfurruñado.

—Dauphine, búscanos algo, un traje azul o una chaqueta elegante, de ésas bávaras. En el peor de los casos podrías pedirle a monseñor Venini que nos prestase un traje talar, que además es elegantísimo... Siempre que monseñor esté aquí, claro.

—Siempre está en Pommersfelden por estas fechas —la tranquilizó Dauphine.

—Si en lugar de mandar hacerme un cinturón de castidad me hubieses hecho tomar las medidas para un traje, no habríamos perdido todo este tiempo. Y habría sido más útil, a mi entender. ¡Yo un traje de cura no me lo pongo, sólo me faltaría eso!

Estaba realmente furioso, y sin embargo aguantaba.

—He removido cielos y tierra —le reprendió Polissena—,

viene de la mejor tienda...

—Déjame en paz, me estás tomando el pelo, ¿qué es lo que quieres de mí? —Polissena se apretó contra él. La pasión estallaba entre ellos como una chispa en el petróleo—. Salgamos a dar un paseo.

El simple contacto de la mano de ella le producía electricidad. Pasearon por el parque de Pommersfelden que los antiguos arzobispos-príncipes electores habían poblado de robles y olmos. Flanqueado por el bosque, el jardín se extendía alargado frente al imponente edificio.

Subieron la escalinata barroca, grandiosa y algo tosca. Todos los dioses del Olimpo coronaban la balaustrada ovalada de mármol rosa mientras un Apolo a punto de caerse tiraba de las riendas del carro.

—Pero mira estas arañas de cristal, ¡qué maravilla, qué divertido! —exclamaba Polissena pasando el propio brazo en torno al suyo.

De vez en cuando ella le echaba una mirada admirando aquellos ojos que, de perfil, parecían dos triángulos azul brillante. Le espiaba. Todavía receloso, R. miraba a su alrededor en aquel mundo rosa y dorado.

—Hay un Collegium Musicum —le advirtió ella—, vienen cada verano a estudiar música. —Señaló la puerta cerrada en lo alto de las escaleras de donde procedían acordes de música barroca.

—¿Quién es el barón que te ha traído a Frankfurt? —preguntó él.

—Hans-Herbert, un coleccionista marica, esperemos que nos deje al menos los cuadros franceses...

—¿Nos deje?

—Al Louvre.

—Te identificas con tu trabajo.

—Somos una sola cosa.

—También yo formo parte de ti, ahora. Pero quién sabe con cuántos habrás jugado, ciñéndoles en cinturones de castidad y atándoles con cinturones de seguridad en los aviones.

—Eres el único —respondió Polissena con severidad—,

pero no debes hablar así, no debes discutir. Debes aceptar.

—¿Debo aceptar? ¿Por qué?

Tarde o temprano tendría que dar su brazo a torcer, acabaría sometiéndose. No debía pensar siquiera en interrogarla de aquella manera.

—En verano muchos jóvenes vienen aquí a Pommersfelden con una beca. Es un lugar estupendo para estudiar música. —Había cambiado de conversación—. Lástima que esté lleno de alemanes.

—¿No te gustan los alemanes?

—Lo peor de los alemanes es que son feos. —Polissena sacudió sus rizos negros y los dientes le brillaron en la boca muy pintada—. Por eso son tan violentos.

Había conservado la totalidad de los cuadros más bien mediocres como en la época del elector obispo de Bamberg y arzobispo de Mainz: eran lienzos que colgaban uno junto a otro, caprichosamente, sin criterio alguno, persiguiendo la única finalidad de cubrir las altas paredes adamascadas. Había óvalos barrocos con fondos dorados, hermosos paisajes flamencos, copias, verdaderas maravillas.

—Supondría un trabajo enorme catalogar esta colección, pero sería muy divertido —dijo Polissena. Miró a R. quien, serio, se detenía frente a algún lienzo en lugar de otro. Le sonrió, reavivando en ambos el fuerte deseo que sentían el uno del otro—. En los aposentos privados —añadió—, vive monseñor Venini, pero sólo durante un par de semanas al año, en verano. Es el nuncio argentino ante la Santa Sede. ¿Quieres conocerle?

—¿Yo? ¡Ni pensarlo! Quiero estar a solas contigo.

—Es un tipo curioso, muy poderoso, una especie de Gelli. ¡Mucho más que la P2! Éste tiene la P3, la P4, la P5. Es medio mafioso y medio nazi, ¿sabes que todos los mafiosos y todos los nazis se han refugiado en Sudamérica y se han hecho cirugía plástica?

—¿Y tú por qué le conoces?

—¿A monseñor Venini? ¡No le conozco en absoluto! —Bajo las escaleras se encontraba una puertecita disimulada por una bóveda de conchas y madreperla. Polissena la

empujó: conocía el lugar—. Ésta es una habitación deliciosa —dijo riéndose—. ¡Aquí hacían toda clase de infamias los antiguos arzobispos electores! —Encontraba la cosa excitante—. ¡Orgías, imagínate, trata de representártelas! —Cerró la puerta tras de sí—. En torno a estos nichos, ves, todos incrustados de madreperla y conchas color violeta, los candelabros tienen forma de pez. —Resplandecían en la penumbra, las llamitas reflejándose en el corazón de las conchas—. Imagínate, ver palpar en la noche estas estatuas de las Nereidas, de Neptuno. Por debajo corría el agua que brillaba y llegaba hasta el jardín, desparramándose en las fuentes al aire libre, en el exterior. Era como Versalles, ese jardín de ahí fuera, muchas estatuas, muchas fuentes... Luego vino la moda inglesa, destruyeron los estanques, las fuentes, y lo redujeron todo a un parque, los muy cretinos.

R. escuchaba, encantado. Le gustaba oírla hablar, explicar todas aquellas cosas. Polissena encontró su mirada. Ella llevaba en el cuello una cadenita, de la que colgaba una llave reluciente.

—¿Me liberarás?

—Te liberaré.

—¿Y qué quiere decir 88, el número en los brazaletes?
¿Que soy tu hombre número 88?

—Un día lo entenderás.

A la derecha había un refugio decorado en
trompe-l'oeil

, con un fornido Sansón destruyendo el Templo. El autor del fresco tendría que haber pintado la caída de las columnas tremenda e inminente, pero no consiguió alcanzar la fuerza de Giulio Romano en el Palazzo del Te, del que derivaban sin duda aquellas imágenes.

—Abramos las ventanas —dijo R.—, ¿no oyes la música?
¡Ahí fuera también debe de haber músicos! —Abrió una y el viento los embistió.

—Cuando era pequeña estudiaba el violonchelo.

Una extraña revelación: jamás habría sospechado que

Polissena hubiese estudiado un instrumento tan voluminoso.

Su boca escarlata había empezado a canturrear algunas notas mozartianas. Los rizos negros se acoplaban a la corriente de aire que venía del parque. Y de nuevo el ardor, aquella impulsiva y extraña necesidad de someterle.

Se precipitó hacia él.

—¡Aprisa, desnudémonos!

—Estás loca, los de ahí fuera, los chicos que tocan en el parque, podrían vernos. Y además, éste es un lugar público, un museo. Podría llegar un grupo de turistas... Vayamos al hotel.

—Es mucho más divertido aquí, con el riesgo, con la probabilidad de ser descubiertos.

—Jamás lo conseguirías... y además deberías quitarme el cinturón de castidad.

Por toda respuesta le desabrochó la camisa y le abrió los pantalones. Se inclinó sin quitar la llave de la cadenita de la que colgaba y abrió el candado del cinturón.

—¿Lo ves? —dijo Polissena tocándole el sexo, acariciando suavemente con los dedos aquella punta blanda—. ¿Ves como tienes ganas?

—Cuando me tocas siempre tengo ganas.

Ella le obligó dulcemente a agacharse. Le hizo sentarse en el suelo. Luego se arrodilló a su lado. La mano de R. apartó la falda. Ninguno de los dos llevaba prendas íntimas.

—También yo estoy a punto.

Con todas sus fuerzas, R. empujó su cuerpo dentro de Polissena. Los músculos de los muslos envolvían la violencia contenida de aquella zona caliente, conducían el embate dentro de ella y toda ella se llenaba de su calor. R. sentía el pecho de Polissena aplastado contra su tórax y las lenguas se entrelazaban, se atormentaban, se penetraban. Las manos de Polissena sobre su cabeza, los dedos buscaban entre sus rizos, dentro de las diminutas orejas, en los agujeros de la nariz. R. se derramó dentro de ella, llenándola de las oleadas de su orgasmo.

—¿Ves como te has corrido? —le dijo triunfante.

—Creo que los músicos nos han visto.

—La música era para nosotros. Es lo mismo, la música y hacer el amor, especialmente Wagner. Wagner es un orgasmo prolongado, una masturbación lenta, repetida con los mismos gestos. —Se levantaron—. La próxima vez quiero ponerme encima —dijo Polissena—. Quiero pensar que soy un hombre, que soy yo quien te poseo.

—Será mejor elegir un lugar menos incómodo. Pero, oye, no me pidas que vuelva a ponerme ese cinturón...

—Métetelo en el bolsillo, te lo pondrás cuando deba castigarte.

—¿Y por qué tendrás que castigarme?

Hizo un gesto evasivo con la cabeza.

A las tres estaban en Bayreuth.

El espectáculo comenzaba a las cuatro.

El auditorio de Bayreuth resonaba como la caja de un violín. En efecto, todo el teatro había sido construido con madera. La orquesta era magnífica, dirigida por el minúsculo Daniel Barenboim. Quién sabe qué sentía el diminuto hebreo dirigiendo en aquel cañón místico del que había salido tanto pangermanismo, tanta retórica nazi.

El público que llenaba el auditorio estaba compuesto en buena parte por hebreos y en otra por ex SS. Esto lo había decretado el barón von Wüzburg. Mirando a su alrededor, R. había añadido «y homosexuales», sin recordar que el barón pertenecía a esta categoría.

—Bueno, yo diría que hay también muchos japoneses —intervino Milagros Gautier, famosa anticuaría que venía de Munich expresamente para el *Tristán*.

—... y no olvidemos a los agentes musicales y a los directores artísticos —añadió Vladislav Huk, que pertenecía a esta última categoría y que se había incorporado hacía unos instantes al grupo.

—Vladislav es el director artístico del Teatro de Bratislava —especificó Polissena señalándole a R. aquel hombre alto y ascéticamente delgado, de pelo precozmente blanco y expresión hostil.

—Deberías quedarte con el teatro Till de Praga —sugirió el barón a Vladislav— y poner en cartel un montón de óperas barrocas.

—Sigue cerrado. Lo están restaurando, es como si... lo maquillaran. Praga apenas se reconoce, todo aquel gris kafkiano lo están cubriendo de empalagosos colores pastel.

—Así es —confirmó resignada la vieja anticuaría que viajaba continuamente, lo sabía todo y, a pesar de sus ochenta años, nunca dejaba de hacer acto de presencia ante una mesita de la Placita de Capri cada mes de marzo, antes

de Pascua.

—¡Qué buena idea ir a Praga! —exclamó Polissena, con aquel aire sombrío que sus ojos oscuros conferían a la palidez del rostro.

Como de costumbre llevaba los labios violentamente pintados, esta vez del mismo color que un luctuoso traje color fucsia que le ceñía las caderas estrechas.

—¡Verás qué bonita es la Praga de Malá Strana, los edificios...!, —prosiguió dirigiéndose a R. que no tenía intención alguna de mostrarse receptivo.

—Por desgracia está también la Praga-porcelana-de-Dresde, pero por dentro sigue siendo gris, incluso en el alma. Los colores pastel de fuera son de película. La ciudad se ha convertido en un estudio permanente para rodar historias del siglo XVIII; es... la Cinecittà eslava.

—No te quejes, Vladislav, el Till sigue siendo el teatro del *Don Giovanni*, la ópera más grande jamás escrita —dijo Milagros.

—Cuando vuelvan a abrirlo no faltaré.

—¿Para un *Don Giovanni* probablemente mal cantado? —interrumpió el barón que era un entusiasta wagneriano: para él no existía nada más que la música de Wagner—. Sería mejor ir a Praga porque allí se pueden comprar cosas interesantes.

—¿A Praga? —preguntó Polissena curiosa.

—Pero es peligroso —comentó Milagros, mordiendo una salchicha untada de mostaza—. ¿Cómo se exportan cosas de Checoslovaquia? Y, además, ¿qué tipo de cosas?

—Dibujos de Durero... por ejemplo... Incluso me han hablado de un Caravaggio, auténtico; monseñor Venini me ha asegurado que es formidable. ¡Mi sueño es poseer un Caravaggio! No tengo ni uno solo, mientras que los Polignac-Hérison tienen dos, ¿comprende? —Era obviamente un recuerdo humillante. R. le miró. No conseguía comprender la intensidad de aquellas pasiones. Con indiferencia cogió la copa de Champagne que le tendía el barón. Lo había pedido para todos los presentes sin que nadie se hubiese dado cuenta.

—Si es un Caravaggio de verdad —comentó Polissena—, será sin duda robado.

R. se sentía excluido.

Una hora de descanso.

Mientras los demás hablaban, R. observaba: había quien se sacaba un teléfono del bolsillo del *smoking* y hablaba directamente con su despacho en Düsseldorf, y quien más quien menos apalabraba algún negocio.

De pronto una voz.

—Pero ¿qué haces aquí, hijo mío?

Lady Isabella acercó apenas la pálida mejilla a los labios de R. La presencia de la marquesa de Beckford en Bayreuth era tan insólita como la del hijo. R. le preguntó asombrado:

—¿Pero a ti te gusta Wagner?

—¿Quién? Cariño, soy tan distraída, nunca recuerdo los nombres, pero la música me gusta toda. En realidad soy extraordinariamente musical, siempre me lo han dicho.

¿Cómo ocultarle a la madre que él se encontraba en Bayreuth en compañía de su prima Polissena Lockhart? Afortunadamente Polissena estaba semioculta por el grupo con el que hablaba, junto al bar, a cierta distancia. De todas formas, la madre no iba a hacerle ninguna pregunta, no por educación, sino porque nutría un profundo desinterés por la vida de sus hijos.

—Pero tú...

—Estoy aquí con el primo Charles, que me ha invitado en el último momento. Mañana por la mañana vamos a ver a los Saxe-Coburg con el príncipe de Gales.

—Tu madre creía que estaba en Salzburgo hasta que se levantó el telón —confesó el primo Charles—. En efecto, si estuviésemos en Salzburgo, los actos no durarían tanto y los espectadores irían más elegantes.

—La verdad es que el primer acto se hizo interminable —intervino la marquesa. Sorprendida, miró a Polissena quien, entretanto, se había acercado—. Pero, prima, ¿qué haces aquí? —Luego, como la respuesta no le interesaba, pasó a las

presentaciones—: El primo Charles, la prima Polissena.

—Vladislav Huk.

—Marian Svoboda, del museo estatal de Praga —se autopresentó un joven de poblado bigote que se había unido a Vladislav y Milagros.

—El duque de Soho, mi primo —respondió Lady Isabella.

—La marquesa de Beckford —respondió el primo Charles —. Mi prima y... su hijo. —Así indicó a R. cuyo nombre, momentáneamente, se le escapaba.

En el bar, entre las colas de esperanzados aspirantes a una entrada, se abrió paso Nicholas Newman.

—¿Yo? ¿Perderme un *Tristán* como éste? ¡Nunca!, ¿eh? ¿No es cierto? ¿Tengo razón? Mister Reading, ¡qué alegría! Y ahí están Polissena y Marian. Pero bueno, aquí están todos los museos, y además el barón, que es casi un museo, me refiero a su colección, ¿eh? ¿Cómo está, barón?

R. y Polissena se intercambiaron una larga mirada de complicidad. Estalló luego en la sala el segundo acto. Nadie había escrito jamás sobre la pasión de forma tan meticulosa.

Era un extraño lugar para la tertulia después del teatro, pensó R. Una mansión desierta en medio del Hofgarten, envuelta en la oscuridad de la noche. El barón iba con ellos, junto a los dos checoslovacos Marian y Vladislav. El Hofgarten estaba al otro lado de Bayreuth, un lugar sumergido en la vegetación.

—¡Ha sido un espectáculo espléndido! —zanjó Polissena. Los comentarios sobre las representaciones, como sobre los viajes, le parecían aburridísimos.

Pasaron por una pequeña verja entornada, chirriante bajo la lluvia y, en la puerta principal de la mansión, fueron recibidos por un conserje.

También aquél era un museo: Wahnfried, la paz suprema.

—Aquí vivían Cosima y Richard Wagner —le explicó Vladislav a R., que era el único en no saberlo—. Cosima Liszt, la segunda mujer, la hija de Liszt.

—Liszt fue un compositor que follaba por esnobismo, de ahí que su hija fuera tan fea —exclamó el barón a quien no le gustaban las mujeres.

Atravesaron el vestíbulo adornado con un friso inspirado en *El anillo de los Nibelungos*. Éste comunicaba con una gran sala vacía; el único mueble era un piano junto a la ventana que daba al jardín oscuro y lluvioso.

—No enciendan las luces —recomendó el conserje encendiendo en cambio una cerilla—. No querría que desde fuera vieran luces, aunque por aquí no pasa nunca nadie. Por la noche el parque está cerrado.

Un par de velas, con su luz mortecina, dieron un aire fúnebre al ambiente.

—Esta casa fue diseñada por el propio Wagner —explicó Polissena a R. Los espacios eran en realidad una extraña mezcla de refinamiento burgués y grandiosidad.

De repente unas notas wagnerianas invadieron la sala: Sigfrido, en una grabación de los años cuarenta, viajaba por el Rhin.

—Éste era el salón de Wagner —explicó el conserje—. ¡En su día llegó a contener una biblioteca de dos mil trescientos diez volúmenes! Desde las ventanas, si no lloviese y no estuviese tan oscuro, podríamos ver las tumbas del compositor y su mujer. Todo lo que había aquí había sido diseñado expresamente para Wagner, tanto las mesas como las sillas y la librería: por Lorenz Gedon, un escultor de Munich. Desgraciadamente, en 1945 una bomba destruyó parte de la mansión y esta sala. Todos los muebles y los libros se quemaron.

No cabía duda de que la bomba aliada había dado en el blanco, en el corazón mismo del nazismo. R. no hacía comentarios, en el fondo estaba decepcionado. Aquella noche hubiera querido estar a solas con Polissena. Brunilda se disponía a inmolarse en la pira de Sigfrido, como una viuda hindú, arrastrando con ella a su caballo pura sangre; un verdadero desperdicio, pensó R., que adoraba los caballos.

—Ahora propongo un juego —dijo el barón von Wüzburg, el pálido rostro iluminado por una sonrisa. Polissena sintió un agradable estremecimiento de placer intuyendo que R. sería la víctima.

—Repartamos las cartas —sugirió Vladislav, con una baraja en la mano. Se las pasó a Dauphine, el barón las contó, todo parecía formar parte de un juego preestablecido, especialmente cuando la mano enguantada se detuvo ante R. Los ojos color yerba miraron al barón interrogativamente, luego se desplazaron hasta Polissena. Ella le sonrió y le besó en la boca, delante de todos. Le cogió una mano y le dijo:

—¡Ven! —Le pasó una venda negra en torno a las sienes y la apretó con un nudo fuerte—. ¿Nos ves?

—No.

Salieron afuera, ella guiándole, los demás caminando detrás, sin hacer ruido; la mano de Polissena en torno a su mano, en silencio: R. estaba aturdido. Había dejado de llover. Oía murmullos a su espalda, pasos sobre la grava, el susurro

de los olmos bajo el viento.

—¿En qué consiste el juego? —preguntó R. a Polissena.

Ella le hizo detenerse un instante. Le dio de beber un largo trago de aguardiente de una botellita que llevaba consigo. Luego le besó de nuevo en la boca. Los labios de R. quemados por el alcohol fueron apresados por otros labios.

—¿Quién eres? —preguntó R. atontado. Había oído pasos muy quedos. Intuía que los demás estaban cerca, más cerca que antes—. ¿Eras tú?

—Adivina —le respondió una voz que podría haber sido la de Dauphine.

Pero le fue imposible adivinarlo. Empezaba a tener frío, y aquella música que provenía a oleadas de la galería de Wahnfried le aturdía, casi le daba náuseas. Se avergonzaba de no haber sabido distinguir el beso: ¿había sido Polissena quien le había aferrado los labios, u otra persona? Esta vez el beso fue tan violento que R. perdió el equilibrio y cayó sobre una losa de piedra fría en torno a la cual, lo presentía, estaban los demás.

—¿Quién ha sido? —preguntó desesperado. Tenía que seguir el juego.

—Adivínalo —le respondió Marian.

—Adivina —insistió la voz del conserje.

Sospechaba que estaban todos de acuerdo, incluida Polissena. Que aquel juego era una conjura. Luego reconoció su tacto. Las manos de Polissena se deslizaron sobre su cuerpo, penetraban en sus pantalones. Seguía tumbado sobre una piedra lisa.

—Relájate —le susurró—. Ahora debo castigarte. Todos debemos castigarte por no haber reconocido nuestros besos.

Sintió que le bajaba los pantalones ayudada por otras manos. Ahora alguien se introducía el sexo de R. en la boca. Entretanto otro le besaba las orejas semiocultas por la venda negra. ¿Polissena?... ¿O tal vez alguien que fingía ser ella? Los contactos cesaron de repente. Varias manos le zarandearon vigorosamente, le dieron la vuelta sobre la piedra.

—¡Basta! —dijo R. Estaban exagerando.

—No te preocupes, es doble.

—¿El qué?

R. nunca habría podido sospechar que estaba tumbado boca abajo semidesnudo sobre la doble tumba de Cosima y Richard Wagner. Sobre él, dos personas le mantenían los brazos inmóviles y estirados, otra se apoyaba en el borde de la piedra fría y se inclinaba sobre él separando las nalgas con las manos y abriéndose paso.

—¡No, eso no! ¡No quiero, Polissena, no quiero!

—Hazlo por mí, obedece. —Su voz le sonó dulce cerca de los oídos. Un objeto duro intentaba penetrarle.

—No hay manera de abrirlo —se lamentó una voz masculina, tal vez la de Marian—. Necesito que alguien me ayude. ¡Vamos, sujetadle bien!

El dolor era lacerante, y cuanto más gritaba R., más la música de *Parsifal* parecía cubrir sus lamentos.

—No grites —le susurraba la voz de Polissena—, piensa que soy yo quien te penetra. Es como si fuese yo quien te poseyese.

Aquel objeto palpitante se introducía cada vez más profundamente en su carne, empujando sus intestinos; R. sentía que le llegaba hasta la cabeza. Gritaba.

Luego, todos aplaudieron mientras R., en cambio, vertía lágrimas de dolor físico, de pánico, de humillación.

—Ya basta —oyó la voz imperativa de Polissena.

Los brazos que le sujetaban aflojaron y luego soltaron la presa. Se oyeron pasos que se alejaban. Cuando ella le quitó la venda, R. vio que se habían quedado solos.

—Cariño —le dijo—, ahora te consolaré yo.

Llovía desde hacía cuatro horas cuando llegaron a la frontera de Schirnding.

R., que llevaba años reventando coches de carreras, no conseguía eliminar la molesta sensación de ser el pasajero de una mujer. En realidad Polissena conducía sin especial ambición; para ella eso era una función, no un talento.

Tras pasar la aduana alemana —apenas vigilada por un par de guardias— y una gasolinera, entraron en aquella zona del territorio checoslovaco que, hasta 1945, había sido alemana. Ahora la alambrada corría a lo largo de la frontera atravesando zonas de arena minada, pasadizos cerrados, perros amenazadores y soldados armados de ametralladoras: todo recordaba los campos de exterminio de quienes la habían invadido en 1938.

—La única ventaja de venir a estos países totalitarios es que son tan poco atractivos que desaniman a la mayoría de los turistas —explicó Polissena.

Llovía.

Esperaron dos horas a que unos jóvenes guardias checoslovacos de uniforme azul sellaran los diferentes papeles, pasaportes y documentos del coche. Sus facciones eran más bellas que las de los alemanes, constató Polissena; en realidad no eran ni carne ni pescado, ni alemanes, ni eslavos. Y como suele ocurrir en todos los países híbridos, eran no obstante visceralmente patrióticos. Su música hablaba de montes, ríos y de *Ma Vlast*, la patria; y los que nacían en Moravia consideraban a Eslovaquia como otro planeta, mientras Bohemia era un mundo distante.

—No estarás enfadado, ¿no? —preguntó Polissena, y sabía a qué se refería. Sí lo estaba, y ofendido. Pero no quería perderla. No contestó—. Vas a ir a un lugar que te interesará, que te educará, y tal vez te cambiará —dijo Polissena—. Lo

harás porque me amas. Y... después, me amarás aún más. Por otra parte, harías cualquier cosa por mí, ¿no es así?

¿Cómo podía decir todo aquello con aquel tono de voz casi hipnótico? ¿Cómo podía creer en lo que decía? Decidió no contestar nada, extrañamente atrapado en aquella espiral. Sentía que deseaba obedecer para agradarla, para complacerla.

—Nunca he estado aquí... —interrumpió finalmente R. el silencio. Soñoliento, contemplaba la lluvia azotar las ventanillas del coche, deslizarse por el parabrisas. Había empezado a temer que Polissena quisiera abandonarle. Incluso se había despertado bruscamente la noche anterior, bañado en sudor frío, pensando que ella se había marchado.

—Yo en cambio he estado aquí varias veces. Por eso se quedan tanto rato con mi pasaporte: les resulta sospechoso. Preferirían no tener ningún turista, pero al mismo tiempo necesitan divisas extranjeras.

—¿Te controlan?

—Quizás... Es una costumbre de los Balcanes. —Polissena se pasó la barra de labios por la boca mientras las gotas de lluvia repiqueteaban sobre el tejadillo que cubría el puesto de control.

—Habrá que cambiarlo aquí en la frontera.

—¿El qué? —preguntó ella.

—El dinero.

R. tenía unos dólares y unas cuantas libras esterlinas. Se los sacó del bolsillo, abrió la ventanilla y se los tendió al guardia que hizo un gesto de asentimiento; entró en el cuchitril del puesto de control y salió poco después con una hoja firmada y la cantidad correspondiente en dinero local.

—Has hecho muy mal —le reprochó ella—, en el mercado negro te lo habrían cambiado por el doble.

—Pero estará prohibido... De todas formas no tenía mucho dinero...

—No te hará falta.

El guardia del cambio les devolvió los pasaportes y les dejó pasar. Seguían el viaje por un paisaje que apenas había cambiado.

¿Por qué hablaría así Polissena? ¿Por qué era siempre tan decidida y autosuficiente? Le habría gustado llevarla a cenar. Le habían dicho que los restaurantes de Praga eran bonitos, sofisticados, que se comía bien.

Llovía.

—Hay que pasar otros tres controles —dijo ella, que parecía acostumbrada a todo aquel trajín. Asomaba, cada vez que se lo pedían, una mano fuera de la ventanilla, mostrando un salvoconducto que le habían dado en la frontera.

—Pero ¿por qué vienes aquí? —insistió R.

Bajo la lluvia los campanarios hanseáticos se difuminaban en la mortecina luz nocturna.

Le explicó que en Checoslovaquia quedaban cuadros importantes, que había habido grandes colecciones en la época del Imperio austro-húngaro; que, de todos modos, le producía una especie de recóndito placer imaginar micrófonos en los hoteles y oídos ajenos pegados a los teléfonos. Por qué, no lo sabía. Pero era así, le gustaba esa clase de dificultades.

Seguía lloviendo.

—Escucha —le ordenó mirando al frente, más allá de la cortina de lluvia—, ahora no iremos a Praga, sino a České Budějovice. Te dejaré en el castillo. Iré a recogerte dentro de una semana.

R. la miró atónito, incapaz de protestar. Polissena le explicó que los brazaletes con el número, que le fueron dados junto con el cinturón de castidad, serían su salvoconducto.

—¿Me abandonas? —preguntó él con un dejo de temblor en la voz.

—No, al revés, es para no abandonarte nunca.

Le pidió que se pusiese el cinturón de castidad, ella depositaría la llave en el castillo.

—¿En el castillo?

R. debería dar su consentimiento por amor a ella. Si verdaderamente era suyo, R. debía aceptar todo lo que se le pidiese.

Polissena le tranquilizó: nunca había amado a nadie como a él. Le amaba con pasión.

Habían cruzado bosques y campos ondulados bajo la lluvia. Polissena conducía el coche por las alamedas que se enroscaban sobre sí mismas, en torno a estatuas de diosas marmóreas sobre las que verdeaban húmedos musgos. Habían llegado al parque del castillo. Los árboles, enormes, inclinaban sus ramas cargadas de hojas brillantes de lluvia; susurraban las altas hayas. Seguía lloviendo. A través de las ramas, R. distinguió el torreón de Hluboká nad Vltavou.

—¿A qué hora nos esperan? —preguntó.

—Te esperan a ti.

—¿Acaso voy a ir solo?

—Solo.

—¿Por qué?

—Lo haces por mí. Vendré a recogerte dentro de una semana.

—¿Por qué?

—Porque te quiero dócil, sumiso.

—¿Por qué?

—Para amarte siempre. Pero tú tienes que quererlo, debes esforzarte; debes hacerlo, si me amas.

R. se arrojó en su regazo besándole las rodillas desnudas apenas bordeadas por la falda de terciopelo.

—En el castillo te enseñarán cosas nuevas. Te mostrarán una forma distinta de ser, de amar, el placer de no reaccionar, de ser un esclavo: mi esclavo. Todo lo que te hagan, deberás soportarlo por mí.

—¿Pero tú no me acompañas?

Habían llegado a una plazoleta, frente al imponente castillo de chapiteles góticos que antiguamente había pertenecido a la familia Hradec y que pasó luego, como casi todo, a los Schwarzenberg. Polissena detuvo el automóvil en la explanada que se extendía ante él.

La miró perdido.

—Ahora vete. —Iría a verle, le dijo, pero como invitada del castillo, como miembro de aquella cofradía, tal vez ni siquiera la reconocería. R. hizo ademán de coger la maleta—. No, no vas a necesitarla. —En el asiento trasero yacía su maletín de piel con los libros, los periódicos, los documentos—. Eso tampoco te va a hacer falta.

Polissena, que mantenía el pie en el embrague, lo soltó. El automóvil se alejó lentamente bajo la lluvia mientras R. se quedó mirándola.

R. echó a andar hacia el gran portal de Hluboká. No había timbres, ni picaportes, por lo que decidió empujar la pesada puerta que de hecho se abrió ruidosamente, dejándole pasar. El vestíbulo era oscuro pero acogedoramente cálido. Las paredes, pintadas de rojo pompeyano, estaban cubiertas de cornamentas de ciervos y gamos, y de *schvec*, el macho cabrío de las colinas de Bohemia, símbolo de múltiples y violentas cacerías. Se detuvo en medio del vestíbulo, atontado, sin saber qué hacer.

¿Por qué se había metido en aquel lío? Porque amaba a Polissena y quería ser suyo. Pero la sola idea de encontrarse lejos de casa, en un país que no conocía y del que no hablaba el idioma, sin un céntimo ni un documento, le llenaba de terror, de desesperación.

No, tenía que confiar en ella, pues le ponía a prueba. Lo soportaría todo por ella, porque se lo había prometido. Porque quería ser suyo para siempre, convertirse en su objeto.

Pero ¿por qué Polissena quería reducirle a objeto? Tal vez fuese su forma de amar, quería modelarlo y encontrar en él un cuerpo aquiescente. Quería invertir los papeles y, al fin y al cabo, ¿quién había establecido la función de la mujer en la cama sino el propio hombre? Quizá Polissena se vengara de todo esto y, en él, humillaba a todos los hombres que inconsciente o voluntariamente la habían humillado a ella. Pero en la nueva sensualidad que Polissena le imponía, R. había encontrado una liberación, una emancipación. En la servidumbre sentía una redención sexual. Le parecía que el

estupro público del día anterior le había vencido y que ahora estaba dispuesto a sufrir cualquier prueba. Era una forma de ser libre, aunque sintiera cada vez más viva su relación con Polissena, una relación que, R. lo comprendía, ella quería forjar a su antojo.

Mientras pensaba en estas cosas, súbitamente R. oyó abrirse una puerta a sus espaldas y distinguió a dos mujeres jóvenes avanzar hacia él. Ambas eran graciosas y menudas, llevaban extrañas prendas. Un amplio manto de tela rígida, con el cuello levantado, agigantándose en torno al cabello, cubría su cuerpo por entero. Mientras caminaban, las piernas movían la capa dejando entrever parte del seno, el vientre y el pubis. Se preguntó si no habría ido a parar a un burdel, pero las dos jóvenes no le dejaron mucho tiempo para pensar. Silenciosamente le hicieron un gesto imperioso de que las siguiera. R. pasó por varias habitaciones, cada vez más pequeñas y cada vez más calientes. Aquella temperatura veraniega le pareció excesiva. Todas las habitaciones estaban pintadas de colores oscuros, y de las paredes pendían antiguos cuadros que representaban sangrientos suplicios de mártires. Los muebles eran pesados, falsamente arcaicos, robles esculpidos e historiados, ébanos. Pesados cortinajes ocultaban las ventanas y tapices oscuros se perdían en la penumbra.

Al final, apartando una cortina adamascada, entraron en un aposento que no habría podido contrastar más radicalmente con la pesada decoración del vestíbulo y de las habitaciones. Era una habitación completamente blanca, con luces de aluminio, un banquito de mármol y una mesita de latón y acero. Había estallado, ensordecedora, una música. Aquellos sonidos, en un crescendo hostil y agresivo, le atenazaban. La calefacción le sofocaba, estaba acostumbrado a moverse en rigurosos climas invernales.

Se sentía aturdido, desconcertado, pero dispuesto a hacer cuanto se le pidiera.

De repente, en un rincón de la habitación, vio a un hombre de horrible aspecto que, aparte de los guantes largos de cabritilla roja y el cinturón de piel en la cintura, iba

completamente desnudo. Del cinturón le colgaban látigos, un gato de nueve colas y numerosas fustas que rodeaban sus caderas y las cubrían, como si de una absurda faldita se tratara.

Ante aquella aparición R. se sintió desvanecer y perdió el conocimiento.

Segunda parte

Las dos sirvientas se llamaban Eva y Soña. Le preguntaron cuál era su número. Como R. yacía todavía aturdido, le tocaron uno de los brazaletes que llevaba, leyendo en voz alta: Ochenta y ocho. En adelante aquél iba a ser su nombre. No sólo eso, sino que aquel número también indicaba la naturaleza del tratamiento que iba a recibir en el interior del castillo.

El forzado de los guantes de cabritilla, la máscara y el cinturón amenazador, cuyo nombre era Lubomir Zizka —le explicaron Eva y Soña— había desaparecido. Su función era misteriosa, pero pronto se aclararía.

Las sirvientas del manto, que dejaba al descubierto el vientre y el seno al menor movimiento, le precedieron hasta una salita revestida de una moqueta color marfil, afelpada y blanda. La misma música que le había molestado al entrar retumbaba ahora procedente de algún oculto artilugio. Le desvistieron, dejándole puestos los brazaletes y el cinturón de castidad que —según le dijeron— le quitarían aquella misma noche.

Dos escalones de mármol blanco, como en una pintura de Alma Tadema, adornaban circularmente la bañera Jacuzzi donde le sumergieron. Eva y Soña, tras desprenderse de los mantos y quedarse desnudas, se pusieron a lavarle enérgicamente, insistiendo en enjabonarle y aclararle. En cuclillas junto al borde de mármol, con las rodillas separadas, Eva y Soña mostraban los labios de su vientre, ofrecidos, expuestos. Aquellos secretos rosa y escarlata se entreabrían a cada movimiento y, cuando lavaban la espalda de Ochenta y ocho, extendiendo los brazos blancos hacia la bañera, sus senos rosados apuntaban hacia él. Se pusieron de pie y, como

en un rito, arrojaron jazmines y perfumes en las aguas burbujeantes de la bañera.

Habría pasado una hora cuando le obligaron a levantarse, le secaron con gruesas toallas recalentadas que llevaban todas su número 88. Luego le echaron en una camilla, donde empezaron a darle un masaje con aceite de almendras mezclado con extracto de nardos. Ambas le tocaban con manos profesionales en completo silencio, no hablaban siquiera entre ellas. Le pasaban agua de rosas bajo los pies, por la concavidad de las rodillas, bajo las axilas. Luego le dieron la vuelta, como a un pescado, repitiendo el tratamiento en la base del cuello, deteniéndose en la cara. Con un ligero masaje de las yemas expertas, Eva y Soña reactivaron los tejidos en torno a los ojos azules, sobre los párpados profundos, bien dibujados, en torno a los orificios nasales, a la boca delgada, cortante, silenciosa. Con la palma de la mano Eva le alisó las sienes, comprimiéndole luego las paredes nasales, con tanta pericia y delicadeza que R. se durmió.

Cuando entreabrió los ojos, tal vez unos veinte minutos después, Eva y Soña estaban en el fondo de la habitación; los mantos de tela rígida, que nuevamente cubrían sus cuerpos, llenaban gran parte del espacio creando formas triangulares, como de abeto, de virgen de Loreto. Se acercaron. Soña sostenía en la mano un frasco de vidrio o cristal del que vertió un fuerte perfume sobre una mano que restregó contra la otra. Luego le pasó las manos entre las ingles, perfumando el vello rizado en torno al cinturón de castidad, bajo las axilas, detrás de las orejas.

Después se le comunicó que cenaría solo, pero que le presentarían aquella misma noche. Ellas dos, Soña Scheipflogove y Eva Rybara, Morella Pallemberg —la primera doncella— y Lubomir Zizka —el ayuda de cámara que había entrevistado—, le asistirían. Lubomir sólo hablaba checo, por tanto sería inútil tratar de comunicarse con él.

No le vistieron: siguió desnudo, llevando solo los brazaletes y el cinturón de castidad. Luego, le llevaron a una segunda habitación totalmente blanca, también ésta de estilo

muy moderno, donde la música se obstinaba en herirle. Una de las paredes estaba del todo cubierta por un espejo que llegaba hasta el techo.

Otras dos jóvenes, vestidas como Eva y Soña, cuidaron de sus manos y sus pies. Se preguntó si, en efecto, aquéllas serían las mismas jóvenes de antes, tanto se parecían a las sirvientas, pues evidentemente estaban elegidas por los mismos criterios de altura, dimensiones y color de la piel. Además, aquellos mantos rígidos que se entreabrían al andar o cuando las doncellas se sentaban, las asemejaban incluso en los movimientos. R. sólo tenía ojos para los senos lisos y los muslos torneados que se desdibujaban en la sombra. Pese a ser menudas, las doncellas tenían facciones marcadas, grandes ojos desprovistos de vivacidad, y también la voz, cuando hablaban, sonaba átona. Sus palabras eran meros sonidos.

Volvió una de las sirvientas que le habían recibido, tal vez Eva, y le comunicó que le lavaría el pelo. Trajeron una silla de barbero, de las antiguas, de latones y esmaltes resplandecientes. La joven que le había hablado (pero tal vez fuese Soña) le enjabonó el cuero cabelludo con un champú perfumadísimo. Aquellas fragancias dulces, exóticas, fuertísimas, eran absolutamente inusuales para un hombre como R., acostumbrado a la vida de campo, a la lujosa incomodidad de la viril vida anglosajona.

Sentado en la silla de barbero, con las piernas abiertas, se miraba incómodo las robustas pantorrillas reflejadas ante él, el corazón de su ingle abandonado, casi patético. Se le informó de que a partir de entonces sólo sería un número, que no podría protestar ni elegir, que debería aceptar todo lo que le hicieran. Pasaría la mayor parte del día en una celda, a veces en compañía de su ayuda de cámara Lubomir, o de Morella, a la que todavía no había visto. Pasaría las veladas con los invitados del castillo; a veces estaría vendado y por tanto no podría reconocerles; en otras ocasiones serían los invitados los que irían enmascarados. En aquellas veladas probablemente participaría su amante, dado que Madame formaba parte de la «Sociedad». Madame intervendría por lo

tanto a menudo en aquellos encuentros nocturnos en los que también tomarían parte hombres. Durante la noche, a Ochenta y ocho le despertarían a menudo su ayuda de cámara o una de las jóvenes, y él no podría oponerse. Le mantendrían atado unas horas colgado de los brazaletes que llevaba desde Frankfurt y le prohibirían dormirse. Podría, sin embargo, descansar toda la mañana, hasta el mediodía o la una, cuando iría a dar un paseo por el parque antes de la hora de comer.

Aquella noche, cuando finalmente estuvo preparado, extenuado y perfumado, las dos jóvenes le escoltaron hasta una tercera sala parecida a aquella en la que le habían bañado y masajeado.

Regresó Lubomir llevando en la mano un metro y un cuadernillo. El lápiz descansaba sobre una bandeja de Lalique. Se le comunicó a Ochenta y ocho que iban a tomarle las medidas del cuello para confeccionarle un collar; también le harían anillas para los tobillos.

La habitación donde iba a cenar estaba iluminada por dos lámparas sostenidas por ángeles de mármol de aspecto funerario. En aquella luz, opaca, difusa, R. no habría podido leer libros ni periódicos, en el supuesto de que se lo hubiesen permitido (pero tuvo la impresión de que también aquello estaba prohibido en Hluboká nad Vltavou). La habitación estaba en penumbra y no se veía ni un solo libro. Era una estancia en forma de embudo, los anchos escalones recubiertos de gruesa moqueta formaban una mastaba al revés. La alfombra no sólo recubría el suelo y los anchos escalones, sino también el techo, y confería a la sala un ambiente claustrofóbico.

Ésta era enteramente blanca. No había ventanas con excepción de un orificio bordeado de latón que, de vez en cuando, se abría para dejar pasar los delicados platos de la cena.

Cansado, pero a la vez hambriento, Ochenta y ocho empezó a dar cuenta de los manjares que se le ofrecían, espléndidamente guarnecidos de berros y fondos de alcachofa. Había cangrejos de agua dulce sobre una delicada

mousseline, truchas rellenas de agachadiza servidas con un buen vino de Moravia, y un bistec de *schvec* con salsa de enebro. Hubiera preferido beber cerveza ya que estaba sediento y, al fin y al cabo, Checoslovaquia era célebre por la excelencia de aquella bebida. Pero no había nadie a quien comunicarlo, a quien pedir y, evidentemente, esto Ochenta y ocho lo había entendido perfectamente: en aquel castillo no tenía derecho a exigir nada. Estaba allí para aprender a aceptar.

Había permanecido en aquella habitación bastante tiempo. Cuánto, no lo había conseguido calcular, dado que no le habían dejado el reloj, ni podía ver la luz del día, ya que en aquel espacio claustrofóbico no había ventanas.

Con las manos sobre las rodillas, se había quedado sentado, intentando no pensar en el tiempo que pasaba, ni adelantarse con el pensamiento a lo que le esperaba. Su cuerpo, suavizado por tantos ungüentos, espumas y masajes, emanaba un olor como a nuevo.

Súbitamente se abrió la puerta y entraron las dos sirvientas seguidas de Morella Pallemberg. Era la sirvienta principal, alta, con el cabello rubio que le caía en magnífica lluvia en torno al rostro y por el cuello, los ojos fríos espléndidamente enmarcados por largas pestañas. Llevaba un vestido tipo Batman. Sus piernas se alargaban en unas mallas, y un cinturón de charol negro se apoyaba holgadamente sobre sus caderas. Iba a instruirle, le dijo con voz áspera e imperiosa: Ochenta y ocho debería obedecerla en todo. Morella emanaba una afrodisíaca autoridad, e incluso las sirvientas Soña y Eva parecían a su vez decididamente subyugadas por ella.

Morella se puso enseguida manos a la obra. Pasó unas anillas de hierro en torno a los tobillos de Ochenta y ocho; también éstas llevaban su número, como el collar que le probó. Tras comprobar que le sentaba a la perfección, hizo sonar la cerradura con una amenazadora nota. Los tres aros de metal llevaban argollas con las que podrían sujetarle a la pared o colgarle del techo, le dijo Morella. Eva y Soña ya le habían atado las manos a la espalda utilizando los brazaletes que le había regalado Polissena en Frankfurt.

Fue entonces cuando Morella le invitó a seguirla.

Sin oponer la menor resistencia R. la siguió.

Le escoltaron por una serie de habitaciones, oprimentes y excesivamente calientes, parecidas a las que acababa de dejar atrás, recubiertas de gruesa moqueta, también éstas sin ventanas. Luego, aquel extraño grupo entró en un salón de arcos góticos, paredes de piedra color ocre, sin labrar. En una enorme chimenea chisporroteaban grandes troncos que se partían en brasas luminosas. Colgaban del techo unas jaulas de cristal. Jaulas espaciosas y relucientes; en cada una había un hombre del que Ochenta y ocho podía observar cada detalle porque la base de la jaula era transparente. Hombres jóvenes que no parecían desesperados por aquel inusitado cautiverio.

Le condujeron a una sala de dimensiones más reducidas, las paredes cubiertas de damascos carmesí y una gran cristalera gótica sobre la que resbalaba incesantemente la lluvia. Una hilera de columnas dividía la habitación en dos. En la segunda zona cinco personas se hallaban sentadas en torno a una mesa con mantel. Apenas debían de haber terminado de cenar y llevaban una máscara que las hacía irreconocibles. La máscara era blanca, sin expresión, y salía del dominó de seda oscura, mientras la capucha se ajustaba en torno al rostro mediante encajes que no dejaban entrever ni siquiera la boca. De modo que Ochenta y ocho no consiguió saber si las cinco personas eran hombres o mujeres. Pero, cuando se sintió liberado del cinturón de castidad con la llavecita que tan bien conocía, comprendió que las manos enguantadas debían de pertenecer a Polissena. También reconoció su voz que elogiaba sus virtudes físicas ante los demás: Ochenta y ocho era joven, tenía la piel lisa, era fuerte, cargado de sensualidad. Aquellas manos enguantadas cogieron su pene y lo exhibieron ante los demás personajes enmascarados, uno de los cuales le apretó los testículos y, por detrás, le metió dos dedos en el estrecho y secreto pasadizo hasta arrancarle un alarido de dolor. Pero tenía las manos atadas a la espalda y no podía defenderse.

—Veámoslo por detrás —dijo uno de los enmascarados que tal vez Ochenta y ocho reconocería o tal vez no. Le dieron un empujón y él cayó al suelo junto a la chimenea,

cuyas brasas le abrasaron la espalda desnuda. Le ordenaron que se pusiese de rodillas, con la cabeza y los hombros apoyados en una banqueta de terciopelo. Las manos atadas a la espalda hacían aquella posición extremadamente incómoda. Le obligaron a no girarse mientras dos de los enmascarados le separaban las nalgas con las manos y un tercero le penetraba haciéndole aullar de dolor. Lloraba incluso.

La herida se enardecía aún más cuando un cuarto enmascarado quiso poseerle inmediatamente después, lamentándose con Morella de que aquel agujero era demasiado estrecho. Había que ensancharlo, ablandarlo. Las sirvientas, y muy especialmente Lubomir, su ayuda de cámara, podrían hacerlo, añadió con voz socarrona.

Morella, que estaba presente y tomaba nota de las rectificaciones a aportar al cuerpo de Ochenta y ocho, respondió: «Sí, monseñor». De donde dedujo R. que, entre las máscaras, se hallaba presente un ministro de la Iglesia.

La persona cuya voz R. creyó reconocer ofreció malvasía, y tres de los enmascarados aceptaron. Todavía no le habían azotado, añadió una voz femenina acariciándole las caderas lisas y dirigiéndose a su amante. Con una voz cuyo eco resonó dentro de la máscara, Polissena respondió que Ochenta y ocho acababa de llegar a Hluboká, que aquél era el momento oportuno para hacerlo, aunque sólo en las piernas y en los fuertes músculos tensos de las nalgas.

Entraron entonces las dos sirvientas (probablemente Morella había llamado al timbre oculto tras las columnas) seguidas de Lubomir Zizka, que llevaba tan sólo el cinturón del que colgaba la gama de látigos. Eva y Soña soltaron del cinturón de Lubomir el zurriago, la fusta, la cadena, el gato de nueve colas: el hombre horrendo se quedó con las ingles casi al desnudo. Depositaron aquellos objetos de tortura sobre la mesa de escayola donde todavía estaban los platos con mangos, moras maduras y mirtilos de bosque.

—Te amo —le dijo Polissena.

Uno de los enmascarados cogió un látigo de cuero fuerte, nervioso, le pasó los hilos de las cuerdas rígidas entre los muslos para hacerle sentir la consistencia. El miedo invadió a Ochenta y ocho. Pero no se le ocurría resistirse. Con voz seductora Polissena dijo:

—Quiero ver cómo te azotan. Te amo —repitió y le besó a través del velo de la máscara.

Ochenta y ocho seguía observando las fustas oscuras, las cuerdas, los látigos de cuero. No se le ocurría resistirse, pero hubiera preferido no ser azotado. Con voz cargada de seductora ternura Polissena dijo:

—¿Aceptas?

—Acepto —respondió Ochenta y ocho.

Decidieron comenzar con una vara ligera.

Era inútil que Ochenta y ocho gritase, le advirtió Morella, nadie iba a oírle, ya que Hluboká nad Vltavou estaba rodeado de un parque inmenso. Por otra parte sus gemidos no harían más que aumentar la excitación de los presentes. La primera tanda de latigazos no era sino la preparación; durante su permanencia allí sería azotado regularmente. Todavía era rebelde, había que domarle.

Prestándose al látigo y ofreciéndose a los demás, proporcionaría un gran placer a su amante; sus tormentos, de todos modos, no irían más allá de su capacidad de aguante. Pero era libre de negarse.

Ochenta y ocho no se negó.

Las sirvientas le llevaron bajo la columnata de la que colgaba una cadena. Le colgaron de ella los brazos ya atados a la espalda. Lubomir hizo restallar el látigo. Empezó a golpearle, pero suavemente. Ochenta y ocho intentaba mostrarse fuerte, resistir al dolor.

Polissena le pasó el látigo a un enmascarado, luego a Morella. El cuerpo de R. atado, ofrecido, se contorsionaba bajo los golpes, infligidos por el enmascarado y luego de nuevo por Lubomir, que aumentaron de intensidad dejándole en la carne estrías rojas. Lubomir se ensañaba tratando de acertar con la cuerda el surco entre las nalgas.

Los enmascarados, incluida su amante, le rodeaban

observando el más mínimo movimiento del condenado, que se debatía. Los golpes se hicieron más enérgicos, enardecidos. El dolor se hizo insoportable. Pero ella gozaba viéndole retorcerse sobre sí mismo y él por tanto le permitía gozar. Verle sufrir los golpes infligidos por falos que le herían y humillaban, por vergas que le desgarraban, era una manera de dominarle.

—Ahora basta —oyó la voz de Polissena que detenía a Lubomir.

Cuando le desataron, Ochenta y ocho cayó al suelo, el cuerpo embadurnado de sangre y de sudor, el rostro surcado de lágrimas.

Cuando se despertó, le dijeron que en el castillo, gestionado por el grupo de socios entre los que figuraba su amante, había otros hombres-número; ya había podido ver a algunos en las jaulas de cristal. Después de un curso inicial y distinto para cada uno, los números eran reintegrados a la sociedad civil, pero debían volver al castillo al menos una vez al año. También le dijeron que si Lubomir, su ayuda de cámara, quería poseerlo sexualmente, estaría en su pleno derecho. Una vez fuera del castillo, Ochenta y ocho permanecería secretamente a disposición del grupo de socios. El collar y las anillas en los brazos traicionarían su formación de hombre-objeto, el papel de esclavo voluntario dispuesto a todo por el placer de su amante.

Empezó así su período de cautiverio.

Todas las sirvientas llevaban un cartelito cosido al manto con su nombre, como en un congreso o en un viaje organizado de japoneses. Él debía permanecer solo durante mucho tiempo y prepararse así para las veladas en las que participarían de cuatro a diez socios. A veces le ponían un capuchón que sólo le dejaba libre el triángulo de la nariz para poder respirar. Cuando le colocaban aquel capirote que le privaba de la vista, también le tapaban el cuerpo. Una malla negra de algodón elástico le cubría por entero, dejándole al descubierto tan sólo el sexo. En más de una ocasión había oído a Polissena lamentarse de que el rostro de Ochenta y ocho era tan hermoso que era un crimen ocultarlo.

Durante el día, sacaban a menudo a Ochenta y ocho a pasear por el parque. Y era siempre Morella Pallemberg la que le llevaba atado de la cadena.

Los alrededores eran magníficos, el castillo estaba rodeado de una vegetación a la inglesa creada por los Schwarzenberg, interrumpida por jardines a la italiana y espalderas de boj.

Un día, en el frondoso parque, en aquella parte de la finca ocupada por laguitos y cascadas, le habían hecho representar el papel de Acteón que espía el baño de Diana y de las ninfas. En efecto, Ochenta y ocho había sorprendido en aquellas aguas a un grupo de bellísimas bañistas. Algunas nadaban perezosamente, otras salían chorreantes y se tumbaban en la hierba, junto a las ruinas de un pequeño templo griego, acariciándose unas a otras. Los rosados cándidos, los reflejos transparentes sobre las superficies lacustres, las ninfas en flor, las umbrosas zonas del bosque remitían más a Boucher que a Tiziano.

A la vista de tanta desnudez había sentido una oleada de fuerte deseo pero, cuando vio cómo Polissena, acostada, recibía las caricias de un Calisto, el cuerpo sacudido por oleadas de placer, se había sentido perdido. No eran celos, sino desamparo, porque su deseo, traicionado por una erección, había sido blanco de las risas de las ninfas. Éstas en efecto empezaron a salpicarle de agua y a tocarle el pene.

Distraída por las atenciones de su Calisto, Polissena profirió un alarido salvaje al que respondió una jauría de perros que se acercaban al laguito. Ochenta y ocho fue presa del pánico (llevaba la cadena que le ataba los pies y que le dificultaría la fuga). Entonces descubrió que los perros no eran más que hombres disfrazados, otros hombres-objeto. Llevaban pieles en la espalda y capuchas de alsacianos; ladraban con gran realismo. Se le echaron encima y empezaron a morderle las pantorrillas, las nalgas, la espalda. Ochenta y ocho no tardó en comprender que la broma consistía en que aquellos hombres-perro le mordiesen ferozmente para mayor diversión de las ninfas y de Polissena.

En otra ocasión, cuando la propia Polissena le había sacado a dar un paseo por el parque, atado con la cadena, Ochenta y ocho se había atrevido a preguntarle cuándo saldría del castillo, cuándo iba a terminar aquella especie de

iniciación. Despechada por el hecho de que el «perro» se atreviese a hacerle preguntas, Polissena había agarrado la fusta y le había pegado. Aquel día Polissena estaba espléndida, vestida según los cánones decimonónicos, con el sombrero de copa gris y el tul sobre la frente, la corbata de encaje negro, el chaleco de franela y la larga falda de lana gris marengo que le llegaba a los tobillos.

Con los demás hombres-objeto (había una docena en el castillo) se había establecido una complicidad, un espíritu de atemorizada conspiración. Los que se encontraban allí desde hacía más tiempo le contaban lo que le esperaba. Pero nadie hablaba de fugarse ni de cómo sustraerse a los latigazos. Todos en realidad disfrutaban con el estado en el que se encontraban. Incluso confesaban que, una vez abandonado el castillo, la vida se volvía aburrida, que no conseguían reincorporarse a la normalidad de las relaciones sexuales, prefiriendo su condición de esclavos.

Le habían confesado que, de vez en cuando, se organizaban en Hluboká espectáculos líricos, conciertos o tragedias de Shakespeare, Racine, Pirandello, Maquiavelo, Harold Pinter. Ochenta y ocho todavía no había tenido ocasión de asistir a ninguno, pero sus compañeros le habían descrito momentos sublimes cuando la carga sensual estallaba en actos que, en lugares más convencionales, se daban por supuestos. Por ejemplo Desdémona, en escena, era poseída por su ardiente consorte. Cuando éste, en efecto, invocaba a la Pléyade ardiente (tanto en Shakespeare como en Verdi), el moro arrancaba las vestiduras de la soprano. Salomé, naturalmente, se tiraba a Narraboth, a Herodes y a Johanaan, con cierta rabia por parte de la madre y del mismo tetrarca de Judea; y la danza de los siete velos era tan sugestiva que en el teatrillo del castillo sucedía de todo.

El segundo acto de *Tristán e Isolda* era vivido en la lenta cópula de los dos protagonistas sorprendidos por el rey. Y no hablemos del primer acto de *El caballero de la rosa*, con la Mariscala y Octavio en la cama. Dado que la música sólo describía su recíproco éxtasis sexual, los dos cantantes no tenían más que seguir las notas. Los libretos pasaban así a ser

más excitantes, especialmente en la ópera romántica, donde lo prohibido estimulaba la sensualidad implícita.

También le hablaron de unos *déjeuner sur l'herbe*

durante los cuales se invertían los papeles y los hombres yacían desnudos ofreciéndose a las mujeres vestidas de punta en blanco, con sombreros adornados de amapolas y flores de lis, la comida en cestas de mimbre, sobre bandejas y manteles de hilo desplegados sobre la hierba. Durante esos *picnics* nadie llevaba máscara, y las cópulas eran variadas y extrañas. Eran las mujeres quienes elegían a los jóvenes. Le dijeron que, a veces, esas emprendedoras mujeres recurrían también a medios mecánicos, a consoladores eléctricos con los que penetraban a sus hombres, pero con los que también se satisfacían unas a otras.

Sus compañeros, quién sabe si por ventura o desventura (dependía de su inclinación y disposición), le dijeron que podían comprarlos con las formas más variadas y caprichosas incluso en el mismo castillo. Había quien, después de comprarse un consolador-*souvenir*, se hacía grabar el nombre o el número del propio hombre; también había consoladores adornados con doncellas del siglo XVIII o panorámicas famosas, como la del Ayuntamiento de Praga, en los que, sacudiéndolos ligeramente, se producían románticas nevadas sobre los tejados hanseáticos. Las señoras del castillo, y también los socios, tenían verdaderas colecciones, de distinto grosor, longitud y manufactura. Algunas piezas, habían explicado los compañeros, eran célebres y temibles por su longitud, pues producían desgarros e incluso fracturas. Los había azules, con música y con carrillón. Y también había consoladores con sorpresa, como los huevos de Pascua.

Sus compañeros le habían revelado que cada socio del castillo, al igual que cada hombre número, era sometido a controles de análisis de sangre y que, por lo tanto, el SIDA no existía en aquella cofradía erótica. Los socios llegaban al centenar y procedían de todas las partes del mundo; no todos se conocían entre sí, se les exigía el máximo secreto y la obligación de iniciar como mínimo a un hombre número. La

mayoría de los miembros de la cofradía eran mujeres famosas: ricas empresarias, poderosísimas ejecutivas, políticas. Había que hacer participar a algún checoslovaco, pero eran timoratos, y casi siempre espías del régimen.

Durante una de las veladas R. había oído al barón discutir acerca de un cuadro importante. O, mejor dicho, estaba convencido de que la voz pertenecía al barón von Wüzburg, al que había conocido en Bayreuth. El grupo todavía no se había alejado del sofá en el que Polissena se lo había tirado y solazado ante algunos socios.

¿Estaba absolutamente seguro, había preguntado Polissena, de que se trataba de una obra de Caravaggio? Después de la breve descripción que le había hecho, había caído en la cuenta: se trataba del cuadro robado a finales de los años sesenta en Palermo, en el Oratorio de San Lorenzo, para el que había sido pintado en 1609. Lo habían sustraído de noche, deslizándolo por una ventana. Se trataba de una de las telas más famosas de Caravaggio, pintada antes de zarpar para Malta. Pero una obra tan importante, por otra parte notoriamente robada, nunca habría podido figurar en una subasta ni en colecciones públicas o privadas. Ella en cualquier caso no quería saber nada. La obra se encontraba en Praga, le dijeron, y estaba en poder de Marian. Que se encontrase en Checoslovaquia no era tan extraño, admitió Polissena; esa clase de ladrón, al comprobar que la obra era invendible, o llega a un acuerdo con alguna compañía de seguros, o lo dirige a alguno de esos países que no respetan las leyes internacionales. Era muy probable que hubiese sido importado clandestinamente o vendido al gobierno checoslovaco a cambio de otra cosa. Siendo Sicilia tierra de mafia y Checoslovaquia tierra de ametralladoras, le parecía evidente la posibilidad de un intercambio. Por toda respuesta, el barón le había propuesto llevarse la tela al oeste en una de sus maletas. Como directora de una célebre institución, Polissena tendría las espaldas cubiertas en el caso de que la tela fuese encontrada en su poder. De todos modos, recibiría una carta oficial del Ministerio que atribuyera el lienzo a un pintor flamenco, autorizando su exportación (la carta la

escribiría Marian) y la declaración estaría avalada por la Galería Nacional de Praga.

Una tercera voz femenina, que Ochenta y ocho no reconocía, había sugerido cortar la tela en cuatro o cinco trozos, como hacían en el siglo XIX, para hacerla irreconocible añadiendo algún detalle y luego venderla en diferentes mercados y en distintas fechas. En realidad, insistía la enmascarada, aquella tela se prestaba particularmente a ser tratada de aquel modo. La mano de Caravaggio era indudable y reconocible, por lo que el negocio podía alcanzar cifras astronómicas; certificando su autenticidad, Polissena habría podido tener la cabecita de la virgen para el Louvre, dando credibilidad al descubrimiento y gloria a sí misma. Los restantes fragmentos no serían vendidos públicamente, dijo una tercera voz, para no despertar sospechas. Polissena seguía insistiendo en decir que ella, con el Caravaggio robado, no quería tener nada que ver.

R. detestaba al barón porque sospechaba que había sido él quien, una de aquellas noches, le había penetrado. O tal vez fuese Marian quien le había violado, y el barón quien se hizo penetrar después de que a R. le excitaran manos femeninas y bocas suavísimas. A veces, debido al anonimato de las máscaras, no conseguía saber a quién estaba poseyendo.

Durante una de aquellas veladas, tal vez la cuarta o la quinta que pasaba en el castillo, le habían vendado y obligado a arrodillarse de nuevo.

Una mano enguantada le había acariciado y una voz le había ordenado luego que continuase solo. No quería. No le gustaba. Pero, como protestó, Morella y Lubomir le azotaron. Entonces Ochenta y ocho realizó aquel acto mecánico y poco estético frente a los socios de la cofradía. Después, le dieron un empujón que le arrojó sobre un montón de cojines. Un par de piernas se le enroscaron al cuello y casi le estrangularon: Ochenta y ocho comprendió que su boca no saldría indemne.

Su celda se parecía a aquella salita en la que le habían preparado el primer día en el castillo: anchos escalones cubiertos por una gruesa moqueta que servía también de colchón.

En efecto, Ochenta y ocho permanecía echado en uno de los dos niveles mientras, a veces, Lubomir roncaba más abajo. De las paredes sobresalían ganchos de los que colgaban las cadenas que enganchaban a su collar, a los brazaletes, a los tobillos. Dormía, en efecto, siempre desnudo y encadenado. Y no porque alguna vez hubiese deseado escaparse; eso ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

A veces, en el corazón de la noche, le despertaban bruscamente y su ayuda de cámara, que lo hacía con ira, le azotaba. Lubomir era horrible. El pelo corto y rizado, el cuello casi inexistente, una cara porcina, sudaba, olía mal, llenaba la celda de olores fétidos y gruñía en su ruidoso sueño toda la noche. No siempre, porque, cuando se despertaba, se arrojaba sobre Ochenta y ocho que dormía, le daba la vuelta y le penetraba con fuerza lacerante, leonina.

Lubomir miraba a Ochenta y ocho largo rato mientras éste dormía, antes de violentarle y azotarle. Admiraba la belleza de su cuerpo musculoso, de la cabeza clásica, de aquel cabello rizado; contemplaba las largas pestañas descansando sobre la piel tersa, joven. A veces Lubomir colgaba a Ochenta y ocho de los ganchos por los tobillos, los brazos y el cuello; después, le azotaba. Ochenta y ocho aullaba de dolor en aquella celda, especialmente cuando el látigo caía donde ya había sido lacerado. Luego Lubomir, con el sexo túrgido, pesado, revitalizado por las convulsas agitaciones del cuerpo de Ochenta y ocho, caía sobre su espalda y exprimía en su interior la abundancia de su enorme falo.

En otras ocasiones, Lubomir le había colgado del techo,

las manos atadas a la espalda. La contemplación de aquel hermoso cuerpo arqueado por el espasmo, desencadenaba de nuevo el deseo en el horrible ayuda de cámara.

Los demás hombres-número le habían confesado en muchas ocasiones odiar también ellos a sus ayudas de cámara. Ochenta y ocho podía considerarse afortunado porque los había mucho más asquerosos y malolientes que Lubomir. Horrendos japoneses hercúleos pintaban de escarlata la boca de sus víctimas para poder introducir sus falos en una boca en forma de corazón. A menudo se les exigía a los hombres-objeto que se maquillasen, o que se recubrieran de perfumados adornos.

Ochenta y ocho llevaba las señales de los latigazos por todo el cuerpo; surcos profundos se cruzaban con otros más violetas. Cuando se cerraban las heridas, se le suministraban nuevos azotes.

Una cosa era cierta: Ochenta y ocho no pensaba en fugarse. Anhelaba en cambio el regreso de su amante, las efusiones normales, aquella pasión que al principio les había unido. Quería volver a acostarse con Polissena, en contacto con su cuerpo, hablar, escuchar el sonido de su voz.

Polissena hechizaba. Pedía: aunque aquellas peticiones no fuesen más que órdenes, R. había notado que a menudo hombres y mujeres eran víctimas de su fascinación, de su aspecto sombrío. Las córneas perladas le conferían un aspecto de fragilidad; los ojos grandes, de gacela asustada.

R. pensaba en el pasado con nostalgia. Aquel primer encuentro en las mazmorras del castillo familiar sólo le parecía, en el recuerdo, momentos hogareños. Pero no se sentía abandonado por ella. Todo lo contrario. Polissena a menudo se hallaba presente en las veladas que regularmente tenían lugar en el comedor de la primera noche.

Fue la séptima noche cuando, después de haber utilizado el cuerpo de R. de todas las formas posibles, los socios se pusieron a comer en torno a la mesa servida con el extremo lujo acostumbrado. Las mesas, en Hluboká sobre el Moldava,

eran sorprendentes: siempre cubiertas con mantelerías de encaje, plata antigua, candelabros de cristal, cubiertos y cristalería de exquisita factura. Los manjares eran servidos en deliciosas combinaciones.

Aquella noche, mientras los comensales se sentaban a la mesa, bebiendo un Oporto color rubí, Ochenta y ocho se quedó en el suelo, mirándoles.

Servían ostras en una fuente de madreperla.

Llevaban los platos a la mesa las camareras vestidas como las criadas de los años treinta, las que siempre aparecían en las películas de Deanna Durbin, los delantalitos almidonados y los petos todavía más simbólicos. El delantal sólo les cubría una parte del vientre y dejaban adivinar, al moverse, la sombra del pubis. También los senos quedaban fuera del encaje. Y las nalgas del todo expuestas, salvo bajo el malicioso lacito que anudaba el inútil delantalito. Cada una llevaba, atado de la cadena, a un hombre-número. Éstos, a su vez, sostenían una bandeja de plata que, conforme los invitados tragaban las ostras, iba llenándose de conchas.

Fue aquella noche cuando, de una bandeja sostenida por cuatro camareras y cuatro hombres-número, al levantarse la enorme tapadera de plata, apareció un maravilloso cuerpo masculino semioculto entre salsas y crustáceos. Los convidados se abalanzaron sobre él, sorbiéndole los mariscos del vientre, arrancándole las langostas de las axilas, lamiéndole por todas partes. El hombre-manjar, azuzado, vibraba de placer. Luego lo arrojaron a la piscina.

Después de aquella pantomima, los convidados, siempre enmascarados, volvieron a hablar del mismo tema que días antes había despertado la curiosidad de Ochenta y ocho: el cuadro de Caravaggio. La tela ya había sido cortada y dividida. Ahora sólo faltaba que uno de ellos la sacase de Checoslovaquia. Para tantear el mercado había que empezar vendiendo uno de los trozos. El *Rudé Právo* había publicado la noticia del hallazgo en Suiza de un Caravaggio desconocido, probablemente un estudio para el lienzo sustraído hacía años del Oratorio de San Lorenzo en Palermo. En efecto, presentaba similitudes en la composición y en las

figuras. Sobre su autenticidad no cabía duda alguna. El artículo, insistió la voz, otorgaba virginidad al lienzo, además de indicar su procedencia, lo cual facilitaría la venta.

La venta de los cuatro fragmentos, prosiguió la voz, significaba un negocio colosal. Sugería que una de las secretarias de Polissena sacase un par de «piezas» fuera de Checoslovaquia lo antes posible. Añadió que tanto

Sotheby's

como

Christie's

estaban muy excitados por los rumores que corrían sobre el Caravaggio perdido.

Vistos los precios que alcanzaban los impresionistas, los postimpresionistas y los Van Gogh, ¿no sería más indicado hacer operaciones con ellos y dejar en paz el Renacimiento?, preguntó la voz de Polissena que, de todos modos, seguía sin querer participar en el negocio. Los Van Gogh eran difíciles de robar y de dividir, le respondió una voz. ¿Cómo cortar una tela con girasoles, por ejemplo? ¿Y los paisajes artesianos, los viñedos de Provenza? Polissena comentó que le resultaba más atractiva la idea de despedazar un Van Gogh que un Caravaggio. Y que decididamente le encantaría descuartizar un Renoir en seis, siete, o setenta y seis pedazos. Evidentemente, no le gustaba Renoir.

Al día siguiente, Polissena le dijo a R. que si ella, un día, le pedía que se entregase a otros como esclavo por amor, debería obedecerla, de lo contrario el cursillo en el castillo habría resultado inútil. Sin embargo, añadió que le deseaba a su lado; Ochenta y ocho tenía todavía mucho que aprender de ella, del castillo y de sí mismo. Polissena opinaba que todavía no sabía de lo que eran capaces su cuerpo y su psique. Esto lo investigarían juntos.

Unas horas después, Morella volvió a ponerle el cinturón de castidad. Con una sierra eléctrica las sirvientas le cortaron las anillas de los tobillos (pero no los brazaletes) y le dijeron que había llegado para él el momento de marcharse. Que el aprendizaje se terminara fue una sorpresa, una revelación casi brutal. R. no se lo esperaba, y se sintió perdido. En efecto, aunque dolorido por las humillaciones recibidas, se había acostumbrado a aquel cruel régimen de vida. Temía encontrarse frente a la puerta principal del castillo, cruzarla, encontrarse solo. ¿Estaría esperándole Polissena?

Con la misma ropa que llevaba el día de su llegada al castillo, los ojos azules heridos por la luz que irrumpía a través de la lluvia, R. salió finalmente del castillo, empujando los grandes batientes de madera antigua. ¡Polissena estaba allí! Le esperaba, sentada en el coche. Le abrazó como si no se hubiesen visto durante todo aquel tiempo, como si la Polissena de las veladas del castillo no hubiese sido la misma. Le pasó la mano entre el cabello, saboreando las orejas, reencontrando con la punta de la lengua la nariz diminuta.

—¿Adónde vamos? —le preguntó R.

¡Finalmente podían hablarse, finalmente podía hacerle preguntas!

—A Malá Strana —respondió ella con una sonrisa en los dientes brillantes y los ojos cargados de promesas.

Tercera parte

Hablaron poco mientras fuera llovía sobre el asfalto, sobre las gavillas de hierba y sobre la frondosa copa de los árboles. El agua trazaba surcos en las ventanillas y las empañaba. De vez en cuando Polissena le tocaba la cara y le besaba en las orejas, le decía: «Te amo».

R., al volante, había encontrado su maletín en la misma posición en que lo había dejado. En el asiento trasero yacía su cartera con los periódicos atrasados, la agenda, las tarjetas de visita. Apoyado contra el respaldo, sentía la laceración de las heridas, de los golpes que habían surcado su espalda. Algunos latigazos habían dejado señales profundas, violetas. Otras se habían desvanecido de un día para otro.

Ella tenía las piernas abiertas sobre el cuero que se pegaba a la piel de los muslos desnudos.

—No me gustan los checoslovacos —dijo tras un largo silencio. Todavía estaban en el distrito de Ceské Budějovice. No le gustaban los alemanes, no le gustaban los checoslovacos y le llevaba a Alemania y a Checoslovaquia—. No estaremos mucho tiempo —prosiguió—, un par de días; así ves Praga, que es una ciudad magnífica.

—¿Hay muchas cosas que ver?

Sus ojos azules se apartaron un instante de la carretera y la miraron.

—Ya lo creo. Lástima que sean tan viscosos.

—¿En qué sentido?

—Ya lo verás.

Le besó en el ombligo que había dejado al descubierto al desabotonarle la camisa. A través del tejido sintió el cinturón de castidad; más arriba, los brazaletes y, en torno al cuello, el collar. ¿Hasta qué punto había sido sometido? ¿Qué más habría podido pedirle? ¿Hasta qué punto obtendría su docilidad? Con un estremecimiento palpaba las huellas que el

látigo había dejado sobre su piel.

—No eres libre —le advirtió.

—Ya lo sé —respondió R.

—¿Aceptas?

—Acepto.

—Te amo —le dijo Polissena— y quiero gozar de ti gracias a todo lo que me dejes hacerte... —Los rizos negros caían en cascada sobre su frente, y los labios delgados, en forma de corazón, pintados de aquel rojo tenebroso parecían una herida.

¿Cómo podía amarle si le sometía a torturas, si le cedía a otros? Tal vez una forma de demostrarse a sí misma que R. le pertenecía hasta el fondo fuera ésta: regalarlo.

R. tampoco estaba seguro de haberla poseído realmente a ella durante aquellas veladas en el castillo. Se avergonzaba con sólo pensar que había podido pertenecer a otro cuerpo sin estar seguro de que fuese Polissena. Pero ¿por qué no se puso celosa cuando los demás se sirvieron de él?

Las carreteras que estaban recorriendo estaban asfaltadas, pero eran estrechas, poco apropiadas para el tráfico y el turismo. No había gasolineras ni señales. El paisaje era ondulado, verde.

Se detuvieron en Tábor, la capital de Jan Huss, el teólogo herético de Bohemia. En el antiguo edificio del Ayuntamiento, de bóvedas góticas, había precisamente una exposición dedicada al movimiento husita. Mapas, retazos de tela descolorida, pedazos de hueso, metales y alguna piedra.

—Las exposiciones didácticas de los regímenes dictatoriales —sentenció Polissena— son para los colegiales y el proletariado, que invariablemente terminan por odiar los museos, las exposiciones y la cultura misma.

Estaba indignada. Pero al menos Tábor era bonita, encaramada en lo alto de la colina, puntiaguda y gótica, con alguna contaminación barroca. La fachada de las casas estaba adornada: colores ricos, tierra de Siena, amaranto, tierra quemada. La plaza, amplia como todas las plazas de las ciudades hanseáticas, estaba festoneada de santos barrocos. Ciclópeos relojes pintados adornaban las torres, guerreros en

poses extenuadas y encantadores ángeles coronaban las fuentes.

—¿Tomamos algo? —preguntó Polissena señalando un bar que se abría en un caserón recargado de adornos de mármol.

El barecito era triste y sin embargo casero, no exento de una austera belleza, con el mostrador reluciente y las escasas botellas expuestas reflejándose en los rombos

Art-Déco

Servían té y café, pero también *slivoviz* y vino.

—*Dobrè jitro*.

Polissena sorprendió a R. respondiendo:

—*Nemluvin cesky... prosin*. —Miró a su alrededor y añadió —: *Lamev viná*.

Llegó una botella de vino blanco, ligero y un poco ácido. La etiqueta indicaba que el vino procedía de Moravia, pero Polissena comentó que, como ahora eran incapaces hasta de hacer el vino, los checoslovacos lo compraban al por mayor a Hungría y luego le ponían sus etiquetas.

R. lo sorbió con placer mirando a Polissena a través de las pestañas entornadas sobre los ojos azules.

Praga se encontraba a ochenta kilómetros. Todo un viaje.

—Vamos a casa de Marian, un amigo. ¿Lo recuerdas? —le preguntó.

R. sabía que no sólo era uno de los visitantes enmascarados del castillo, sino que probablemente era el que le había violado en Bayreuth. Recordaba muy especialmente el bigote repelente sobre unos labios excesivamente rosados.

—Tiene un apartamento precioso en la Praga antigua —le confesó Polissena.

—¿Por qué no vamos a un hotel? —propuso R. que desconfiaba de la idea de vivir con Marian.

—Sería poco educado. Y además él trabaja en el museo. Debo ir a ver las «reservas» de la Pinacoteca: hay cuadros que no conozco. Por otro lado, los hoteles en Praga están siempre llenos, a menos que corrompas al portero a fuerza de dólares. Aquí siempre hay que dar «propinas» en dólares. ¡Es pesadísimo! Se requiere una especial habilidad para

deslizarles en la mano un billete prohibido. No siempre sé hacerlo.

Hablándose, tocándose, espiándose, sonriéndose, llegaron a las puertas de Praga antes del mediodía. Conduciendo sin concentración en un tráfico inexistente, de vez en cuando pensaba en Monpleasance, en la distancia inmensa que le separaba de su gente, distancia cultural, distancia vital. Nadie sabía dónde estaba. No es que su madre hubiese manifestado nunca la menor curiosidad o preocupación por saber dónde estaban sus hijos; pero entonces podía ser él quien diese señales de vida, y decirle dónde se encontraba. ¿Con una postal, firmada también por Polissena, la «prima» Polissena? Le complacía la idea de que se enterasen de que él y Polissena... De nada más, por supuesto. Su padre miraría la postal con desinterés: ¿Checoslovaquia? ¿Dónde estará? La geografía no era su fuerte, nunca le había gustado viajar y, de todos modos, no sabía más idiomas que un cerradísimo inglés. Todo lo más, dado que se acercaba la fecha en que iba a cumplir veintinueve años, se habrían preguntado por dónde andaría el benjamín de la familia.

Las carreteras que, obedeciendo a un código no escrito de los países del Este, al aproximarse a la capital dejaban de ser modestos trazados para convertirse en deslumbrantes arterias, señalaban «Praha». Incluso bajo la lluvia, en una luz verdosa, la ciudad barroca resplandecía en su irreal belleza.

Habían desembocado a la altura del río, el Moldava, que se bifurcaba rodeando una isla verde, vibrante bajo la lluvia, con sus jardines y sus cisnes blancos. Praga relampagueaba con sus chapiteles dorados, sus cúpulas plomizas, los tejados que apuntaban al cielo superponiéndose en un turbulento batiburrillo de épocas y colores.

Polissena, que debía de conocer la ciudad bastante bien, acompañaba aquel espectáculo con la mano, comentando entusiasmada:

—Mira, allí al fondo está el Teatro de la Opera. Frente a nosotros Hradcany, el castillo. Parece llegar al cielo... Y allí dentro está el museo.

De vez en cuando se pasaba el pintalabios por la boca,

como si, en honor a Praga, quisiese aparecer particularmente seductora. Se sentía dichosa de poder mostrar a su amante una ciudad tan bella. Había en ello un no sé qué de maternal y protector. No se podía pasar por el antiguo puente adornado de estatuas, le explicó: era sólo para peatones, pero caminarían por él al día siguiente, admirando y gozando. O, si lo prefería, podrían ir aquella misma tarde, ya que el puente era el camino más corto para llegar a la ciudad vieja, Malá Strana. «Las estatuas... el barroco... los colores...», casi parecía un guía turístico, sólo que acababa siempre concluyendo: «Lástima que los praguenses sean así».

El barrio de Malá Strana, pequeña ciudad (aunque el nombre, en las lenguas latinas, sonaba más bien siniestro), se encuentra bajo el castillo. Es la parte más reciente de la ciudad antigua, dado que fue construida en el siglo XVIII y sigue tal cual, como congelada en el tiempo: los porticones, la piel que cuelga a la puerta de las tabernas y de las iglesias, las callejuelas, las escalinatas. Se conservaban incluso los letreros pintados sobre las tiendas, mientras las bóvedas de los pórticos discurren a lo largo de las calles hasta desembocar en las plazas. Se conserva el tañido de las campanas, las escaleras estrechas, los grandes portales de hierro forjado y dorado. Hasta los jardines surgidos entre la roca de la montaña y el arenal del río están alfombrados de flores entre los guijarros y recorridos por emparrados de glicinias blancas, como en el siglo XVIII.

Pasaron por Letenska entrando en Malostranske Nam donde, con dificultad, aparcaron el coche entre la maraña de las vías de tranvía, hundidas en el alquitrán. Siguieron a pie por una calle que se estrechaba en una escalinata, junto a una serie de fachadas onduladas, pintadas de rosa y dorado, color verde manzana y azul polvo. «¿No es preciosa?», seguía preguntando Polissena, como si se tratase de una persona, «lástima que esté llena de checoslovacos».

Entraron en un portal pintado de azul oscuro, subieron las escaleras hasta el tercer piso.

Marian había comprado aquel apartamento con el dinero de un anticuario norteamericano con el que sin duda hacía

negocios ilícitos.

Decía que lo compartía con su amigo, pero en realidad el otro nunca le visitaba porque le negaban el visado de entrada. Joven, el bigote recortado sobre los labios carnosos, bastaba verle para comprender que no era un tipo de fiar. Incluso R., que en el fondo era un ingenuo, no se dejó embaucar y comprendió que Marian era un espía del régimen. Tenía toda la razón.

El sospechoso les recibió con precavido entusiasmo. Pronunciaba las palabras como si las dejase resbalar junto con la saliva, por lo que se hacían desagradables, y se tendía a escuchar su sonido más que a captar su significado.

El apartamento se componía de cuatro piezas: una biblioteca estudio, dos dormitorios y una cocina comedor. Completaba el conjunto un baño más bien grande. Cada ventana enmarcaba el encanto de una aguja dorada, o de una plaza ocre y gris.

Marian mandó a un sicario a recoger las maletas del coche; «antes de que las roben», especificó.

—¿Tienes dinero? —le preguntó luego a R., que sacó del bolsillo un par de billetes.

—No coronas. Dinero de verdad, dólares. Aquí no se compra nada con coronas. Hasta las esterlinas son preferibles a la moneda local.

Había cambiado todas las esterlinas que llevaba, recordó R., y mentalmente Marian le calificó de idiota. Polissena le tendió un billete verde.

—Aquí todo se compra con dólares —le susurró a R.—; está prohibido, pero por eso les gusta. No hay que hacer nada legal; aquí, lo encuentran aburrido. Hoteles, restaurantes, cuerpos y almas, todo con dólares.

Polissena había ido a maquillarse y R. se quedó solo con Marian.

Las dos camas en la habitación que les había sido asignada estaban separadas por una mesita de noche descaradamente Liberty: un ángel pintado sostenía el tablero de nogal; el sagrado volátil se perdía entre ornamentos del vestido, alas y espumas. También la rinconera era del mismo

estilo, aunque más ligero, con extravagantes cascadas de incrustaciones, un Lalique eslavo. La biblioteca, tras una primera y rápida ojeada, se reveló repleta de libros prohibidos, política y moralmente, y el mero hecho de que estuviesen tan a la vista, ponía de manifiesto que a Marian le estaba permitido comportarse como le diera la gana. En el lomo de los libros se leían los nombres de Kafka, Sade, Nietzsche, Rimbaud. También estaban *Les fleurs du mal*, y mucho Büchner y Wedekind. Toda una literatura magníficamente malsana.

El espacio no ocupado por los libros estaba cubierto de grabados de la Praga antigua, con alguna siniestra representación del *ghetto* antiguo. El Golem, en estos grabados sombríos, insidiaba a muchachas horrorizadas, un fantasma emergía de la boca de un pozo, el interior de un sarcófago mostraba los desesperados aspavientos de un enterrado vivo. Estas litografías y grabados muy elaborados recordaban el estilo de Odilon Redon, mientras que el contenido era netamente kafkiano.

—Uno se muere en estas calles —susurró Marian, que había observado la mirada fascinada de R. detenerse en aquellos fantasmas de Praga, frágiles, grises y de papel.

—¿En qué sentido? —R. encontraba a Marian insólito, desagradable.

Entró en la habitación una joven de grandes ojos azules, pestañas negras, labios finos y tez muy pálida.

—Marina Kosicke —anunció Marian sin molestarse en presentarle a R.— trabaja en la Cedok, tal vez os sea útil.

Le sobraban razones para estar orgulloso: Marina era espléndida, perfecta, con el pelo negro ondulado y las manos blanquísimas; se parecía a Hedy Lamarr. Marina sostenía delicadamente un paquete.

—Es el Caravaggio —susurró Marian.

Y R. recordó las conversaciones oídas a propósito de la *Natividad* cuando se encontraba en el castillo como hombre-objeto. Por tanto no debería de haber escuchado, ni saber nada. Miró a Marian sin hablar. Entró entonces Polissena, que parecía tener los labios pintados de negro, tan oscuro era el

color que llevaba, y brillante: una orquídea era su boca palpitante. Los párpados, sombreados de azul intenso. Estrechó la mano de Marina, a quien observó con suspicacia, y propuso a R. salir enseguida. Darían una vuelta por Praga antes de cenar todos juntos.

—Praga ha perdido aquel color de telaraña que tuvo durante siglos —advirtió Marian—, pero no hay que hacer caso de los nuevos colores que la recubren: el alma sigue estando podrida.

—Utilizan colores de mala calidad —añadió Marina. Era la primera vez que hablaba y dijo estas palabras con una vocécita aniñada y armoniosa—. Por eso se agrietan enseguida. El pan de oro, además, es reemplazado por la purpurina y el color fresa ha ocupado el lugar del carmín.

«Qué extraño que una de la Cedok hable así», pensó Polissena; «demasiado educada».

—Tengo el Caravaggio —interrumpió Marian.

—¿Qué Caravaggio? —preguntó Polissena sorprendida.

—Aquí, en el paquete —e indicó el objeto envuelto en papel marrón, atado con un cordel transparente que Marina había dejado sobre la mesa, junto a las ventanas veladas de encaje blanco, pero sucio.

Marian cogió el paquete, desató la cuerda y sacó una tela envuelta en guata y fieltro. Tenía unos 60 por 45 centímetros. Representaba a una Virgen agachada, iluminada desde abajo, con el Niño acostado junto a ella en un jergón de paja, cubierto por un paño cándido, iluminado lateralmente. Junto a ella, a su izquierda, un joven pastor de cabello rubio miraba hacia arriba. Polissena sabía que, allí arriba, los dos santos que contemplaba el joven pastor habían sido san Francisco y san Lorenzo, antes de haber sido cercenados de la escena. El encanto del rostro de la jovencísima Virgen, su palidez y la mano derecha castamente sobre el seno, la conmovieron. ¿Acaso alguien podía dejar de turbarse ante aquella obra maestra tanto tiempo perdida?

—Mira, Marian, yo no quiero saber nada. Los cuadros robados son tizones ardientes. Créeme, no sólo no puedo, sino que no quiero. Tú tampoco, francamente, trabajando

para un museo, deberías mezclarte en esto. Estas historias, tarde o temprano, acaban saliendo a la luz.

—¡Pero si, reducido así, es irreconocible!

La composición con la Virgen, el Niño y el pastor había sido cortada de tal forma que no se notara el estrago de las tijeras sobre la pátina del color ni sobre el entramado de la tela, y retocada con pinceladas, probablemente sólo detectables con rayos X, para conferir al lienzo un aspecto acabado, de imagen completa.

—Se han utilizado pinturas especiales que envejecen al calor —explicó Marian—, por lo que ningún análisis podrá traicionar los puntos nuevos, los pequeños rasguños, los cortes. No tenemos nada que temer.

—¿Y cuántos «cuadritos» has obtenido?

Animado, Marian sonrió complacido.

—Hay cuatro de distintas medidas: el san Lorenzo es alto y largo, elegantísimo, una especie de Zurbarán. Les costará entender que es de Caravaggio. El ángel con el Gloria in Excelsis Deo es el segundo. Luego está san Francisco con el otro santo, y es el más pequeño. Y, por último, el que tienes delante: una maravilla.

—En cualquier caso, Marian, no me gusta ver un Caravaggio hecho trizas. Además, tengo intención de seguir en mi puesto de directora del Louvre. Eso es todo. Ahora vamos a visitar el *ghetto*. —Surcaba su frente una profunda arruga. Cogió a R. de la mano, arrastrándolo como a un niño, como a un objeto.

Llegados a Checoslovaquia en 1938, los nazis habían tenido tiempo de sobras para gasificar a toda la población hebrea, por lo que, en el *ghetto* de Praga, famoso a lo largo de los siglos, no quedaba ni un solo judío. También Marian había expresado su opinión al respecto: «Ellos se lo buscaron, trapicheaban con ellos, con los alemanes, jamás con nosotros».

Las murallas del *ghetto* habían sido derribadas a principios del presente siglo, no por celo liberal, sino por la

especulación urbana. Sólo quedaban cinco sinagogas. Los alemanes habían volado las demás. Pero las cinco que quedaban (la más antigua era una compleja estructura de piedra y madera de 1270) habían sido transformadas en museo. Los propios nazis planificaron esos museos: testimonio de una raza extinguida, así los habían designado ellos.

Ahora estaba en manos de la Cedok, y llegaban autobuses, centenares de turistas pagaban la entrada, disparaban fotografías, entraban en la sinagoga vieja, echaban un vistazo a los *taled*, a los paños sagrados, a los objetos de culto, a los bordados renacentistas para luego dirigirse al cementerio, saltando sobre las tumbas, sin dejar de disparar fotografías, sin mirar. Examinarían las imágenes una vez reveladas, en la comodidad del hogar. De momento, no tenían tiempo: había una exposición de las cartas de los torturados, de los sacrificados. Con el holocausto la Cedok hacía negocios de oro. Luego, con una entrada doble podía visitarse otra sinagoga, donde estaban expuestos los dibujos de los niños prisioneros en Theresienstadt.

Para entrar en el cementerio judío también había que pagar una entrada. Las tumbas, amontonadas unas sobre otras desde hacía siglos por falta de espacio, parecían una dentadura de marfil antiguo. Las lápidas, con inscripciones en hebreo antiguo, los nombres de los grandes rabinos y los símbolos de la estrella de David, no dejaban espacio a los árboles que habían terminado por asomar entre las piedras incorporándolas a los troncos y a las raíces. Bajo las lápidas había capas y más capas de cuerpos, y monumentos, y más lápidas. La falta de espacio en el *ghetto* de Praga siempre había apretujado tanto a vivos como a muertos.

También por otras calles deambulaban fantasmas.

En el café Jugenstill, junto a la plaza Václav, R. y Polissena comieron un pato (previo desliz en la palma tendida del *maitre* de un billete verde). Las paredes del café eran de espejo ornado con sirenas turquesa, y las imágenes de quien sorbía el café, de quien leía el periódico, rebotaban sobre las escamas luminosas, hasta el infinito.

—¿Qué quiso decir Marian al afirmar que «en las calles de Praga uno se muere»? —preguntó R. mirando a su alrededor. Sólo veía a turistas y a sí mismo reflejado en imágenes múltiples. Y llovía—. Uno se muere de frío, eso sí.

—Marian es tan siniestro como Praga —respondió Polissena, pasándose la barrita dorada del carmín sobre los labios, de memoria, sin mirarse al espejo.

—¿Por qué estamos en su casa, entonces?

—Somos colegas... Quizá no sea la verdadera razón. La semana que viene va a Roma donde tiene negocios y amigos. Eso es lo que me ha dicho. Quiere que vaya a ver a monseñor Venini, Ermenegildo Venini, del Santo Oficio. Su intención es que yo vea algunos cuadros. El asunto me preocupa. Si Marian fuese sólo un entendido en arte, naturalmente no podría ir y venir entre Checoslovaquia y Roma.

—¿Qué negocios tiene en Roma?

—Siempre negocios de cuadros.

—¿Qué es esa historia del Caravaggio?

Polissena se preguntó si eso le interesaba a R. en serio. ¿Qué podía entender él de Michelangelo Merisi, de la belleza de aquellas figuras, del esplendor de aquellas sedas tocadas por la luz celestial?

—Una estafa —le dijo simplemente—, olvídale.

Luego se detuvieron en una taberna de toneles de madera perfumada, letreros dorados, puertas forradas de piel, mesas

de nogal. De los ojos velados de los borrachos surgían los fantasmas del pensamiento, las sombras de la tristeza. Salían las notas de Janáček, y de todas las cosas tétricas de Checoslovaquia.

Más tarde, cenaron en un famoso restaurante de Malá Strana, en la salita reservada —la elegante, conquistada a fuerza de dólares—, donde el fuego chisporroteaba en la chimenea y sólo había cinco mesas, dispuestas con sabiduría, el mantel de hilo almidonado y espléndido, el vino servido en copas resplandecientes, los manjares en platos de porcelana.

La cuenta en dólares la había pagado Polissena, sin que los demás hicieran el menor gesto para impedírselo. Los demás eran Marian, Marina, Vladislav Huk, director de la Opera de Bratislava, el tipo del pelo blanco a quien R. había visto ya en Bayreuth. También había llegado Valentina Bulova, una de las secretarias de Polissena, de la que R. se acordaba muy bien. Estaba algo cambiada, en el sentido de que se había cortado el pelo y teñido con reflejos rojo magenta. El mismo pelo, aunque corto, formaba como una cresta puntiaguda, involuntariamente *punk*. Valentina vestía con elegancia, una chaqueta bien tallada en torno a la cintura esbelta, y falda sastre sobre las pantorrillas redondas.

—La millonaria que ha comprado el Van Gogh —contaba Valentina—, me refiero a la californiana, tiene un dedo de cera unido al muñón verdadero por un anillo de esmeraldas.

—Lo único original que tiene —comentó ácida Polissena— es ese dedo de cera.

—No irás a decirme que no te gustan sus Van Gogh —replicó Marian en un tono vagamente escandalizado.

—Se ha vuelto odioso desde que es un símbolo del mercado enloquecido. En los museos reina el desconcierto. ¿Cómo vamos a poder comprar cuadros a esos precios?

—Pero si ya tenéis demasiados cuadros, amontonados en almacenes y desvanes: telas olvidadas, que en cambio podrían alegrar una oficina, una casa... —dijo Vladislav Huk. Su rostro alargado recordaba al de un caballo albino. Jamás había querido reconocerse pederasta y había vivido con una imaginaria pasión por María Callas, a la que había visto una

sola vez y a la que, decía, había besado con pasión.

Marina y R. guardaban silencio. Con una pierna Marina presionaba la rodilla de R.

—Venid a Bratislava —dijo Huk persuasivo con estas tres palabras que sonaban como el título de una comedia musical —, hay un espectáculo que no deberíais perderos.

¿Espectáculo privado u ópera lírica?, se preguntó R. ¿Espectáculo en el que participaría como objeto o como sujeto? El tono de voz de Vladislav Huk le había dejado perplejo, y algo alarmado.

—Dauphine está en Praga —susurró Valentina al oído de Polissena—. ¿Se han visto?

—¿Dauphine? —preguntó Polissena sorprendida—. ¿Y qué hace aquí? Yo no la he llamado, en todo caso no está aquí por mí. ¡No hay que fiarse nunca de los suizos!

—Y menos aún de Dauphine —sugirió Valentina. Polissena la miró sin comprender. ¿Quería decirle algo? ¿O eran simples celos entre secretarías? De todos modos, deseaba volver a casa con R.; ya hablaría de Dauphine en otra ocasión.

—¿Nos llamamos mañana?

—Sin falta. Hay cosas importantes que quiero decirle, sobre el Caravaggio, sobre los Caravaggio...

—¿A qué hora?

—Llamaré yo.

La conversación languidecía. R. se preguntaba qué hacía él en semejante compañía. No sabía si, detrás de las frases, había otros significados, alusiones que no comprendía...

Tomaron un café en la plaza y luego cada uno se fue por su lado.

En la penumbra de su habitación, Polissena le había desnudado lentamente: la chaqueta, la camisa sin gemelos, la corbata azul. Le gustaba que R. se vistiese de forma convencional. Le quitó el cinturón de castidad. La falda le ceñía las caderas pero se había quitado la blusa liberando el seno que R. besaba cada vez que se inclinaba sobre él para despojarle de una prenda, para quitarle un calcetín, para desabrocharle los zapatos.

Se habían echado el uno sobre el otro, buscándose con las manos, los labios, la lengua, las rodillas, los pies. R. estaba túrgido contra el vientre de ella, que comprimía su cuerpo sinuoso buscando el placer en cada movimiento.

Polissena montó a horcajadas sobre su vientre: hinchado, rígido, desapareció en ella como en una boca abierta. Luego, su amante la tendió a su lado. Clavaba las piernas con fuerza en el colchón para hacer más firme su embate. Polissena tocaba la musculatura de aquellas pantorrillas. Bajo los besos palpitantes R. volvía a crecer dentro de ella. Mientras seguían abrazados, unidos y estremecidos, la puerta se entreabrió y apareció Marina vestida con un velo que no ocultaba sus intenciones, ni su cuerpo, que era espléndido. El pecho alto, sostenido por los gráciles hombros; las caderas se ensanchaban como en un ánfora, y formaban en el centro un triángulo negro y bien dibujado, acogedor y misterioso.

Marina se acercó a la cama, se arrodilló junto a ellos sin hablar, mirándoles. Entonces empezó a tocarles con delicadeza. Acariciaba a Polissena, pasaba las manos sobre la espalda de R., presionaba ciertos puntos en torno a las ingles de Polissena con pequeños y sabios desplazamientos de los dedos.

Esta aparición resultó casi embarazosa, ya que R. estaba a punto de adormecerse entre los brazos de su amante. Entonces R. sospechó que aquella visita era premeditada.

La mano de Marina descendía lentamente sobre Polissena, con un movimiento monótono hacia el centro de su cuerpo. Ella, estimulada, no ofrecía resistencia. Luego, Marina empezó a acariciar la espalda de R., con las marcas todavía violáceas de sus cicatrices, pasando la lengua por las más profundas. Polissena se lanzó de improviso sobre la garganta de la joven, y vio con placer que había soltado la presa. R. quedó aturdido, exhausto.

—Ahora me toca a mí —dijo Marian en voz alta, desnudo y blanco.

Debió de haber entrado en la habitación sin que ninguno de los tres se diese cuenta. Permanecía de pie.

—¡Date la vuelta! —ordenó Marian a R.

Como respondiendo a una orden, Marina le empujó con violencia y le hizo caer de bruces sobre la cama.

—No, no quiero —se defendió R.—, aquí no estamos en el castillo, y además Polissena no quiere.

—Pídeselo, Polissena —ordenó Marian. La tensión hinchada, erecta, apuntaba hacia R. amenazadora. Su boca carnosa, enmarcada por el bigotito, tenía un aspecto púbico.

—Hazlo por mí —le susurró Polissena.

R. estaba asombrado de que su amante le pidiese también este sacrificio. En realidad Polissena despreciaba a Marian, lo que hacía su sacrificio más completo.

Marina le estaba cogiendo de los brazos, como preparándole.

—Habría que ir a buscar el látigo —dijo Marian, excitado—. Todavía se rebela. ¿De qué le han servido todos aquellos días en el castillo? Debemos mandarle a algún otro lugar. Hay un sitio en Inglaterra donde, en pocas horas, habrá aprendido a someterse del todo.

—Todavía no ha aprendido a aceptar —comentó Marina.

Sólo entonces R. se dio cuenta de que los hombros de Marina estaban cubiertos de estrías violetas.

—No me esperaba esta negativa... —dijo Polissena casi excusándose.

—Pero si le pides que lo haga por ti, debe aceptar —insistió Marina.

—¡No me lo pidas! —le previno R.

—No te lo pido.

Polissena se había rebelado, había cedido. Marina no entendía cómo R. se había atrevido a rebelarse ante Polissena. Y ante Marian. Este último, con la rabia frunciéndole los labios de forma obscena, abandonó la habitación decepcionado.

No había agua fría ni caliente en el Grand Hotel de Bratislava. Cuando R. alargó la mano para coger un perchero, la única lámpara de la habitación se le cayó en la cabeza. Como habían decidido no ir al espectáculo de Vladislav Huk, habían dejado la mayor parte del equipaje en el maletero del automóvil, llevándose a la habitación tan sólo el neceser. Querían huir de Checoslovaquia lo antes posible.

Polissena llamó a la recepción.

—Manden a alguien a arreglar la lámpara, y el agua corriente tiene que funcionar, si no ¿a cuento de qué alquilan ustedes habitaciones con baño a estos precios?

Llegó la palangana llena de agua templada sostenida por una camarera. La siguió el electricista.

—Son unos chapuceros —confesó éste—. ¿Ve esto? Al colocar los micrófonos han hecho saltar la instalación. Luego han hecho un apaño, pero el cable eléctrico es peligroso.

Era un hombretón gigantesco, de mejillas caídas como las de un spaniel.

—Oiga, ¿no podría echar un vistazo al baño, del que no sale ni una gota de agua?

—Nunca hay agua en este hotel, ni creo que la haya habido nunca. Pusieron las cañerías del lado equivocado. Este país es un castigo de Dios. Y pensar que Bratislava, pobre ciudad, no tiene nada que ver con Checoslovaquia.

Se marchó, meneando tristemente la cabeza.

Polissena se había tumbado en la cama con la blusa de seda que apenas le llegaba a las ingles. R. fue a acostarse a su lado.

—Detesto a Marian —le confesó—, con esa pinta de mujercita, los labios demasiado rojos, demasiado gordos.

—Sí, es horrendo.

—Pero entonces, ¿por qué le ves?

Polissena decidió no responderle directamente.

—Pero, si tú hubieses aceptado realmente..., deberías haberme obedecido..., habría sido la manera de demostrarme que eres realmente mío, que me perteneces, que eres mi objeto.

—Lo soy —se apresuró a tranquilizarla R.

—Pero tienes que sentir el placer de ser dominado, de pertenecerme incluso cuando no estamos juntos, a través de los demás. ¿En qué piensas cuando te incito a mostrarme tu amor? No deberías tener reacciones de rebelión: ceder debe procurarte sólo placer.

—Así es.

—¿Estás seguro?

R. pensaba, supino, los ojos azules clavados en el techo.

—¿Por qué te quieren endosar el Caravaggio?

—A lo mejor para comprometerme. Desde luego, para hacerlo salir oficialmente de Checoslovaquia y ponerlo en circulación en el mercado internacional. Aunque la cosa ha sido bien preparada y el cuadro fue robado hace muchos años, la *Natividad* es el último lienzo pintado por Caravaggio en Sicilia, poco antes de zarpar para Porto Ercole, donde murió.

—¿Cómo murió?

—De malaria, de locura, desesperado, en la playa de la Feniglia, corriendo sobre la arena en pos del barco que se alejaba con su equipaje. Esta *Natividad* es conocidísima: Caravaggio, como pintor realista y «escandaloso», está considerado hoy en día como el primer pintor moderno. En fin, ¿cómo van a hacer tragar que se trata de cuatro nuevos lienzos? Es una obra de la que se conoce el año y el día en que fue robada, y descuartizarla en cuatro ha sido criminal.

—¿Por qué no los denuncias?

—¿A quién voy a denunciar? Marian diría que el cuadro le fue confiado, o que fue adquirido por el gobierno checoslovaco. Lo único seguro es que debo mantenerme alejada, tanto de Marian como del Caravaggio...

Aquella noche durmieron uno al lado de otro, pero sin poseerse, dulcemente. Por la mañana, muy temprano,

abandonaron el hotel.

Todavía no habían salido de Bratislava cuando ya los letreros señalaban la frontera. En efecto, la línea limítrofe atravesaba los suburbios de la ciudad. Las indicaciones para Viena se perdían y la autopista se convertía en una callejuela, porque, a fin de cuentas, ¿quién iba a traspasar jamás aquella frontera?

El consabido panorama de la hostilidad: alambradas, luces de campo de exterminio dirigidas sobre los setos del cercado, empalizadas en la arena minada, sirenas que silbaban. Los puestos de control fronterizo eran numerosos; escrupulosos soldados escrutaron suspicaces durante horas sus documentos y pasaportes. Provistos de espejos, para controlar si debajo del chasis del automóvil se escondía algún fugitivo político, los guardias, exhibiendo sus revólveres, iban acompañados de perros alsacianos.

Polissena, para pasar el rato, se había puesto a leer un libro.

Fue un soldado, con los ojos hundidos en un exceso de carne, quien encontró el Caravaggio en la maleta de R.

—Alguien debe de haberlo metido...

—Este cuento ya lo he oído —respondió el soldado.

—Dejamos las maletas en el coche en Bratislava —insistió Polissena— deben de habérselo metido durante la noche.

—A lo mejor fue Marian... —le susurró R.

—Es probable —respondió ella precavida—, o Marian, o una de mis secretarias...

Pensó en las palabras de Valentina que no había tomado en serio, después de aquella cena en Praga. ¿Por qué Dauphine se encontraba en Checoslovaquia?

—Ahora, sea como sea, hay que salir de este lío —concluyó.

No iba a ser fácil.

Se encontraron en una gran estancia oscura a la que daban las puertas de dos letrinas que llenaban el ambiente de un olor acre y penetrante.

—¡Qué peste! —exclamó Polissena.

—Coronel, este ciudadano inglés se halla en estado de arresto —declaró el hombre de uniforme que había hecho el descubrimiento. Señalando a R. con el dedo, conferenció con un hombre de paisano sentado ante un gran escritorio oscuro y anticuado, llenando papeles de letras y de números. Polissena fue a sentarse frente a él decidida a seducirle con la mejor sonrisa femenina.

—Se trata sin duda de un malentendido... ¿Podría telefonar a Marian Svoboda, de la Galería Popular de Praga?

Dos soldados —uno de los cuales era el que había detenido a R.— abandonaron aquel lugar pestilente para volver unos minutos después. Susurraban, repetida y largamente, al oído del coronel de paisano y se retiraban a la fétida oscuridad del fondo.

—El compañero, profesor Svoboda, dice no saber nada de una tela de estas características. Sin embargo, declara conocer a la señora y se mostró sorprendido por lo ocurrido.

R. temía que Polissena le abandonase. Aunque ella podría haber dicho, en efecto, que la tela se encontraba en la maleta de R., no en la suya, y que no sabía nada de aquel cuadro.

—¿Qué dice a todo esto, señora Braganza? —prosiguió el coronel de los servicios secretos—. ¿No es usted la directora del museo del Louvre de París?

El asunto se ponía serio.

—Te amo —le dijo ella, para tranquilizarle.

Pero fue la inesperada llegada del barón von Wüzburg, acompañado de su nuevo amante, el joven Prokò Martinu, lo que la salvó. Extraña aparición aquélla, ya que el barón jamás viajaba en automóvil porque lo consideraba excesivamente lento e incómodo. El avión privado y su helicóptero, decorado por David Milinarich, solían llevarle de festival en festival de música.

—¡Hans-Herbert! —exclamó Polissena sorprendida.

—¡El barón von Wüzburg! —le hizo eco R.

Como célebre coleccionista y poderoso amigo del

gobierno checoslovaco, el barón se hizo garante de ambos. Observó la tela extraída de la maleta de R. y dijo tratarse de una copia sin ningún valor de una pintura famosa. Con arrogancia y desenfado se la puso bajo el brazo. También él viajaba con un *souvenir* de Checoslovaquia, añadió. Mostró efectivamente tres telas modernas pintadas al temple que representaban vistas de Praga: el castillo, el Moldava, el Santuario sobre Praga; llevaba consigo un recibo que certificaba el escaso valor de las tres obras, pero le gustaban, añadió disculpándose con los guardias fronterizos. Prokò dijo que el barón tenía prisa. Él sí había prestado parte de su colección para una exposición en Leningrado, y otra en Praga; y, en efecto, el barón había quedado aquella noche a cenar con Greta Garbo. Al día siguiente, irían a escuchar *Carmen*.

Todo esto pareció interesar muchísimo a los guardias y a los agentes de los servicios secretos encerrados en aquella habitación maloliente. Una forma como otra de soñar, de imaginar lujo y frivolidades, de superar aquella sordidez.

Del bolsillo del barón, que estaba a su lado, Prokò extrajo elegantemente dos fajos de billetes verdes atados con una gomita. Sin la menor turbación, introdujo uno en el bolsillo del guardia que había detenido a R.; dejó el segundo sobre el escritorio.

—Coronel, distribúyalos según su criterio.

Abandonaron los cuatro juntos la apestosa habitación, Polissena y R. estupefactos pero felices de abandonar el país y sus peligros. Finalmente pasaron la frontera.

Al otro lado, en territorio austríaco, el helicóptero personal del barón le esperaba. Polissena lo reconoció por el escudo de los von Wüzburg pintado en el fuselaje.

—Barón, no sé cómo agradecerle... —dijo Polissena.

—Qué tontería —respondió él, y se alejó hacia el helicóptero mientras su Buick tomaba la dirección de Munich.

Así fue como el Caravaggio pasó la frontera checoslovaca.

Al día siguiente, desde Viena, tras llamar a la oficina y mandar un télex, habían cogido el primer avión para París; el chófer, Louis, estaría en el aeropuerto con Dauphine.

—No entiendo por qué meterían el cuadro en tu maleta —dijo ella bebiendo un vaso de agua mineral.

—Se equivocaron, está claro. Pero salta a la vista *quién* nos lo puso —observó R.

—Si hubiese sido Marian se trataría del Servicio Secreto checoslovaco. ¿Qué puede querer de mí? Si hubiese querido hacerme chantaje, o crearme problemas, habría podido utilizar toda la colección de fotos que debe de tener de ti, de mí, de Marina, etc., tomadas desde arriba, desde abajo, con teleobjetivo, en technicolor, en blanco y negro, en 3D, etcétera, etcétera. Además, Marian no podía adivinar que, en Bratislava, no subiríamos las maletas a la habitación. Es decir, si hubieses querido cambiarte, si la otra noche hubiésemos ido al espectáculo de Vladislav Huk, habrías encontrado la tela antes de pasar la frontera.

—¿Crees que me la metieron mientras estábamos en Bratislava?

¡Ahora lo entendía!

—Claro, sin saber que aquélla era tu maleta y no la mía. O quizás incluso en la frontera, ya sabes, como lo hacen con la cocaína. Si quieren trincarte te meten un poco en el bolsillo, y luego te detienen: dicen que te la han encontrado encima, y se acabó.

—No deberíamos viajar por estos países...

—Luego te apalean a muerte, y te hacen «confesar».

—¿Te ha ocurrido alguna vez?

—No, yo soy la directora de un museo y no molesto a nadie.

—A alguien debiste de molestar —le recordó R.— cuando te negaste a meterte en el asunto del Caravaggio.

—Tal vez tengas razón, tal vez haya algo más; además, habría que hablar de «los» Caravaggio, y no de «el» Caravaggio, porque después de éste, vendrán otros tres y la cosa me preocupa. ¿Me quieres?

—Y tú, ¿no me abandonarás?

Polissena miró con una especie de posesiva languidez los ojos azules de R., admiró la belleza de su rostro.

—Me gustas muchísimo.

—Esto es otra cosa... ¡También te gusta azotarme!

—Así me demuestras que eres completamente mío.

—Soy tu objeto... —murmuró R. casi conmovido.

—Me gusta verte poseído por otros, pero también quiero que seas poseído por mí. Te quiero con locura. ¿Me dejarás siempre gozar de ti ultrajándote?

—A veces temo que tengas a otros ochenta y siete hombres esclavizados, hombres-objeto a quienes atormentar con los cinturones de castidad...

—Sólo estás tú.

El avión aterrizó en el aeropuerto parisino Charles de Gaulle con un ligero adelanto. Hacía apenas unos minutos que se habían dormido, incómodamente.

El aeropuerto palpitaba de falsa modernidad, todo al estilo dos-mil-uno-para-estar-por-casa. Mientras se deslizaban, sintiéndose un poco ridículos, sobre la cinta transportadora que arrastraba a los pasajeros al núcleo central del aeropuerto, grandes girasoles iluminados anunciaban:

LUI
PERFUME
PARA ELLOS
PARA ÉL

LE CADET
CREMA DEPILADORA
PARA HOMBRE

También estaban Potro y Kouros, dos lociones para

después del afeitado. Un apuesto y radiante joven promocionaba —siempre en el escaparate publicitario— el nuevo maquillaje para hombres.

POUR L'HOMME
CREMA PARA PIELES VIRILES

y también:

BROSSE
PARA DETENER
LA CAÍDA DEL CABELLO

—¿Me amarías si fuese calvo? —le preguntó R., volviéndose entre un girasol de plástico y otro.

—Ni pensarlo —le respondió Polissena— los calvos me dan asco. —Tampoco le gustaban los velludos, añadió. Permaneció pensativa unos instantes—. Desde que han descubierto que somos nosotras quienes os compramos las cosas, nos bombardean de publicidad. Pero por fin ya sabemos qué compraros por Navidad.

—¿Qué?

—Perfumes y chucherías.

—¿Lo mismo que os comprábamos nosotros...?

—Dime cuándo los hombres han cubierto a las mujeres de flores y joyas. Esto sólo les ocurre a las putas, o en los libros.

Tal vez le disgustara que R. nunca le hubiese mandado flores... En efecto, sí, tenía que admitirlo, ni siquiera se le había cruzado por la cabeza. Paciencia..., todo no se podía tener. O un objeto o un amo que te manda flores. Prefería el objeto.

Con el pelo recién salido de la peluquería, les esperaba

Dauphine de Brantes, el maquillaje cuidadosamente extendido, brillante sobre la piel, demasiado brillante. Alta, con el *foulard* de seda Hermés, la chaqueta perfectamente entallada, sin ser hermosa estaba hábilmente modelada, llevaba pieles Ferragamo de impecable calidad, estaba cubierta de materiales costosos, relucientes y suaves.

—¡Ah, muy bien, Dauphine!

—¡Buenos días, Madame! —sonrió. Llevaba en la mano un paquete de periódicos tan pesado que casi la anonadaba—. Buenos días, Monsieur Reading. ¿Han tenido un buen viaje?

Era la secretaria perfecta.

—¿Alguna novedad? —preguntó Polissena.

—Varias llamadas urgentes. De Monsieur Newman, de Mister Lockhart (se encuentra en Cranlie Hall hasta el mediodía). De la marquesa de Beckford: pregunta si sabe usted dónde está su hijo. Del ministro: pide explicaciones sobre la historia del Caravaggio... La historia se ha publicado en algunos periódicos, los he comprado todos. También he comprado las nuevas revistas para Monsieur.

—¿Para mí?

—Son las nuevas publicaciones para hombres. ¿Ve?, acaba de salir *Pour*

l'Homme

, revista masculina de arte y cultura. También está *He*, semanario de moda masculina y *Voilà les Males!*, una espléndida publicación quincenal. Si quiere, para los chismes más entretenidos, le recomiendo *Le Goût Masculin*, o *Culture Virile*. Pero yo prefiero

King-man

, en la que hay gimnasia para ensanchar el tórax y otras pequeñas sugerencias.

Continuaba la publicidad en imágenes que se balanceaban sobre plásticos de colores sostenidos por un palito.

—Lo malo es que no hablo francés... —se excusó R.

—Pero podrá mirar las fotos, en realidad hay poquísimo texto.

—Pero tú, Dauphine, ¿las lees? —preguntó Polissena con curiosidad. Se notaba, sin embargo, que estaba pensando en

otra cosa—. ¿Cómo ha podido salir en la prensa la historia del Caravaggio en la frontera? No había nadie en la frontera checoslovaca aparte de... Pero tú, Dauphine, estabas en Checoslovaquia.

—¿Yo? No, no me he movido de París. Tenía mucho trabajo en la oficina y luego, con esta historia del Caravaggio, ha habido una avalancha de llamadas de periodistas y yo he dicho que no sabía nada y que usted se encontraba todavía en el extranjero...

—Pero Valentina me dijo... —Polissena decidió dejarlo correr.

Louis les había sonreído con una leve inclinación, incluyendo a R. Les había dejado pasar y había abierto la portezuela del Mercedes.

—El café está en el termo, Madame —sugirió.

—¿Qué dicen los periódicos? —preguntó Polissena a Dauphine, una vez aposentada entre los cojines y los perfumes del automóvil.

—Que usted y su compañero (no dan nombres) cruzaban la frontera checoslovaca con un Caravaggio en la maleta probablemente destinado al Louvre —respondió Dauphine.

—¿Con un «verdadero» Caravaggio?

—No especifican.

«No cabe duda de que alguien quiere meterme en líos», murmuró para sus adentros Polissena, y frunció la frente bajo los rizos negros en un gesto de preocupación que duró todo el resto del viaje, desde el Charles de Gaulle hasta París. Hojeó los periódicos rápidamente, deteniéndose en las páginas marcadas con lápiz rojo, mientras R. miraba los anuncios de belleza masculina. También había revistas en inglés, como *Snippett*, sobre los nuevos estilos de peinado, y *Golf y Bolos*, un mensual para el deportista. Mientras *Colé*, cuyo título se refería a Cole Porter y no a la

Coca-Cola

, jugueteaba con la homosexualidad nostálgica de los años treinta, con los trasatlánticos, Lucky Luciano en las carreras y esas cosas, *Voici les Garçons* presentaba la nueva colección «Para el Hombre de Negocios y del Ocio».

¿Qué haría R. mientras ella estuviera en el despacho? Polissena se retocó los labios e intentó relajarse.

—¿Qué quieres hacer el resto de la mañana? ¿Quieres ver el Musée d'Orsay?

—¿El qué? —preguntó R.

—Lo que antes fue la estación, y el Hôtel d'Orsay

, y ahora es un estupendo museo.

—Ya sabes que los museos no me interesan. —Sí, al menos era sincero. No había nada malo en no sentir interés por los museos, todo lo contrario: se habían convertido en la obsesión del momento, los museos, las exposiciones, la cultura.

—¿Entonces, el de Picasso? —R. no respondía. Temía una maniobra de Polissena, que estuviese sondeando el terreno con miras a nuevas pruebas que infligirle—. De lo contrario, le digo a Louis que te deje en el Faubourg St. Honoré después de dejarme a mí en el despacho. Ésta es la llave de casa; Dauphine tiene otra, no te asustes si entra en casa. Puedes ir de tiendas, a la peluquería: está Monsieur Elysée, o también Le Lion, al parecer son buenos. Y luego todas las *boutiques*: Monsieur Dior, Monsieur Cardin... Por la tarde vienes a buscarme al despacho después de visitar la pirámide de cristal.

—¿La pirámide de cristal?

—La del patio del Louvre.

—Hace años que no he estado en París...

—Pero lo habrás leído en algún periódico...

—Tendré que llamar a mi madre —dijo R. mirando a Polissena que se quitaba las gafas. El mero hecho de llevarlas ponía de manifiesto que era mayor que él. Cuántos años, no lo sabía. Había intentado espiarlo en el pasaporte. No debería siquiera haber pensado en los años de su amante, de su ama... Probablemente, con sólo pensarlo cometiera una infracción...

—Llama desde el apartamento.

Debajo de los periódicos entregados por Dauphine había un montoncito de cartas.

—Sólo he traído las cartas que me parecieron más urgentes —dijo la secretaria.

Naturalmente, Dauphine abría toda la correspondencia de Madame.

Pasaban por delante de la abadía de St. Denis.

—Allí está enterrada la familia real de Francia —indicó Polissena a la que le gustaba enseñar, instruir—. Iremos —le prometió. Luego, le tendió una tarjeta con cenefas heráldicas—. Estamos invitados a la residencia del conde y de la condesa de Polignac-Hérissou, esta noche.

—¿Yo también? —R. espió la invitación. Llevaba escrito «Madame Braganza y acompañante».

—Tú también.

—¿Quiénes son estos señores?

—Ricos coleccionistas. Él, Benedict, llamado Héri, heredó de su madre fábricas y muelles, fundiciones de acero y cierta inclinación al opio. El abuelo es japonés, pero sobre su pasado no se investiga. De todos modos, acaba de volver a casarse.

—¿Qué edad tiene? —preguntó R. Aquellas historias sí le interesaban.

—Sólo se casa con prostitutas —prosiguió Polissena—, ésta debe de ser la sexta... ¿Cuántos años tiene? Pues unos setenta, pero los lleva bien, como todos los ricos. Tiene una colección de cuadros sensacional, algunos han sido hiperrestaurados. Y hay un poco de todo, demasiado de todo.

—¿Eso no está bien?

—Una colección debe expresar el gusto, la inspiración de un gran hombre y este Hérissou no es un gran hombre, pero cree serlo porque tiene dinero a espaldas.

—¿Cómo será esta noche?

—Estupendo: caviar, la sexta mujer, los cuadros. No te preocupes, te divertirás.

R. estuvo paseando por París, le molestaba no entender una palabra de francés, tanto más cuanto que varias escuelas e institutrices habían hecho de todo para inculcárselo, pero

su memoria se resistía a restituirle la más mínima noción o sonido.

Mientras Louis dejaba su equipaje en el apartamento de Polissena de la Rue de Lille, R. deambuló por las calles mirando escaparates y pensando en ellos dos. Tal vez no hubiese debido hacerlo, dado que Polissena parecía negarle cualquier clase de perspectiva, o ignorarla, tratándole como un juguete, como algo de lo que podría desprenderse fácilmente. La idea de que pudiera perder a su amante fue para él como un golpe en el bajo vientre: Polissena podría deshacerse de él precisamente ahora, y podría haberle dicho que aquel día tenía cosas que hacer en el despacho, que le mandaría a Louis para que le acompañase a hacer recados, mientras ella se marcharía, abandonándole.

En el despacho, Polissena encontró una larga lista de personas a las que tenía que llamar. También estaba el nombre de Valentina Bulova, quien, según el mensaje, la había llamado varias veces y quería hablar con ella urgentemente.

—Y Valentina, ¿me ha llamado? —Polissena volvió a preguntárselo a Dauphine.

—No, no sabemos nada de ella.

Ahora Polissena estaba segura de que Dauphine mentía.

Oliver, su marido, la llamó unos minutos más tarde.

—¡Lo tenemos nosotros!

—¿El qué?

—La Virgen de Caravaggio. Todavía no la hemos visto, pero tenemos la prueba de que es auténtica.

—¿A quién se la habéis comprado? ¿Dónde está?

—No sé dónde está. Eso deberías saberlo tú, que la sacaste de Checoslovaquia. Hay otros tres.

—Yo no he sacado «otros tres» Caravaggio.

—¿Cómo? ¿No fuiste tú quien los descubrió?

Había como una entonación de revancha en la voz de su marido: su innata arrogancia masculina siempre se había sentido ofendida por la estima en la que tenían a su esposa, por su posición, su trabajo.

—No sé nada de este Caravaggio o de esos Caravaggio.

—El consorcio espera de ti un certificado de autenticidad que aparecerá en nuestro boletín, por eso te llamo. La sociedad cotizará en Bolsa y, cuantas más menciones tengamos, mejor. Luego debes confirmar la historia según la cual se lo hemos quitado al Louvre.

—En primer lugar no es verdad, y en segundo perdería el empleo.

—¡Pero piensa en todo el dinero que podemos ganar con

cuatro Caravaggio! Si pierdes el Louvre, ¿qué más da?

—¡El dinero se acaba, pero mi trabajo no tiene precio!

—¡Entonces, despídete de él!

A lo mejor había sido él, Oliver, quien le había tendido la trampa, precisamente para quitarle aquel prestigio, aquella superioridad.

—¿Está el primo contigo? —prosiguió su marido con una voz trepidante de falsa impasibilidad.

Sí, sin duda Oliver había querido vengarse.

—He dejado un mensaje en Rue de Lille —añadió—, tienes que ir a Eton a visitar a *the Boy*, quiere verte por alguna razón y yo nunca tengo tiempo.

—Pero tú estás allá... y yo ahora tengo muchos problemas.

—Te llamo desde el campo, y además está el asunto del Caravaggio, el consorcio... La sociedad se llama Caravaggio Masterpieces, Ltd. No tengo tiempo para dedicarle...

Boy era su hijo. Lo que más le molestaba a Polissena era que Oliver alardease en público de ser un padre perfecto. La gente, naturalmente, se lo creía. Pero los hijos, para Oliver, no eran más que atributos sociales. De repente recordó que no había tal mensaje de Oliver en Rué de Lille; los había escuchado todos.

Por el teléfono interior Dauphine le dijo:

—Olvidé decirle que su marido había dejado un mensaje a propósito de su hijo: que debería ir a verle a Eton.

—¿Llamó al despacho?

—Sí, hablé yo con él.

Volvía a mentir: Oliver había especificado que había dejado un mensaje en su contestador automático de la Rué de Lille.

La conversación telefónica, brevísima, con el ministro había sido desagradable. No le gustaba que un funcionario se viese involucrado en un escándalo. Ella tendría que justificarse y aclararlo todo. Polissena le respondió que no sabía cómo el Caravaggio había ido a parar a la maleta de su amigo. No sabía dónde se encontraba el cuadro, y no entendía cómo su marido había podido comprarlo. Sí, es

cierto, Oliver Lockhart, de Caravaggio Masterpieces, Ltd. era su marido. Polissena nunca había visto los demás Caravaggio anunciados, ni tenía intención de verlos. El ministro no la creyó. «Recuerde que nuestros funcionarios presentan la dimisión cuando las cosas se ponen feas», había concluido irritado. «Aunque se encuentren cubiertos de mierda hasta el cuello, los políticos jamás presentan la dimisión», pensó Polissena, «mientras que los funcionarios, no sólo tienen que ser honestos, sino demostrarlo».

Mientras tanto R. había llegado a la Rué de Lille y había empujado el portal. El vestíbulo daba a un patio elegantemente gris, la madera y las persianas pintadas de ese hermoso verde oscuro tan parisino y, a la derecha, en el tercer piso, el apartamento de Polissena. Dio la vuelta a la llave. Las escaleras de madera del interior estaban decoradas con azulejos de peces, pescadores y delfines. Los jarrones eran muy historiados, con pulpos, gambas, langostas. Había acuarelas de antiguos pescadores de perlas, de crustáceos. Aquella decoración sorprendió a R., que nunca había visto nada parecido; mejor dicho, le dejó perplejo. Los peces se propagaban por el salón que había sido enteramente pintado con motivos acuáticos mientras que el dormitorio era neogótico y siniestro. Un biombo le separaba del baño; Polissena había convertido dos confesionarios en armarios para la ropa mientras la bañera había sido incrustada en una especie de altar. Las paredes, incluidas las del baño, estaban atestadas de imágenes de frailes azotando a mujeres desnudas y a penitentes, así como de calaveras que se entregaban al capricho de robustas mujeres rubensianas. En Monpleasance nunca se habían visto cosas tan extravagantes.

Aparte de la extravagancia, el apartamento tenía sin embargo esa singular nitidez de las casas que pertenecen a una sola persona, al soltero que no tolera intromisiones. El orden era casi sofocante. R. lo profanó inmediatamente, dejando los zapatos en el recibidor. Y la ropa, en el baño.

Luego se tumbó en la cama, una cama cuya cabecera imitaba una telaraña, y llamó a Monpleasance. Su madre había salido y sus hermanas montaban a caballo por los

prados. Pero estaba su padre.

—Hola, papá; es sólo para deciros que me encuentro bien y que estoy en París.

—¿Tú, en París? ¿Y cómo es eso?

—Cosas que pasan...

—No me has pedido permiso... ¿Cuándo te fuiste? No me he dado cuenta de tu ausencia.

—*Mamy* sí, porque llamó a la prima Polissena.

—¿A quién?

—A la mujer del primo Oliver, Polissena Lockhart.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. —Su padre nunca había tenido buena memoria.

Renunció. Se despidió y se durmió. Habrían pasado unos veinte minutos cuando oyó un ligero crujido. Una presencia le despertó. Por la puerta abierta del dormitorio vio a Dauphine moviéndose junto al escritorio, en el salón. Evidentemente no esperaba verle.

—¡Ah!, ¿es usted? —exclamó confundida.

—¿Qué está haciendo aquí, Dauphine?

—Escuchaba los mensajes grabados durante la ausencia de Madame.

En cambio los estaba borrando.

Mientras atravesaban París en coche, con Louis impecablemente serio al volante (los Polignac-Hérissou vivían en Neuilly), R. se dio cuenta de que Polissena estaba preocupada. Bajo aquellos rizos oscuros la frente aparecía fruncida.

—Apareció Dauphine en casa, hoy —la advirtió—, estaba borrando tus mensajes telefónicos y sin duda no esperaba verme allí...

Sí, sí, ahora empezaba a comprender. Por otra parte todavía no había conseguido hablar con Valentina que, evidentemente, había intentado avisarla.

Para aquella ocasión se había vestido de negro, un traje corto que le alargaba las piernas pero que no favorecía el color de su piel. Se había pintado los labios con el habitual rojo tenebroso y de las orejas pendían dos brillantes rubíes.

—Falsos —aclaró cuando vio la mirada de admiración de R. clavada en ellos—. En cambio los de la condesa Hérissou, Katiusha, parecerán falsos, pero son de verdad.

Katiusha Polignac-Hérissou todavía no estaba arreglada cuando R. y Polissena llegaron a la enorme y lujosísima mansión. De todos modos, habían llegado un poco antes de tiempo. Pero tampoco dos horas después había bajado la condesa cuando Héri, demudado y abatido, ya saludaba a sus invitados confesándoles no saber quiénes eran, pese a haber entre ellos nombres famosos del mundo del espectáculo y del arte.

«Está grogui», susurró Milagros Gautier, que le había vendido una célebre colección de acuarelas, pero a quien Héri no había reconocido. En cambio el conde se había precipitado hacia R., a quien jamás había visto hasta entonces, confundiéndole con su hermana. El barón von Wüzburg, coleccionista rival, estaba en cambio agazapado

debajo de un par de auténticos Matisse.

—Hans-Herbert, ¿me puedes explicar esta historia? —le preguntó enseguida Polissena—, ¿por qué razón te encontrabas en la frontera en aquel preciso momento? ¿Y dónde has llevado el cuadro?

—Le reconocí.

—¿A quién?

—Por los brazaletes.

—¿Pero a quién?

—A quién va a ser, a tu hombre-objeto, el número 88.

—¿Cómo es posible que la historia del Caravaggio apareciese en la prensa al día siguiente si allí no había nadie más que nosotros y los funcionarios a los que sobornaste? ¿Me lo quieres explicar? —insistió irritada—. ¿Y cómo es que otros tres Caravaggio están viajando por el mundo? O, mejor dicho, los tres trozos que falcan, ¿cómo salieron, y dónde están?

—No hay nada que explicar —el barón cambió de posición, casi aburrido. ¿Sería él? ¿El Ochenta y ocho del castillo de Hluboká?—. Tú estabas en un lío y yo siempre ayudo a los amigos.

—Tenías preparados de antemano los fajos de billetes —rebatí Polissena.

—En Checoslovaquia y en Brasil siempre hay que llevar fajos de billetes en el bolsillo.

—Y, por lo que he oído, el Caravaggio, los Caravaggio, los ha comprado un grupo de la City.

—Los ha comprado tu marido con un seudónimo, Masterpieces Ltd. Lo ha organizado todo Dauphine. Yo sólo quiero uno de los trozos...

—¿Dauphine?

—Repito: quiero tener uno porque Héri tiene dos, aunque demasiado restaurados. Y el que me dejó mi padre es falso. Quiero el ángel, con el Gloria in Excelsis Deo. ¿Has visto, Polissena? ¡Qué maravilla! Todo lo que pido es poder comprar el cuadro del ángel, ese muchachito moreno... Siempre he deseado con locura un Caravaggio...

—Pero ¿por qué habéis tenido que meterme a mí en líos?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Yo sólo sé que ése horrible Hérissou se da muchos aires porque tiene dos Caravaggio y yo ninguno... —Siempre había habido una sangrienta rivalidad entre los dos coleccionistas—. Ese cretino cargado de opio se ha casado con la enésima puta. Luego, cuando te las sienta a tu lado, tienes que apechugar con su conversación de duquesas: te cuentan que son ellas las que eligen los grandes cuadros, los Manet y los Monet a quienes siguen confundiendo, y los Simone Martini de los que no habían oído hablar hasta hace dos días. Por lo demás, observa el gusto de esta casa, aparte de los cuadros, parece un burdel... ¿Qué hace Héri? El opio ha ofuscado sus facultades, quién sabe qué harán en la cama esos dos. De lo contrario, no se habría casado con esa prostituta. Le chupará por todas partes, ¿no crees, Polissena? Le meterá el diablo en el cuerpo... Luego, en la cena, te cuentan que leen a Proust... ¿Pero tu amigo no es el 88, el de Hluboká?

Desde el otro extremo del salón, R. contemplaba fascinado las sinuosas curvas de la dueña de la casa. No conseguía apartar los ojos del cándido seno de Katiusha Polignac-Hérissou que, descaradamente ofrecido, se exhibía mórbido bajo una cascada de diamantes.

—¿No nos hemos visto antes? —le preguntó bruscamente Nicholas Newman dándole un codazo e interrumpiendo los sueños encandilados de R.—. Claro que sí, con Madame Braganza, en el restaurante, ¿no? Ya ve, tengo buena memoria. Es de la familia Reading, ¿no? La de Monpleasance...

Finalmente también R. había encontrado a alguien a quien conocía. Por eso le miró casi con gratitud.

—¿Dónde está Polissena? Tengo que hablar con ella —insistió el otro—. ¿Qué es esa historia absurda del Caravaggio? He leído que lo llevaba en la maleta, el Caravaggio de Praga. Pero ¿qué patochada es ésta? ¿Sabe usted que la condesa Polignac-Hérissou, que hasta hace poco vivía en los burdeles, ahora quiere ser duquesa?

—¿De veras? —R. no conseguía seguir aquel torbellino de informaciones.

—¿Se queda para la subasta?

—¿Cómo?

—Katiusha, la duquesa, ja, ja, ha organizado una subasta, de beneficencia... Todo se hace por beneficencia hoy en día: galas, bailes, espectáculos, subastas. Es una forma de ascender en la escala social.

Katiusha había anunciado que iban a sacar a subasta dos perritos liliputienses, ocho perlas, un manuscrito del Renacimiento, siete trajes de Fortuny. Pero aquella gente tenía de todo, estaba harta de todo. Por eso Katiusha había tenido la idea de subastar también a alguno de los presentes.

Desde el puente, desde el que se divisaba el perfil armonioso de la capilla gótica y del núcleo antiguo de ladrillos rojos, vio a los niños vestidos de negro, casi siempre solos y solitarios, no en grupo. Con la cola negra golpeando elegantemente sus piernecitas, la piel demasiado blanca y los cuellos almidonados bajo las ojeras grises, parecían pequeños prisioneros. También Boy confesaba sentirse encarcelado en Eton. En efecto, les prohibían abandonar el colegio los fines de semana, dificultaban las comunicaciones con la familia, la correspondencia y los intereses que no estuviesen estrechamente relacionados con los del colegio, como el remo y la homosexualidad.

Quién sabía por qué Boy la había llamado. ¿O había sido el Master, o Margot, la que se encargaba de los más pequeños y de la intendencia? Seguramente no lo había entendido. El Master nunca quería hablar con los padres, y menos con las madres, a las que consideraba seriamente obtusas y desagradables. Polissena sabía que no era una buena madre, pero, dado que su marido Oliver era aún peor padre, le pareció conveniente, para no crear desequilibrios afectivos, que los dos progenitores estuviesen ausentes.

El ventanuco de la habitación de Boy daba al patio Victoriano, y Polissena decidió ir directamente a ver al Master que, a aquellas horas, debía de estar libre. Profesor de historia, hombre de grandes cualidades, tal vez algo neurótico, el Master estaba rodeado de niños a los que deseaba pero no podía tocar. Aquellos pobres niños ya tenían que defenderse del profesor de gimnasia que no dudaba en ponerles las manos encima.

Boy hablaba poco, era claramente infeliz, no sólo porque tenía unos padres como los suyos, sino porque además iba a una escuela que le deprimía.

Polissena no encontró a George, el Master, en su estudio, por lo que atravesando todo The Rigours fue en busca de Margot, la vigilanta. La encontró en su habitación. Margot saltó del sillón donde estaba acurrucada, para volver a caer pesadamente sobre él.

—¡Buenos días, Margot!

En The Rigours, todos tenían que llamarse por el nombre de pila por más que a Polissena le disgustase.

—Su hijo no come nunca en el comedor... —se quejó Margot con entonación alcohólica.

—Pero espero que se porte bien —concluyó Polissena, que quería dejar a Margot cuanto antes debido al tufo de jerez que emanaba la pequeña habitación. Era como estar en una bodega, pues la botella que Margot había escondido apresuradamente detrás del sillón se había caído, derramando todo el resto del contenido sobre la alfombra floreada.

Bajando las estrechas escaleras, que tenían el inconfundible olor de los colegios ingleses y de los hospitales —desinfectante mezclado con sudor—, Polissena pasó por el refectorio de The Rigours, cuyas paredes estaban impregnadas de olor a cordero hervido, y subió la hermosa escalinata georgiana que llevaba al despacho privado de Master George.

El Master estaba solo y, molesto por hallarse en presencia de una mujer, dio signos de irritación. Flaquísimo, los ojos agrandados por gruesos cristales, gritó con ficticio entusiasmo: «¡Polissena!». Por falsa familiaridad había que llamarse por el nombre lanzando fragorosas exclamaciones. Nervioso e inquieto, le ofreció una taza de té, golpeando la cucharilla contra la porcelana. Empujó la butaca hacia atrás.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó enseguida Polissena para no alargar la tortura que su presencia le producía.

—Ha sido poco respetuoso, ha declarado que la comida era pésima y se ha negado a tocar lo que le servían.

—¿Y qué es lo que era tan malo?

—Y ha pedido a sus compañeros que hicieran lo mismo, que hicieran huelga con él.

—¿Dice usted huelga de hambre, como Ghandi? —Esto le

gustaba, pensó Polissena que conocía poquísimamente a su hijo, pero que, gracias a esto, podía acabar admirando sus cualidades.

—Así es —respondió Master George, con un par de contracciones tras el chaleco. Polissena temió que, con estos espasmódicos movimientos, la bandeja con la tetera, el azucarero y las elegantes tacitas Wedgwood acabasen en el suelo hechas añicos—. Es un niño que no quiere ser como los demás, que se niega a adaptarse, está demasiado tiempo solo.

—Llora a menudo, ya lo sé.

—Aquí todos lloran, llorar es bueno. Forma parte de la disciplina estar tristes, aprender a estarlo. Se está acostumbrando a la ausencia de la familia. —Hizo un gesto de impaciencia—. Será mejor que no le vea hoy, de lo contrario, cuando usted se vaya, el niño se llevará un disgusto.

—Pero si he venido para verle... O para verle a usted. ¿Ha sido usted quien me ha pedido que venga?

—¿Yo? Las madres ejercen una pésima influencia sobre los hijos.

Polissena pensó que había ejercido demasiada poca sobre el suyo; simuló no reparar en el enésimo espasmo muscular que había congestionado toda la cara de Master George y dijo:

—¿Pero ha sido para decirme esto por lo que me ha hecho venir?

—Yo no he solicitado verla, Polissena.

Entonces era Boy quien quería hablarle, concluyó Polissena.

—Los niños dicen que Margot...

—Es una persona sumamente cualificada —cortó por lo sano George y, echando una ojeada al reloj, la invitó a marcharse—. Es casi la hora de cenar.

Eran las seis de la tarde.

Una vez en el patio de The Rigours, Polissena se disponía a enfilear las escaleras cuando, de un Fiesta rojo, salió Valentina Bulova.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Polissena

sorprendida.

—Soy yo quien la he hecho venir a Eton, Madame. Necesitaba hablar con usted, y ésta era la única manera de romper la barrera de Dauphine y de su marido. Dejé un mensaje diciendo que su hijo les reclamaba, a sabiendas de que su marido no le haría ningún caso. No quería levantar sospechas.

—¿Sospechas?

—Vayamos a la habitación de su hijo, allí no nos molestará nadie.

—Una de las mejores cosas de esta escuela es precisamente el silencio, la *privacy*, como en un monasterio...

Polissena la precedió por las escaleras de madera.

La habitación de Boy estaba vacía, con las paredes cubiertas de pósters y de dibujos. Pero toda ella resonaba con un ruido ensordecedor, por una pared se filtraba música pop y, por la otra, *jazz*.

—Le he dejado varios mensajes, pero creo que Dauphine no ha debido dejar pasar ninguno.

—¿Y?

—Su marido forma parte de la «jugada» y Dauphine también. Me han amenazado, incluso me han ofrecido un porcentaje sobre las acciones...

—¿Por qué?

—Por callar. —Valentina se mesó el pelo que le formaba una espesa cresta en la cabeza. Tenía los labios carnosos y la piel blanca—. Como usted sabe, su marido ha creado un consorcio con algún estafador de la City, Dauphine y monseñor Venini; han comprado el Caravaggio al gobierno checoslovaco a través de Marian. El barón von Wüzburg quiere uno para su colección. Precisamente el fragmento del ángel. Y lo obtendrá por poquísimo dinero. Éste es su papel en esta historia.

—Y Marian ha vendido...

—Por una cifra irrisoria. ¿Quién puede querer comprar un material tan notoriamente robado?

—Sí, claro.

—Pero el grupo tiene necesidad de un chivo expiatorio

porque, aunque no se diga que el Caravaggio palermitano y los tres descubiertos en Praga son el mismo cuadro, alguien tiene que haber «descubierto» las telas. Que hayan sido encontradas en Checoslovaquia encaja perfectamente. Después de todo, es un país que no respeta los acuerdos internacionales: en Praga puede ocurrir de todo. Recientemente han encontrado unos cuadros que habían sido enviados por los Stuart, ¿recuerda? Ni siquiera habían sido robados.

—Sí, lo recuerdo. Había también un Tintoretto y un Tiziano, cosas importantes.

—Necesitaban a una persona que, supuestamente movida por el entusiasmo, sacase abiertamente de Checoslovaquia las obras maestras que había reconocido. El que esta persona ocupase una posición importante y gozase de la estima de todos daría más peso a toda la gestión y, al reconocer las telas, aumentaría su valor a los ojos del mundo. Madame Braganza las «encuentra» y las exporta. Luego desaparecen. Es evidente que las tiene ella. En cambio, están en Italia, pero no se sabe dónde.

—¿En Italia? Y ¿por qué?

—Porque monseñor Ermenegildo Venini y Marian Svoboda hacen negocios juntos y se han asociado. El barón puso en manos de monseñor la tela que se había llevado bajo el brazo, la misma que estaba en la maleta de Monsieur, así como las tres vistas de Praga, que no eran más que los restantes Caravaggio cubiertos por panoramas pintados al temple que desaparecen con agua y jabón.

—Sí, las recuerdo. Sus dimensiones eran extrañas. Eran sin duda los trozos que faltaban.

—Están todos en Roma, Madame, pero llegarán pronto a Inglaterra por valija diplomática. Serán presentados por su marido en una conferencia de prensa. Siento decírselo: su marido quiere sacarles dinero, pero quiere sobre todo obtener el respeto de la City. Si me lo permite, el respeto es precisamente lo que nunca ha conseguido. Si lo ha tenido ha sido sólo de modo indirecto, porque es su marido. Es algo de lo que quiere vengarse, así como del rapto del primo. De tal

manera que a la exdirectora del Louvre (porque, por supuesto, usted tendrá que presentar la dimisión cuando aparezcan todos estos cuadros en el mercado) nadie la creerá. El Caravaggio fue encontrado en la maleta de su compañero... sí, eso fue cosa de Dauphine. El barón se queda con uno de los fragmentos para competir con la condesa de Polignac-Hérisson. Dos de los Caravaggio se los quedará el consorcio Caravaggio Masterpieces, Ltd., y el último será subastado con el fin de calibrar su exacto valor. Agentes del consorcio alzarán el precio artificialmente.

—¿Qué papel juega en todo esto Dauphine?

—La metió en esto su marido, Oliver, porque necesitaba a una persona que estuviese al corriente de todos sus movimientos, que tuviese acceso a su correspondencia, a los mensajes telefónicos, que pudiese seguirla sin despertar sospechas. Primero intentó reclutarme a mí...

Polissena miró a Valentina con gratitud, valoró con ternura su perfil de labios carnosos, su pelo abundante. Meditaba mirando el rostro de Valentina cuando la puerta se abrió y entró un niño que, sorprendido al ver su habitación ocupada, y además por dos mujeres, echó a correr asustado. Polissena todavía no había conseguido volver a ordenar las propias ideas cuando la puerta volvió a abrirse. Esta vez era Master George quien, sacudido por el tic nervioso, las miraba a través de sus gruesos lentes.

—A estas horas los padres y los familiares —dijo con acritud— no deberían permanecer en la habitación de los chicos; es un allanamiento de su *privacy*. —Otra reacción muscular le hizo contorsionar una cadera como una odalisca—. No debe distraerse a los chicos de su recogimiento... —se lamentó antes de desaparecer.

—No debería dejar a su hijo en manos de un neurótico y de una alcoholizada —susurró Valentina—, y, en cuanto a la *privacy*..., ¡aquí hay un barullo tremendo! No hemos tenido ni un minuto de tranquilidad desde que hemos entrado. En cualquier caso, y para zanjar el tema de antes: ¡tiene que esconder los Caravaggio!

—¿Qué dice?

—Tiene que encontrar la manera de que le digan dónde se encuentran, y enseguida. Ahora me voy, no me extrañaría que me hubiesen seguido, aunque he hecho lo imposible para que perdieran mi pista...

—No sé cómo agradecerse, Valentina.

—Tenga cuidado, Madame, se trata de un asunto peligroso.

Unos pasos precipitados, e irrumpió Boy:

—¡Mamá!

Había aprendido hacía tiempo a no abrazarla. Sin saber qué hacer, se estrecharon la mano, incómodos.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo es que estás aquí? Nadie me ha avisado. Que no te vea Twitch, que aborrece a las madres. ¿Cómo está papá? Hace meses que no le veo. ¿Qué planes hay para las vacaciones? —Un infantil tropel de preguntas y deseos. Debería conocer mejor a aquel hijo desconocido y ponerle de su parte, pensó Polissena. Descubría sus propios ojos negros en el hermoso rostro impúber del niño. La gratitud con la que le miraba no era la última de las razones.

—Estás lleno de barro...

—Hay que jugar a esos ridículos juegos etonianos...

De puntillas se acercó a la puerta.

—Para controlar que Dame Sherry o Master George no estén espiando. Son como la KGB...

—¿De verdad no te gusta estar aquí?

—¿Y por qué debería gustarme?

Pobre Boy, ser adolescente en aquel lugar era realmente una mala jugada. Polissena le abrazó, pero, cuando se vio la blusa manchada de barro, le apartó de su lado.

—Haces bien en no comer esa porquería —le dijo.

Luego, para acallar sus remordimientos de madre, le metió dinero en el bolsillo.

El *Sunday Times* publicaba la historia en dos entregas: «Obras maestras desconocidas restituidas a Occidente por la directora del Louvre». Por su parte, el barón von Wüzburg, en

una entrevista al *Daily Mail*, pontificaba sobre cómo había sorprendido a Polissena y a un amigo en la frontera checoslovaca con un Caravaggio en la maleta. «La intrépida directora del Louvre, Madame Braganza Lockhart, había querido salvar para la cultura europea el mayor descubrimiento del siglo. De alguna manera», añadía, «se había sacrificado al cometer una acción poco correcta, pero, a fin de cuentas, loable».

La prensa checoslovaca, sin embargo, acusaba al Louvre de haber robado la tela que pertenecía de pleno derecho al patrimonio artístico del proletariado. Nadie sabía dónde se encontraban ahora estas obras, ¡porque eran nada menos que cuatro!, pero se sospechaba que estaban en poder de Madame Braganza. El *Times* anunciaba una exposición de las cuatro telas esperando poder patrocinarla. Pero, en realidad, era Oliver, después de años de oscuridad, quien triunfaba en las páginas de los periódicos. Siempre había anhelado la fama, y esta vez parecía haberla obtenido, aunque a costa de Polissena. «Oliver Lockhart es el dinámico fundador del Caravaggio Masterpieces, Ltd.», anunciaba el *Daily Express*. «Noble terrateniente se convierte en director de un consorcio artístico», le hacía eco el *Financial Times*.

Polissena pensó que tenía que actuar de inmediato, de lo contrario aquella publicidad la hundiría. No quería dejarse coger desprevenida, ni por el Louvre ni por el ministro. Por eso mantuvo un largo coloquio esclarecedor con Dauphine. Puesta entre la espada y la pared, su secretaria lo confesó todo. Polissena la convenció de que, no sólo no le convenía compartir el nido con aquellas serpientes que acabarían traicionándola, sino que ella la premiaría con un ascenso en el Louvre. ¿Dónde se encontraban las cuatro telas de Caravaggio?

Aún sin saber qué decidiría hacer Polissena con las telas, Dauphine contestó que le diría todo lo que sabía, pero que, a cambio, quería algo que, bajo juramento, Polissena debería concederle sin discusión. Madame le aseguró que le concedería lo que pidiera. Las cuatro telas de Caravaggio se encontraban en la legación argentina ante la Santa Sede,

puesto que monseñor Ermenegildo Venini era nuncio apostólico junto al Vaticano. Las cuatro habían sido cubiertas por un paisaje falso, pintado al temple: vistas de Praga. Polissena las reconocería fácilmente no sólo por la pobreza de la ejecución, sino por su extraña presencia entre tanta fastuosidad renacentista. La cuarta tela, la de la Virgen, la que la propia Polissena, ignorándolo, había llevado en el coche, había sido cubierta por un cuadro mediocre de un paisajista que había copiado el Ayuntamiento de Praga de una postal.

En la legación, que, a todos los efectos, había que considerar como territorio extranjero, los Caravaggio estaban a buen recaudo y sólo esperaban a ser introducidos legalmente en Inglaterra. No obstante, iba a darse, y muy pronto, la noticia de que desde Checoslovaquia habían sido llevados al campo inglés, donde permanecerían en depósito, bien vigilados, en una noble mansión.

A cambio de lo que le había revelado, Dauphine le pidió a Polissena que le cediera a su amante.

Aquella tarde Polissena le había dicho a su amante que irían a cenar a un restaurante ella, Dauphine y él. Le había confesado a boca jarro que le había cedido a Dauphine. R. la había mirado atónito, como si no la hubiese entendido bien, sin querer aceptar lo que su amante acababa de decirle. «Sólo se puede ceder lo que nos pertenece», le había dicho ella y le había acariciado los labios. Tan sólo por no perder a Polissena, R. aceptó enseguida, no sin antes rogarle que le confirmase su amor. No quería disgustarla, la amaría siempre.

Habían cenado en un pequeño restaurante de Fulham, algo apartado. Se habían sentado en el bar circular, y habían pedido dos Martini para las señoras, y un zumo de naranja para él. Polissena y Dauphine se habían puesto a hablar, cuchicheando. R. apenas escuchaba, no tenía ganas de participar en la conversación, ya que además no sabía muy bien de qué hablaban. Bajaron al piso inferior donde sólo había siete mesas y se sentaron en un rincón apartado; pidieron mariscos. R. había comido poco, incapaz de sentir apetito. Veía a Polissena preocupada, la frente fruncida, los rizos negros sobre los ojos algo apagados. Veía a Dauphine mirarle con deseo, entre tantas pestañas y párpados demasiado cargados de verde. Durante la cena había visto a Polissena pasarle a Dauphine la llave que llevaba colgada del cuello.

—Le llevaré a casa de Tatiana —dijo Dauphine, como si R. no estuviera presente. Polissena no hizo comentarios.

Bebieron entre los tres una botella de vino de Alsacia y comieron langostinos.

Al día siguiente R. se trasladó a una habitación de hotel que Dauphine le había reservado. Comprobaba con horror que, sin dejar de amar a Polissena, podía penetrar a

Dauphine como y cuantas veces ella quisiera, con voluptuosa frecuencia, con ardiente tristeza. «Sé que amas a Polissena pero, sin dejar de amarla, te entregas a las dos. Eres una cosa, un objeto de supermercado». R. experimentaba un gran placer oyéndose insultar. Dauphine le ofrecía sus grandes senos y su voz violenta. Le ofrecía su cavidad más íntima para que la besase, la chupase, es más, se la imponía, y él obedecía mientras se le hinchaban las ingles de placer, sin conseguir por tanto ocultar la propia aquiescencia, la propia rendición, la recién adquirida docilidad.

Sin saber nada la una de la otra, las dos salieron rumbo a Italia. Polissena en dirección a Roma y Dauphine con R. hacia Venecia. Madame tenía que hacer averiguaciones en la legación argentina sin levantar sospechas. Acudiría con motivo de alguna recepción, cuando el sistema de alarma no estuviese conectado y las salas bien iluminadas. Pero ¿cómo llegar hasta monseñor Venini? Ésa era la cuestión. Afortunadamente, Nicholas Newman, que se sentó a su lado en el mismo vuelo, la informó de que aquella noche el nuncio ofrecería un *cocktail* y que, aunque no hubiese recibido la invitación, no le pondrían ninguna traba. Una mujer hermosa jamás era mirada con suspicacia.

—Pero, sobre todo, nada de escotes. Al parecer existe la posibilidad de que, al final de la velada, haga su aparición el Papa...

—No se preocupe.

—Sin embargo, mucho me temo que esté también ese horrible barón von Wüzburg y su nuevo novio checoslovaco.

—¿De veras? —Polissena pensó que relacionarían su presencia con los Caravaggio. ¡Si es que ya no habían salido hacia Inglaterra por valija diplomática! ¿Y si fuese demasiado tarde?

—No debería contarle esto, pero el barón acaba de regresar de Bulgaria donde se ha sometido a una operación de cirugía plástica en el, bueno, en fin, ¿no?, ¡ya me entiende usted! Una pequeña bomba interna de manera que, con una ligera maniobra, su apagada virilidad se reanima. Qué quiere que le diga, cuando un hombre tiene setenta años, ciertos artilugios pueden darle pequeñas satisfacciones. En las mujeres es distinto, ¿no es así?

—Las mujeres son más misteriosas.

—¡Si supiesen que el director de la Galería Nacional y la

directora del Louvre están hablando de cierta clase de bombas! —se echó a reír—. Pasaré a recogerla, ¿de acuerdo?

Con las prisas, Polissena no había siquiera reservado habitación en un hotel.

—Le recogeré yo, Nicholas.

Mientras tanto Dauphine, en compañía de R., que la seguía receloso, había bajado en el Pontile delle Zitelle. Una vez Alfred de Musset se había agazapado junto a aquellos viejos muros para espiar a las muchachas pobres —las *zitelle*, o solteronas, precisamente— que hacían encajes y luego deambular por las calles de la Giudecca.

Entre el verdor de los jardines se vislumbraba la iglesia de la Santa Croce convertida en prisión judicial. Luego, pasando por el Campiello y el Rio della Croce, que daba al jardín Hayden (antigua propiedad de la princesa Aspasia de Grecia), se detuvieron frente a un muro que protegía una vivienda. Sobre la puerta, una placa de latón brillante: Pensión Serena.

—Hemos llegado —murmuró Dauphine a R., envuelta en un *foulard* de seda ondeante al viento, el pelo lacado inmóvil a pesar del siroco veneciano.

Llamó a un timbre. No respondió nadie. R. permanecía en silencio, indolente y tal vez asustado. El nombre de Tatiana Bratilova ya se le había presentado como una amenaza. Lo había oído en cierta ocasión en boca de Marian Svoboda, en Praga. Sabía también que había vivido en Inglaterra y ahora, en el secreto de su pensión veneciana, iba a conocerla. Dauphine no se la había descrito. Pero es que Dauphine apenas le hablaba. Quizá bajo todas aquellas sedas de célebres firmas se agazapaba una mujer tímida. Pero R. casi no se atrevía a opinar sobre Dauphine, sobre su carácter, ni sobre su físico, aunque le gustase su cuerpo mórbido, sus acometidas sádicas. No conocía a ninguno de los amigos de Dauphine, era una colaboradora de Polissena, pero le parecía improbable que frecuentasen el mismo círculo de personas. Polissena y Dauphine eran ahora las únicas personas que tenían derecho a su cuerpo, que conocían su secreto. Y, dentro de poco, Tatiana Bratilova.

La puertecita se abrió con un mecanismo automático y, por un pasillo oscuro, R. siguió a Dauphine hasta una salita ovalada. Era como si aquella habitación estuviese formada por dos pabellones cerrados por un lado mientras, a la derecha, se prolongaba en un pasillo tapizado de seda rosa que, a su vez, terminaba en otro saloncito más reducido y redondo. Aquella habitación no llevaba a ninguna parte y estaba acolchada; por arriba las paredes se abombaban en un techo de cristales engastados entre sí formando laboriosas formas de colores desvaídos, rosa, carmín pálido, carmesí blanquecino, que dejaban penetrar muy poca luz.

Era un ambiente sofocante, especialmente en aquel cálido septiembre. Esperaron unos minutos antes de que hablase Dauphine. Ella se sentó en un banco, pero R. permaneció de pie. Cuando entró Donna Tatiana Bratilova, R. la miró como para calcular qué significaría permanecer en manos de aquella mujer durante un tiempo. Porque eso sí lo había entendido: Dauphine iba a dejarle en la pensión Serena. Y él no se rebelaría. Donna Tatiana apenas le miró, no le tendió la mano nudosa, pero acogió en cambio a Dauphine calurosamente. Sus ojos eran castaño claro, gastados. Debía de rondar los cincuenta.

—*Ma chère Dauphine!* —Se estrecharon la mano. Tal vez hubiesen sido amantes, pensó R. viéndolas juntas.

Donna Tatiana les ofreció café turco en diminutas tazas servidas por una criada de espalda cansada y larga falda gris de alpaca. R. se sintió reconfortado por aquel líquido caliente y azucarado que sabía a canela.

Dirigiéndose a Dauphine, Tatiana Bratilova le cogió a él una mano y le preguntó:

—¿Me permite?

—Por favor —respondió Dauphine.

—Deja que te vea, encanto, será mejor que te desnudes.
—Y le agarró del brazo.

—¿Aquí? —preguntó R. atónito.

—Quítatelo todo, te quiero desnudo.

Mientras R. obedecía, intimidado por la presencia de dos mujeres vestidas y todavía más incómodo por la criada que,

envuelta en su delantal blanco, había venido a recoger la bandeja, Dauphine había ido a empolvase la nariz y, al volver, le sonrió.

—Espera un momento. —Donna Tatiana había hecho sonar un timbre. Enseguida se había presentado Lakhdar, un hombre alto de piel color chocolate. Con una mano larga y delgada cogió de las de Dauphine la llavecita, abrió el candado y liberó a R. del cinturón de castidad—. Esto lo tiramos —le dijo Tatiana.

—Enséñanoslo —ordenó a Lakhdar.

Éste le puso las manos en las ingles y le estimuló obteniendo enseguida una reacción. Luego le dio la vuelta y le obligó a arrodillarse contra un banco, mostrando a Donna Tatiana sus blancas nalgas. Las dos mujeres volvían a hablar entre sí mientras R. permanecía arrodillado. Como se palpa un objeto, la mano huesuda de Tatiana se apoyó inquisitiva sobre él y le tocó el bajo vientre.

—Hermosa piel —comentó—, enséñame la lengua, los dientes. ¿Cuántos años tienes? —Ahora le examinaba con grandes lentes ribeteados de oro.

—Me parece que tiene unos veintisiete —respondió Dauphine por él.

Bruscamente Donna Tatiana cogió a R. por las axilas y le levantó. Invitó a Dauphine y al otro a seguirla. Recorrieron un largo pasillo, salieron a un jardín en el que, entre cipreses, florecían matas de margaritas y respaldares esmaltados de rosas. Dos criadas, con falda larga, sudorosas, trajinaban entre las plantas llevando bandejas. R. observó sus rostros.

—R., miras demasiado, no te lo han enseñado. No debes observar, no está bien, no es propio de tu condición. —R. entornó las largas pestañas sumergiendo a Tatiana Bratilova en su mirada azul—. Tampoco debes contemplarme a mí, ni a Madame. Te falta modestia. Puedes mirar cara a cara a tus colegas, a nosotras no. —Le explicó que podía mirarlas de cintura para abajo, pero no a la cara y que, si le sorprendían mirando a su dueña, sería castigado.

A través de un arco penetraron en un patio en torno al cual se alineaban las habitaciones, como en un convento.

—La tuya, R., lleva las letras D. B. —dijo Donna Tatiana—. El desayuno y la comida se sirven en la celda, en la pensión hay en este momento otros cuatro huéspedes, a los que conocerás. Por la noche cenamos todos juntos, pero nunca salimos, a menos que tú insistas en querer pasear por Venecia, en cuyo caso te acompañará Lakhdar o Amos. A Amos podrás pedirle toda la información que desees y, si necesitas algo en concreto, puedes dirigirte a cualquiera de los dos. —R. asintió, una vez más rebajado al papel fatalista de esclavo—. En Villa Serena no tenemos teléfono —concluyó perentoria Donna Tatiana.

Dauphine escuchaba con una sonrisa condescendiente. Donna Tatiana tenía el pelo oxigenado y estropajoso. Las puntas más largas le caían sobre el cuello, pero en los lóbulos brillaban dos diamantes.

—Sabes que te han cedido y sabes que harás lo que Madame te pida. —Con la cabeza R. hizo señas de que obedecería—. Arrodíllate. —Estaba desnudo y se sentía aún más desvestido bajo la mirada indiferente de Donna Tatiana—. ¿Aceptas llevar el monograma con el que Dauphine de Brantes desea que seas marcado?

Someterse le procuraba placer aun a sabiendas de que cuanto más terreno cediese, más acuciantes serían las exigencias.

—Acepto —respondió.

Dauphine le cogió por los omóplatos, brillándole el maquillado rostro estático, y se estrechó contra su ingle. Le besó, como si de pronto tuviera mucha prisa, y se marchó, casi corriendo, con los chales de seda revoloteando tras ella. R. recibió este abrazo con gratitud. Tal vez le amase, tal vez —sabiéndole suyo—, empezaba a sentir por él afecto, pasión. Levantó los ojos. En el centro del patio se erguía una torre de base circular que se elevaba por encima de las celdas y terminaba en una especie de sombrero de seta. Era la torre donde los huéspedes eran azotados, le advirtió más tarde uno de sus nuevos compañeros. Pero también había una sala de música que se abría a un lado del patio y tenía una entrada singular. «La diseñó Nicky de St. Phalle, una queridísima

amiga mía», le había dicho Tatiana Bratilova, pero R. no había reaccionado, era la primera vez que oía aquel nombre extraño y el resultado le pareció extravagante. En realidad, toda la arquitectura de la pensión le parecía irracional y chocante, pero ya no hacía preguntas, simplemente aceptaba. No es que R. fuese por naturaleza inquisitivo. Le habían acostumbrado a no hacer comentarios. Las cosas, las personas habían pasado por su lado sin dejar huellas en su memoria, no recordaba siquiera los muebles que decoraban Monpleasance ni el color de los ojos de Polissena ni tampoco las telas de las que había hablado Nicholas Newman.

Por la mañana, como le había anunciado Madame Bratilova, R. tomó el desayuno en la cama y la comida en la mesa de su cuartito, agradablemente decorado con un par de muebles pintados venecianos y una silla moderna. Las dos comidas eran servidas por una de las dos criadas, Riña o Nanda, cansadas y polvorientas solteronas. Presentados en platitos de plata y porcelana, sobre las bandejas se alineaban extractos de zumo de almejas, píldoras de proteínas, vitaminas en polvo, concentrados de lechuga. Era una comida bastante aburrida, como lo eran también las largas horas pasadas en la pensión Serena.

Había manifestado el deseo de salir a dar un paseo, no recordaba gran cosa de Venecia; le habría gustado visitar la Plaza de San Marcos, ver las palomas. Pero Lakhdar, que había empezado a prepararle, le había atado una cadena al cuello, y pasear entre los turistas de aquella manera, con un batusi llevándole de una cadena, le pareció poco digno y R. renunció al paseo.

Desde el pabellón que se abría frente a la torre, a través de una entrada, se penetraba en un pasadizo que era casi una hendidura y luego se pasaba por la sala de gimnasia, un pabellón circular donde los pensionistas entrenaban sus propios cuerpos, no sólo para endurecer los músculos flexores, extensores, rotatorios, abductores, aductores, esfínteres, sino también para aumentar y reforzar los pectorales, el tríceps, el recto, pero, muy particularmente, los músculos que podríamos llamar sexuales, y no sólo el gran

glúteo.

Villa Serena disponía de una máquina electrónica que absorbía y expelía el falo, un ejercicio practicado por los huéspedes para alargar y fortalecer su órgano. El resultado era tan prodigioso que ellos mismos —jóvenes que respondían a los nombres de Riccardo, Gianni, Hubert y Angelo— se quedaban asustados.

Dentro de la torre, en cambio, los huéspedes eran atados con cadenas, brazos y piernas estirados, ceñidos por correas de piel sujetas a columnitas de mármol en el centro de la sala. Era la hora del «castigo», una tortura primero blanda, luego cada vez más cruel. Una especie de fortalecimiento de la voluntad dirigido a un único fin: ser maleables en su papel de objetos.

No todos los jóvenes que compartían con R. la estancia en Villa Serena eran nuevos en tales ejercicios, algunos volvían a aquel lugar cada año. Ciertamente esclavos de otras tantas mujeres, experimentados en toda clase de vejaciones. Los altos muros que rodeaban el jardín de Villa Serena y lo separaban de las calles y de los puentes, la música que, a todo volumen, salía de la sala de gimnasia, garantizaban el aislamiento de la pensión.

Amos, el batusi mayor, parecía omnipresente. R. veía sus ojitos negros de cabra melancólica clavados en él.

—Tráemelo aquí —ordenó una vez Tatiana señalando a R. con la barbilla.

La cara de Tatiana Bratilova tenía algo equino, especialmente debido a aquel pelo amarillo y quemado. A una señal suya dos de los huéspedes acudieron junto a ella. Tatiana Bratilova había observado las marcas en el cuerpo de R.

—¿Quién te ha azotado, Madame o Dauphine?

—Dauphine.

—¿Con qué?

—Con un látigo —había contestado sin mirarla.

—Van a marcarte uno de estos días en la torre...
¡Riccardo!

Se adelantó un joven desnudo que estaba a la derecha de

R., los ojos negros, muy velludo, y sin embargo entre el tupido pelo se veían las cicatrices de las heridas de la flagelación. «Es muy doloroso», le había confiado Riccardo, «pero mi dueña lo quiere así». Gianni en cambio estaba cubierto de tatuajes. Llevaba su desnudez con jactancia. Antes de conocer a su dueña había trabajado en una agencia de viajes especializada en grupos turísticos, congresos y viajes. Con dedicación y maestría cambiaba el programa, aunque en las jornadas de Villa Serena hubiese muy poco que cambiar.

PENSIÓN SERENA

Septiembre 1986

Le Zitelle, Venecia

Desayuno

Gimnasia y ejercicios

Masaje

Comida

Reposo

Reunión en el jardín

Cena con mosquitos en el jardín

Flagelación en la torre

Torturas variadas

Concierto

Café o infusiones

A veces Lakhdar, negro y silencioso, los ojos amarillos en la sombra del jardín, tocaba la flauta como un personaje de Henri Rousseau. Tocaba sin dejar de mirar con insistencia a alguno de los jóvenes huéspedes. Desde su fondo pagano deseaba con todas las fuerzas violar a alguno de aquellos cuerpos. Deseo contrariado por la *maîtresse*, que no permitía aquella clase de «malos tratos».

Angelo, un rubito cuyo cuerpo estaba literalmente

cubierto de latigazos, tenía un hermoso rostro viril.

—Pero el más guapo de vosotros es R. —seguía repitiendo Donna Tatiana, que le miraba a través de los gruesos lentes —. Aunque también Hubert es guapo. —Éste era un mestizo de apariencia sedosa pero, en realidad, elástico y jovial.

Aquel día fue precisamente Hubert la víctima elegida, y R. debía ejecutar el rito. Le ató los brazos a la espalda con una cuerda de seda y, a empellones, le llevó hasta la torre. Hubert llevaba en el cuerpo el símbolo de su esclavitud. «Fue una operación que quiso mi amante», decía orgullosísimo. Completamente desnudo, su cuerpo revelaba un cinturón que le ceñía la cintura y se sostenía con pequeñas tiras extraídas de su propia piel. «Tú también tendrás que someterte a una operación. La tuya será atroz, ya sabemos que has aceptado...».

R. tenía que aceptar, era su deber, y también su placer. Pero qué es lo que había aceptado, eso seguía sin saberlo. Él terrible momento se acercaba, y él temblaba sólo con pensarlo. Al mismo tiempo la idea le hacía soñar de sufrido placer. Pensaba en ello recluido en su celda, por la noche, y durante las comidas. Había olvidado ya qué era una buena comida, aquellas cenas acompañadas de abundante vino junto a Polissena.

Pero ahora, y le avergonzaba confesarlo, era en Dauphine en quien pensaba como en su dueña, y la imagen de Polissena acudía a su mente desdibujada, y casi le incomodaba porque se sentía culpable de haberla olvidado, reemplazado tan fácilmente. Quién sabía dónde estaría Polissena.

Entre los setos de mirto y de laurel iluminados por sabias fuentes ocultas, los carabineros, que con uniforme de gala protegían la legación, examinaban a las invitadas envueltas en brocados, en grandes nubes de pelo crespado. Con el flamante penacho en el sombrero, los hombres del ejército reconocían a los de la curia, a los del gobierno, a los de la prensa y a los del subgobierno.

Entre la muchedumbre felliniana apareció Polissena del brazo de Newman, verde y nervioso. Sobre el abrigo de seda azul celeste, Madame había prendido una rosa rígida y sus piernas largas asomaban de los bordes rizados del vestido. Habían subido juntos la escalinata de mármol, adornada con bustos de emperadores romanos y caballeros renacentistas. Por doquier un tropel de señoras-bombón, señoras-perifollo, esposas de diputados de cabello quemado y blanco, libanesas envueltas en volantes, nuevas esposas de nuevos industriales.

Elegante y sombría, los labios abultados por su especial carmín oscuro, los ojos preocupados, Polissena abandonó enseguida el brazo de Newman. Antes de separarse, Nicholas le había aconsejado que no se perdiese ni el Annibale Carracci que estaba en el techo de la cuarta habitación, ni el Pellegrino Tibaldi, ni el Sebastiano del Piombo...

Se pondría enseguida a buscar los Caravaggio, decidió Polissena. No tenía tiempo que perder. Por otra parte, como directora de un museo y especialista en arte, tenía todas las excusas para examinar cuadros, paredes y frescos. Dejó atrás a grupitos de prelados vestidos de negro y de luctuosas señoras en torno a la púrpura de algún cardenal, viejos nobles envarados que se inclinaban sobre las manos de sus eminencias besando sus enormes anillos.

—¡Hay al menos veinte cardenales, y ni una sola gota de Champagne! —se lamentó el primer secretario de la

embajada francesa en Roma, sita en el Palazzo Farnese.

Polissena se desplazaba buscando con la mirada, extraviada, admirando los techos artesonados, bajando los ojos hacia las fotografías firmadas y dedicadas a monseñor Venini por monarcas destronados, primeros ministros, dictadores. Sobre la efígie firmada de Evita Perón había una escenita amorosa de Pellegrino Tibaldi y un retrato de Vittoria Colonna realizado por Sebastiano del Piombo. ¡Así que estaba allí!, pensó Polissena, que había buscado en vano aquel retrato del que no se conocía el paradero. Lirios y gladiolos, ceniceros de plata adornaban las habitaciones en las que pululaban oferentes, postulantes, viejos renqueantes: era como hallarse en la antecámara de Francesco Sforza o de Federico Gonzaga, en el Renacimiento más siniestro. Había que deslizarse entre María Bianca Fanfani y Giulio Andreotti, que no se hablaban, entre los camareros que se confundían con los obispos norteamericanos, vestidos de un modo menos teatral que sus colegas italianos, y entre los diputados enanos para poder avanzar de salón en salón buscando siempre las vistas de Praga.

Varios abogados, sentados en divanes de terciopelo, hablaban de música, o al menos eso creían.

—Mi favorito es Tartini.

—El mejor es Pergolesi.

—No, Rossini.

Vio algunas caras conocidas. De repente reconoció la de Marian Svoboda, estaba segura. Apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de las cabezas de dos democristianos. Qué hacía Marian en Roma era evidente, pero ¿por qué se había disfrazado de cura, de monseñor?

Cambió de habitación. Aparentando calma y compostura avanzaba por los salones, sonriente, la frente fruncida, los ojos clavados en las paredes. De pronto, en el saloncito donde acababa de entrar, con las ventanas del balcón abiertas de par en par y dos grupitos que parloteaban, estaban las cuatro vistas de Praga. El corazón le dio un vuelco, se le cortó la respiración, le sudaban las manos en torno al vaso. Recordaba muy bien las tres que había visto en la frontera

checoslovaca, en manos del barón. La cuarta, la «nueva», había sido pintada sobre la Virgen y representaba el Ayuntamiento de Praga. Las cuatro telas estaban colgadas sobre un diván floreado, ocupado por cuatro diputados meridionales. ¿Cómo podría deshacerse de ellos?

—Acaba de llegar el primer ministro —anunció dirigiéndose a ellos con voz rebosante de ficticio entusiasmo.

—¿Cuál?

—El italiano...

—Ese salta dentro de un par de días, no vale la pena... —le respondieron.

No tenían la menor intención de moverse.

—Ah, pero está con el Papa... —insinuó ella.

Se levantaron al unísono. Un tema que todavía despertaba interés.

—¿Dónde?

—Allí, en el salón de la entrada...

—Yo le besé la mano el año pasado —dijo un subsecretario de Catania—. Anda, vamos a verle...

—Vamos —respondió el viejo abogado levantándose fatigosamente del diván, a punto de golpear la cabeza contra el Moldava. En pocos segundos habían desaparecido todos.

Polissena cerró la habitación con llave. Subiendo al diván, descolgó el primer cuadro de la pared y fue a esconderlo al balcón. Era el más grande: bajo la mediocre pintura se ocultaba seguramente el hermoso santo con la cabeza inclinada hacia el Niño Jesús. Debía darse prisa, antes de que alguien reparase en la puerta cerrada. Descolgó el segundo cuadro. Por las dimensiones dedujo que se trataba del ángel con el cartel-anuncio de Gloria in Excelsis Deo, tan deseado por el barón para su propia colección. Polissena recordaba muy bien aquel ángel con cara de pícaro, el brazo derecho tendido hacia el cielo, la carita vuelta hacia la Virgen. Polissena llevó también aquella tela hasta el balcón. Sacó del bolso un frasquito y roció las telas de gasolina. Luego encendió un mechero y acercó la llama. El fuego prendió bien, y enseguida, en el lienzo antiguo y seco. Mientras la capa de temple desaparecía comida por las llamas, se

revelaba por instantes a su mirada, entre ráfagas de luz, la magnífica pincelada, el color y las formas. Resplandecían por última vez antes de desaparecer definitivamente.

Pero no había tiempo para embelesarse, alguien podría forzar la puerta del saloncito, o los carabineros, desde abajo, observar las llamas en el balcón. Pasó con decisión a la tercera tela: san Francisco y san Lorenzo, los que se encontraban a la izquierda de la Virgen adorando al Niño. Una tela de unos 35 por 50 centímetros. Luego, por último, Polissena descolgó la que tan bien conocía, la única que había visto en el original, una tela perfectamente cuadrada. El Ayuntamiento de Praga ocultaba la hermosa Virgen iluminada desde abajo por una luz celestial, un brazo apoyado, el otro modestamente cruzado, el rostro arisco y dulcísimo de muchachita siciliana. Las trasladó al balcón y las roció; la llama, reavivada, se extendió sobre las dos nuevas víctimas, crepitó en el humo negro. Durante un instante Polissena vio el rostro de la Virgen, liberado de la capa de temple, asomar entre las llamas. De emoción, de tristeza, lloró.

En pocos segundos, todo lo que quedó del Caravaggio fueron minúsculos jirones humeantes, que se dispersaban en cenizas. Entonces cerró las puertas del balcón.

Polissena regresó al salón. Ligera y desenvuelta, se introdujo entre los invitados. Al pasar frente al retrato de Vittoria Colonna, volvió a ver a Marian Svoboda sentado entre los prelados. Hizo como si no le viera y cambió de dirección.

De repente notó que le tocaban el brazo. Se volvió bruscamente. Era uno de los diputados a los que había desalojado del diván.

—¡No le hemos encontrado!

—¿A quién?

No quería que Marian la viese.

—Al Papa.

—¿De verdad? Pues iba del brazo de monseñor Venini.

—No, Ermenegildo Venini está aquí, ¿no le ve? —y señaló hacia donde estaba sentado Marian.

Polissena se volvió en la dirección indicada por el viejo y vio a Marian Svoboda.

—¿Ése es Venini?

—Claro.

—¿No se confunde?

—¿Cómo voy a confundirme? Monseñor es amigo mío y es también el dueño de esta casa. Perdone, pero a usted ¿quién la ha invitado a la Legación?

Polissena miró a Marian disfrazado de monseñor. Finalmente lo entendía todo. La embarazosa conversación fue interrumpida por Newman.

—¿Dónde se había metido, Polissena? ¡Llevo buscándola hace una hora!... ¿Ha visto el Carracci, el Tibaldi, el Rosso Fiorentino...?

—¡Ahora tengo prisa, debo irme!

—Qué suerte tiene monseñor Venini —insistió Newman— por vivir rodeado de semejantes maravillas... Pero, Polissena, tiene usted los ojos rojos. ¿Ha llorado? ¿Cómo es que ha llorado? ¿Por eso quiere marcharse?

—Es el humo de los cigarrillos, me molesta.

Le dejó plantado. Recorrió salas y salones, esquivando a la gente. Bajó la escalinata como una exhalación. Se perdió en el jardín de laureles. Lloraba. Una opresión tristísima en la boca del estómago. Había sido ella, pocos momentos antes, quien había destruido una de las obras maestras de la pintura europea, quien había sacrificado aquella obra magnífica, extrañamente perversa. Sentía una especie de liberación mezclada con rabia. Se había visto obligada a hacerlo, se repetía.

Mientras tanto habían llamado a los bomberos porque el jardinero había visto una llamarada en un balcón del edificio. Pero, cuando llegaron, no encontraron nada y se fueron decepcionados.

A veces, por la noche, Tatiana Bratilova mandaba llamar a alguno de los pensionistas y se hacía acariciar. Cuando llegaba su turno o, mejor dicho, cuando el solicitado era R., espía sus ojos fríos, clavados en el techo, los labios delgados entreabiertos en un continuo espasmo y pensaba en el día terrible que le esperaba. Pero Tatiana Bratilova no se entregaba a nadie. Consumía la mano que la tocaba, la tibia y mojada lengua de quien fuera, de cualquier pensionista. De ella se decía que antaño había tenido una amiga predilecta a la que había adorado, y que había vivido con ella durante mágicos meses hasta que algo trágico había ocurrido; tal vez la joven muriera o se marchara, pero Tatiana Bratilova ya no había vuelto a amar. R. ponía en duda que aquella mujer de rostro equino y mirada helada hubiese podido sentir alguna vez una pasión verdadera por otra persona. Pero Tatiana gozaba, aplastaba la cabeza de R. contra su vientre como para aprisionarle entre sus partes más delicadas. Jamás la había visto desnuda: nunca se quitaba el camisón y, al amanecer, le devolvía a su cuarto.

Una mañana, Tatiana le dijo: «Deja que te vea». Delante de todos le puso una mano entre las nalgas y le examinó cuidadosamente, abriéndole la raja como se hace con los animales en el mercado. R. no se ofendió. Comprobó que había dejado de pertenecerse a sí mismo. Sabía que su cuerpo había sido cedido.

Una noche, mientras acariciaba a Donna Tatiana, había sentido la mirada de Amos fija sobre él. Había hecho un gesto, como diciéndole que se fuese: le avergonzaba que le viesen en aquella actitud de siervo dócil, mientras acariciaba a la dueña. Tatiana, seca, le había amonestado: no tenía derecho a ordenarle nada a nadie.

En una postura aún más indiscreta le habían sorprendido

las dos viejas criadas, Riña y Nanda, que llevaban la falda gris de alpaca bajo el delantal de algodón incluso durante aquel caluroso septiembre. Tatiana Bratilova le había obligado a arrodillarse con los brazos apoyados en la mesita de noche y, mientras con una mano le mantenía abiertas las nalgas, le introducía la otra en el ojete del culo y la empujaba en el cuerpo produciéndole un dolor punzante. El caso es que, como R. había visto a Riña espiarle, se le tensaron los músculos. «Relájate», le había ordenado Donna Tatiana. Al comprobar que R. se sentía incómodo por la presencia de las dos viejas que fingían no ver al hombre arrodillado mientras sacaban el polvo de los muebles, Tatiana le humillaba cada vez más.

Una mañana le dijo: «Prepárate, Dauphine vendrá hoy», y le había mandado a su celda.

Dauphine llegó al mediodía, le besó, tocándole repetidamente con la mano enguantada. Luego le llevó al jardín. Allí se desnudó y, tumbada en la hierba, se dejó poseer delante de todos. R. gozó de aquel ímpetu cruel, sediento de Dauphine, de su hambre de él. Pero ella le echaba en cara su ligereza.

—¿No te da vergüenza? Me posees como si Polissena jamás hubiese existido.

De esta forma inculcó en R. la sospecha, y la angustia, de que jamás volvería a ver a Polissena, desaparecida para siempre de su vida. Aunque confiaba en que algún día su amante iría a buscarle tras cerciorarse de su total obediencia.

Después, Dauphine se marchó, y volvió a empezar la espera. «Ya faltan pocos días», le amenazaba Tatiana Bratilova. Y también sus compañeros le decían: «Dentro de poco te tocará a ti».

Una mañana, volvió Dauphine. Estaba todavía más glacial, despersonalizada y decidida.

—¿Se le ha explicado lo que vamos a hacerle? —preguntó dirigiéndose a Donna Tatiana. La otra hizo un gesto afirmativo. Con la sonrisa de quien quiere amansar y calmar, cogió la mano de R. y la acarició.

—Dado que le perteneces —le dijo—, serás marcado con

las iniciales de tu nueva dueña: Dauphine de Brantes.

No tuvo tiempo de replicar. Lakhdar y Amos le sujetaron por los brazos y le ataron con una cadena, cerrando el candado. Le llevaron en vilo a la sala de torturas de la torre. R. comprendió que había llegado el momento. Vio que, en el centro de la sala, se hallaba dispuesta una especie de ara que contenía brasas. Sobre ellas una especie de anilla provista de un mango. Alrededor, estaban todos sus compañeros, Tatiana Bratilova, y Dauphine, quien indicó dónde quería que R. fuese marcado. Tatiana ordenó a Amos y a Lakhdar que empezasen.

R. no sentía miedo, más bien una extraña serenidad. Observaba crepitar el fuego, veía el hierro al rojo vivo, y era como si todo aquello estuviese destinado a otro. Con los brazos maniatados por una estrecha correa de piel, era un autómatas sobre el que iba a celebrarse un rito. Un sudor frío le empañaba los ojos, le secaba la garganta. El terror, a la vez que le paralizaba, le cosquilleaba las ingles.

Dauphine le mostró el dibujo con el que le marcarían en la cara interna de los dos muslos. Manteniendo los ojos bajos, R. empezó a temblar. Entrevió a Donna Tatiana hundir el hierro candente en las brasas y luego levantarlo llevándolo hacia él.

Un dolor lacerante le taladró. El hierro candente desgarró su carne en círculos concéntricos, y éstos, desde el lugar en que el instrumento había chamuscado su sangre, se habían desparramado luego por todo el cuerpo, amontonándose, agigantándose.

Las rodillas le flaquearon dentro de las correas, se dobló en dos y se desmayó. Pasó una semana. R. sufría. Monpleasance estaba lejos, Polissena estaba lejos y Dauphine no volvía. Veía a Tatiana pasar por el patio mientras las dos viejas camareras le vendaban y le llevaban leche caliente.

Epílogo

Polissena había llegado a la conferencia de prensa vestida de blanco y negro. Iba acompañada de su abogado y de dos policías de paisano. Ya se lo había contado todo, o casi todo, al inspector Roberts, de Scotland Yard.

En presencia de los representantes de la prensa, de Oliver (contra el que había iniciado el proceso de divorcio), de Dauphine y del barón von Wüzburg, contó la historia de cómo la habían arrastrado a una trampa y de cómo la había esquivado. Había sido una escena dramática. Polissena, ante el micrófono, acusaba y convencía a los presentes. Los cuadros de Caravaggio, cuya presencia había garantizado la empresa Caravaggio Masterpieces, Ltd., ya no podían constituir una prueba de todo cuanto decía. Sencillamente porque ya no existían. El fuego los había quemado en un desgraciado accidente causado por el descuido de un incauto y anónimo fumador en la legación argentina ante el Vaticano. ¡Sí, allí estaban las cuatro obras maestras! Pero no eran sino fragmentos de la *Natividad*, la que habían robado en el Oratorio de San Lorenzo de Palermo.

Oliver protestó: Madame Braganza, su esposa, siempre había estado de acuerdo con la operación. Es más, había sido uno de los elementos más importantes. Polissena rebatió la acusación. Su secretaria, Dauphine, lo había confesado todo entregando una declaración firmada a la policía.

Pero Polissena no respetó lo pactado con Dauphine. No sólo no la ascendió, como había prometido, sino que la echó, y obtuvo del ministerio la seguridad de que jamás Dauphine de Brantes encontraría un empleo en los museos de Francia. Valentina, en cambio, fue generosamente remunerada. El Ministerio presentó sus más sinceras excusas a Polissena y la propuso para la Legión de Honor en primer grado.

Más tarde, Polissena —esfumada finalmente la arruga de la frente— había ido a Venecia a recoger a R. Regresarían a Monpleasance, le dijo tranquilizándole. Transformarían el castillo en un centro, tal vez menos exótico que Hluboká, pero sin duda más elegante. Ni Lady Isabella ni el marqués se darían cuenta, o fingirían no entender la razón de tanto movimiento en las habitaciones góticas del castillo.

Pero, antes, R. tuvo que someterse a otro sacrificio con el hierro candente con el fin de convertir las iniciales de Dauphine (D. B.) en las de Polissena (P. B.), cosa bastante fácil. ¿Cómo habría podido Polissena yacer con él sintiendo la cicatriz de las iniciales de su rival?

Así termina la azarosa vida de R., quien siguió al lado de Polissena, feliz de ser el objeto de una persona tan capacitada, directora de un importante museo y también del Colegio de Monpleasance, del que el propio R. pasó a ser subdirector. Los beneficios derivados de esta segunda iniciativa, por otra parte, hicieron a R. y a Polissena riquísimos.

Demasiado tiempo y demasiadas cosas, sí, habían pasado desde que Polissena había sorprendido una chispa en aquellos grandes ojos azules, al otro extremo de la mesa, para que ahora tuviese el valor y el descaro de preguntar a R. cuál era su nombre.

Por esta razón nunca se atrevió a hacer averiguaciones. Se acercaba, entonces, el final del verano.